



LOS EXTRANJEROS

ANTOLOGIA
VARIOS AUTORES



LOS EXTRANJEROS

ANTOLOGIA
VARIOS AUTORES

DESDE QUE SOMOS PEQUEÑOS NOS HAN QUERIDO CONVENCER DE QUE SOMOS ÚNICOS. ESPECIALES. A PESAR DE QUE MUCHOS VENIMOS DE UN SOLO LUGAR, HABLAMOS EL MISMO IDIOMA, COMPARTIMOS LA MISMA CULTURA, COMEMOS LAS MISMAS COSAS, TODAVÍA SOMOS CONSIDERADOS INDIVIDUOS EN TANTO TENEMOS CARACTERÍSTICAS PARA DIFERENCIARNOS: LAS PESADILLAS, LOS HORRORES, NUESTRAS RAZONES PARTICULARES PARA QUERER DORMIR CON UN OJO ABIERTO. PERO SI FUÉRAMOS VISTOS DESDE LOS OJOS DE ALGUIEN EN EL EXTERIOR, ALGUIEN QUE NO HA VIVIDO BAJO ESAS MISMAS CONDICIONES, LAS DIFERENCIAS SERÍAN TALES QUE NI SIQUERA PARECERÍAMOS RESPIRAR EL MISMO AIRE. ¿CUÁNTO DE LO QUE PARA NOSOTROS ES EL PAN DE CADA DÍA SERÍA NO SÓLO ALGO IMPENSABLE SINO FRANCAMENTE HORRIBLE?

EN ESTA TERCERA DE EDICIÓN DE ANTOLOGÍAS HORROROSAS, EL GRUPO LETRAS-DE-TERROR TIENE EL INMENSO GUSTO Y PLACER SÁDICO DE HACERLOS PARTICIPES DE ESTA IDEA. EN ESTE GÉNERO UNO DE SUS TEMAS MÁS COMUNES ES EL OTRO, EL EXTRAÑO, AQUEL QUE NOSOTROS, SERES RACIONALES Y NORMALES (O DE ESO PRESUMIMOS), NO PODEMOS ENTENDER.

¿PERO QUÉ PASA EN LA MENTE DE ESE EXTRAÑO? ¿CÓMO NOS VE ÉL A NOSOTROS? ¿SENTIRÁ UN TERROR MAYOR AL VERSE RODEADO DE UN MUNDO Y CRIATURAS A LAS QUE ÉL NO CONOCE O, POR EL CONTRARIO, SE DELETTARÁ EN SUS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS COMO UN NIÑO?

ÉSTOS PERSONAJES PODÍAN VENIR DE CUALQUIER PARTE. DE OTRA DIMENSIÓN, DE OTRO TIEMPO MUY LEJANO EN EL FUTURO O EL PASADO, DE DEBAJO DE LA TIERRA O EL MAR, DE OTRA DIMENSIÓN O PLANETA. EL RETO ERA INVENTAR UNAS NUEVAS REGLAS QUE ENTRARAN EN INMEDIATO CONFLICTO CON LAS NUESTRAS Y LOS RESULTADOS HAN SIDO DE LO MÁS VARIADOS: UNA MUJER INSECTO QUE SÓLO BUSCA QUIÉN LA AME, UN ALIENÍGENA QUE SE CONSUMIDO POR NUESTRAS DEBILIDADES HUMANAS, UN VAGABUNDO QUE INTENTA SALVARNOS DEL FUTURO AMARGO QUE NOS AGUARDA Y UN CHICO QUE YA NO TIENE SUEÑO, SED NI HAMBRE DE REPENTE, ENTRE OTROS EJEMPLOS.

DE ESTO ES DE LO QUE SE TRATA LOS EXTRANJEROS.

Los extrajeros

VARIOS AUTORES

Con las horrendas colaboraciones de:

- Adriana Alarco de Zadra
- Carlos Enrique Saldivar
- Daniel de Culla
- Alejandra P. Demarini
- Juan Pablo Goñi Capurro
- Fernando Cañadas Mora
- Gabriel David Jiménez
- J. Antonio (K) Sánchez
- Gladys Cepada
- Candela Robles Avalos
- Virginia S. V. Riesco

Con espantosas ilustraciones de:

- J. Antonio (K) Sánchez
- Héctor Mendiola Gómez
- Minos336 (Patricia Juárez Guerra)
- Andrés Ramírez Ruiz
- Gladys Cepada

MUNDO DE SOMBRAS

Adriana Alarco de Zadra

Ilustración por Héctor Mendiola Gómez



1000

El mundo de sombras en el que vivo, rodeado de individuos mugrientos, cochambrosos, estropajosos, tiznados y sórdidos, se está volviendo cada día más insufrible. Vagamos por laberintos subterráneos, en parte inundados por las aguas, buscando los lugares más secos, sombríos y alejados del sol. La vegetación prácticamente ha desaparecido de la faz de la Tierra debido al calor y los incendios que provoca. La escasez de oxígeno y ozono están causando estragos entre los humanos más desfavorecidos. Sobre nosotros se alzan los edificios de la Ciudad Austral donde viven los Selectos. Sólo ellos tienen acceso a las Fuentes de Energía Revitalizadora y nos han segregado de la comunidad, causando nuestra miseria y debilidad física.

Los Selectos son perfectos y por eso creen tener derecho a todos los recursos de la comunidad, lo que a nosotros nos niegan, dejándonos sólo las migajas. Es cierto que somos corporalmente imperfectos, hay algunos sordos, o tuertos como yo, o ciegos o inválidos a causa de las mutaciones desatadas por la catástrofe sufrida años atrás en la Tierra. Sin embargo, las imperfecciones que hemos heredado no son un motivo para discriminarnos en tal forma que estamos muriendo poco a poco. Porque con la vida insalubre que llevamos, con el aire impuro que respiramos, no podemos detener la plaga de enfermedades y pestes que nos consumen desde nuestra expulsión. Muchos morimos de debilidad pulmonar, edemas, enfisemas. Somos los Indeseables.

Los Selectos desearían nuestra desaparición paulatina de la faz de la Tierra debido a las enfermedades que dejan nuestros cuerpos inservibles por la sevicia, ferocidad y encarnizamiento que nos consumen el cuerpo y el alma. Muchos mueren trastornados sin saber quiénes son, de dónde vienen y adónde van. Yo, junto con Macay, Paititi y Catarí, mis fieles colaboradores, ayudamos a los sobrevivientes de esta fatal segregación. Sin embargo, aún les somos útiles. Aunque sólo sea para usarnos en los ensayos más crueles y para probar remedios experimentales a cambio de un poco de alimento o de una manta raída.

Kori, el brujo —aunque inválido— es nuestro contacto con los selectos pues todavía conserva cierta perfección en su cuerpo y ellos necesitan de intermediarios que les eviten el contacto con los Indeseables. El brujo colecciona los libros que se salvaron de los incendios y de las inundaciones y tiene un acceso parcial al conocimiento de los Selectos. Sabe mucho y conserva recetas para casi todas las enfermedades conocidas, pasadas, presentes y futuras aunque no pueda todavía hacerse crecer la pierna que le falta. Le proporcionamos los ingredientes para sus pomadas, pociones o jarabes. También tiene necesidad de cadáveres para sus clases de anatomía y otros experimentos aún más horribles. En más de una ocasión le hemos traído lo que nos exige. En algunos casos robamos los cuerpos del cementerio de los Selectos, pues ellos también mueren aunque desearían ser inmortales. Los guardias nos dejan pasar con una mueca de disgusto para suministrar los insumos que se necesitan porque ya nos conocen. Tras nosotros queda una serie de murmullos y risotadas sobre nuestro aspecto malsano y pestilencia.

Kori se hallaba ensimismado en su laboratorio mezclando grasa de oso con tuétano de buey, cera nueva y polvos de marfil para teñirse las canas.

—Jayu —me dijo—, yo no puedo salir del laboratorio. Esta pierna no me ayuda y ninguna otra artificial me ha servido hasta ahora. Estoy preparando una nueva poción que revolucionará el mundo. Voy a utilizarla para que me crezca otra y entonces, sí, podré ayudarte a ti y a tus amigos. Pero debes buscar, encontrar y proporcionarme los materiales que necesito.

El brujo me explicó lo que debía hacer. Primero tendría que encontrar los ingredientes. Luego, hirviendo minio y cerusa en partes iguales, junto con un tercio de jabón y tres partes de aceite de oliva debía formar una pomada. Debía tener cuidado de no respirar los vapores venenosos mientras hervía. Afirmaba que podía hacer crecer la piel nueva cuando por un descuido se salía al aire libre y el sol la quemaba. Me entregó unos gramos de minio con grandes recomendaciones de que se podía usar externamente, pero si se respiraban sus vapores o se usaba internamente era tóxico y venenoso. Desde entonces, estamos preparando pomadas en los recovecos de nuestro laberinto y curamos las llagas infectas producidas por la luz del sol.

Es un alivio poder recurrir a Kori. Desde que comenzó a decrecer la presencia del ozono alrededor del planeta y todo se fue convirtiendo en cenizas por la acción de los fuertes rayos del sol, la Tierra cambió para peor. No se puede decir que no lo sabíamos pero seguimos haciendo caso omiso de las advertencias hasta que llegó el Cataclismo. Sobrevino en el mundo una catástrofe como jamás habíamos imaginado ni en las peores pesadillas. Se hundió la tierra bajo las aguas, explotaron las ciudades convirtiéndose en derrumbes inmensos y sepultando bajo sus restos vidas, amores, sufrimientos, geniales inventos, importante e irrecuperable sabiduría. Desde entonces se mide el paso del tiempo en años D.C., o Después del Cataclismo, para diferenciarlo de los años A.E, o Antigua Era.

En la ciudad sobreviven los que están alejados del sol. Quienes se esconden en los subterráneos insalubres se mueren por la falta de alimento, de oxígeno, de atención.

Muchos han abandonado la Tierra y viven en otros planetas colonizados por los hombres. Recuerdo cuando vivíamos en concordia en un mundo desarrollado que alcanzó un alto nivel de civilización, pero el Cataclismo cambió nuestras vidas. El calor infernal en la superficie de la tierra derritió glaciares, se inundaron los continentes, se movieron las placas marítimas produciendo espantosos terremotos. Lo que no quedó destruido se incendió y se convirtió en cenizas desperdigadas al viento. La vida biológica sufrió su más mortal impacto desde que el mundo es mundo.

Casi toda la ciencia acumulada durante los siglos se perdió en los incendios o simplemente se derritió. Si algo queda, está muy lejos en la galaxia y nadie regresa para iluminarnos.

Por eso vivimos alejados del sol asesino que ha diezmado a los habitantes en las últimas décadas. En la Tierra, donde se hicieron tantos descubrimientos en la Era Antigua, aunque parezca increíble, hoy apartan a las personas que no son perfectamente sanas, llamándonos Indeseables. No quedamos muchos y estamos reclusos, aventados o arrojados en este rincón del mundo, en los meandros subterráneos de una antigua mina muriéndonos de a pocos. En los alrededores se han formado islas, islotes y penínsulas donde antes del deshielo había todo un continente. Estamos viviendo en las profundidades de esta ciudad Austral, en parte sumergida, la que antes fue grande y populosa metrópoli. No somos malvados ni es maligno el dolor que nos agobia pero sí es perverso el egoísmo de los Selectos y yo no sé adónde nos llevará

tanto sufrimiento.

Felizmente, ahora el brujo nos protege y ampara con su erudición y desprendimiento. Bajamos a trabajar en los recovecos más profundos de la tierra para recoger material y aunque muchos desaparecen aplastados por los derrumbes, nos queda la ilusión de un mundo nuevo. Sobrevivimos alimentándonos de los animales que podemos atrapar en las inmundascovachas alledañas, cambiando ingredientes misteriosos y difíciles de encontrar para sus pócimas, por brebajes que nos prepara, si no para curarnos, al menos para soportar la vida en el inerrante mundo de las sombras.

Otra fuente de alimentación es el caolín que el debilitado compañero Paititi se encarga de raspar de las paredes ya que él no puede caminar por largos trechos en los túneles excavados. Ese tipo de arcilla o silicato de aluminio nos abastece de sales minerales, y calcio, nos sirve de alimento, como los antiguos amazónicos, y también lo usamos para lavarnos, para desinflamar heridas y regenerar la piel.

—El progreso de la química ha acompañado siempre el incremento de las ciencias naturales y la búsqueda eterna del elixir de larga vida —acostumbra a explicarme Kori.

Nosotros, la escoria de la tierra, los Indeseables, ayudamos en la extracción y en la preparación de minerales metálicos, así como aportando órganos humanos que necesitan los Selectos. Mi colega Macay el manco, mientras excavamos en los subterráneos, asegura que las ciencias, con sus estudios sobre el genoma, la radioactividad y la constitución del átomo, le dan la razón a los alquimistas ancestrales quienes han asegurado desde siempre que los elementos tienden a transformarse. Y Macay sabe de lo que habla, no en balde es el más inteligente de nosotros y ayuda a Kori en los experimentos biológicos que regularmente lleva a cabo. Eso es lo que va a suceder, nos asegura Macay, vamos a transformarnos también nosotros, con la ayuda de Kori.

Al entregarle el oro que hemos encontrado, el brujo me advierte con severidad que no me acerque al agua mercurial que hierve en un rincón de su laboratorio pues puede explotarme en la cara. La va a mezclar con oro para fabricar su piedra filosofal, me explica. Aún con los avances científicos que existen actualmente, el oro es y será siempre la atracción mayor de los hombres, aunque no sé qué ventaja pueda tener para la humanidad sobreviviente ya que no hay mucho que comprar, aparte la metamorfosis genética y eso todavía es un secreto en el que está trabajando el brujo.

—¿Qué te sirve, Jayu? —preguntó Kori, dejando de embadurnarse el cabello que tiene tieso y derecho como agujas de puercoespín, observándome a través de los frascos con líquidos multicolores. Los potes en los estantes llevan etiquetas con nombres como Nuez Vómica, Raíz del Diablo, Matasuegras, y otros venenos conocidos.

Le expliqué que la laboriosa Catarí hizo hervir polvos de coral y antimonio con corteza de abedul, esencia de rosas y clavos de olor, como nos explicó él, para preparar la infusión de Nostradamus, y dos o tres de nosotros en vez de curarse, se han envenenado y han muerto.

—Le advertí a Catarí que no le pusiera mucho antimonio a la mezcla que puede ser tóxico. De hecho si le di instrucciones precisas es porque —me explicó— hay sustancias que son

venenos potenciales y deben suministrarse convenientemente para que sean provechosas. Dicen que no hay nada nuevo bajo el sol, y cuando este mismo sol ha destruido gran parte de la vida biológica de la Tierra, debemos ayudarnos con lo que podamos encontrar. Sé que es difícil conseguir ciertos materiales, pero se deben preparar con exactitud, sino no son válidos.

Me dio la receta de la infusión de Nostradamus cuando le pedí una pócima para hacernos más fuertes y sanos. Y tiene razón al decirnos que sigamos las instrucciones estrictamente para que no nos perjudiquen sus pócimas. Tendré que recordárselo a Catarí.

Kori meditó un rato, sacudió la cabeza en señal de impotencia, y luego me entregó un trozo de plata cruda influenciado por Saturno, como amuleto, pues atrae sobre quien lo lleva el respeto y la confianza de sus semejantes. Eso era todo lo que me podía donar sin pagar. Por lo demás, me dio a entender que no tenía tiempo de preparar brebajes contra el envenenamiento mientras trataba de encontrar una solución para su invalidez y para la metamorfosis, cuestión en la que llevaba ya avanzados estudios. Como ya casi está preparada esa nueva pócima, seremos de los primeros en probarlo, según me ha prometido. Y de esa esperanza sobrevivimos todos los Indeseables.

No faltan los violentos y los incontrolables entre nosotros. Algunos de los Selectos, discriminados recientemente por alguna enfermedad incurable, recorren las murallas de la ciudad. Durante las horas nocturnas observan sus antiguos hogares, allí donde vivieron con comodidades mientras eran sanos. Ahora, al igual que nosotros, viven bajo tierra, recogiendo, buscando y almacenando lo que encuentran, arrastrándose, arañando las paredes de la mina, sin poder obtener suficiente mejoría para sus males. Ya hay quienes claman venganza por haber sido desplazados, anulados, suprimidos y excluidos injustamente de la Fuente de Energía Revitalizadora.

Le he rogado que los ayude y Kori me lo ha prometido. Es magnánimo y altruista.

—Primero trata de conseguirme los productos que te indico en esta tablilla, para preparar nuevas recetas para los Selectos, —continuó y me entregó una larga lista apuntada en una tabla de arcilla—. Si quieres que cure a los Indeseables debes esperar a que termine mi poción transformadora.

Los ingredientes apuntados no eran fáciles de conseguir. Para preparar colirios con el fin de cambiar el color de los ojos, el brujo necesita nitrato de plata cristalizado; para sus pastas dentífricas debo obtener huesos de jibia en polvo, cremor tártaro, cochinilla y coral pulverizado; luego extracto de silicio negro para preparar remedios contra la senectud, sales de radio para destruir las células vivas que no son perfectas o están dañadas. Son tantos los ingredientes y tan escaso el tiempo que nos queda. Para salvaguardar nuestra integridad y para no seguir viviendo en condiciones infrahumanas, y deseamos su apoyo con prontitud.

Por ese motivo le conté, entonces, al amigo brujo qué hemos encontrado en las profundidades de la mina: enormes cantidades de explosivo que podemos utilizar contra los Selectos en nuestra rebelión. Si no encuentra rápido la solución para la metamorfosis, haremos desaparecer la Ciudad Austral de la faz de la tierra, como último recurso. Kori no está de acuerdo con esa extrema decisión pues no pierde las esperanzas de encontrar el remedio para nuestros males, y me advierte que corremos el riesgo de perder el rumbo.

Mientras tanto, además de su experimento para la metamorfosis, Kori está preparando algo sorprendente, que cambiará la faz de la tierra. Me ha pedido ayuda para procurar polvo de hierro con lo que desea favorecer la absorción de anhídrido carbónico sobre la superficie de las aguas. Y así sanar al planeta.

Sostiene que con el polvo de hierro se puede acelerar el crecimiento de las algas marinas que a su vez absorberían este gas. Es un proceso lento pero espera en la recuperación del planeta al estado que nunca debió haber perdido en un remoto futuro.

Buscaba una veta lo suficientemente grande como para realizar el proyecto. Por sus explicaciones, me di cuenta de la enormidad del trabajo. Quizás, nos quería tener ocupados. Pero entonces, Kori me informó que había comenzado la nueva revolución terapéutica para curar las pestes, las enfermedades, la invalidez haciendo crecer miembros faltantes y renovando la piel.

Había encontrado la forma de aislar los principios activos de los elementos y aplicarla al ejército Selecto.

Sin embargo, al realizar las pruebas se dio cuenta de las transformaciones. Los genes animales que utilizaba los convirtió en seres superiores físicamente, gracias a sus nuevos atributos, pero algunos pacientes tomaron formas diferentes.

Después de varias pruebas, me explicó que las metamorfosis han traído una serie de trastornos en el ejército de los Selectos, y Kori tiene mucho trabajo que hacer. Algunos han perdido la razón por haberse convertido en algo nunca visto. Piel escamosa de colores diversos y con manchas, garras en vez de manos, cráneos deformes y proboscidios.

Con el delirio alquimista que ha surgido en estos años, los Selectos recuperan antiguas y mágicas pociones para curar las deformidades —me explicó—. Ellos esconden sus transformaciones porque viven aterrados de ser discriminados y enviados entre los Indeseables.

Por eso, muy en secreto y recorriendo una serie de pasillos escondidos, canales y tortuosidades, llega a su laboratorio una clientela de seres genéticamente alterados, modificados, transfigurados. Kori está tan preocupado que quiere probar el experimento en nosotros antes de seguir tratando a los Selectos.

Después de nuestra conversación, me ha entregado el amigo brujo unas agujas con cápsulas de suero a cambio de algunos materiales para sus pociones. Las cápsulas producen cambios en la raza y pueden convertir a los hombres en seres con cualidades animales como hombres con vista de halcón, o con la osadía del jaguar, o con la malicia de la serpiente, así como hombres industrioses como abejas o que respiran bajo el agua como el tiburón. Sin embargo, también pueden cambiar físicamente pues ha inventado en sus horas de insomnio la fórmula para transformar el genoma humano. Su ilusión es que le crezca finalmente la pierna que le falta. Probaré las cápsulas. Haré el experimento, la prueba, la última ilusión, con mis compañeros. No nos queda otra esperanza.

Mientras tanto, los Selectos siguen escondiendo sus deformaciones, resguardados de la

luz del sol, sin identificarse con su verdad. Con la egolatría que los caracteriza, siguen acaparando y respirando el oxígeno que a nosotros nos llega escasamente bajo la tierra en el mundo de las sombras. Balsatros resguarda la ciudad con su ejército de gigantes, para que no sufra la violencia de los Indeseables, pero yo tengo una fe inquebrantable en el viejo amigo brujo. Llegará el día en que transformará la Tierra y los últimos serán los primeros.

Comencé a llenarme de sueños y resolví cerrar el pasado en un rincón de mi memoria, como en una alcancía donde se guardan los recuerdos. Decidí promover una activa defensa de los principios que rigen nuestra comunidad. Comenzaremos por volvernos más fuertes, más sanos, más interesantes con los sueros en cápsula descubiertos por Kori.

El manco Macay, cuyo nombre en el antiguo idioma significa ceniza, empezó el tratamiento antes que los otros y de un lado le están creciendo plumas en forma de ala y su único brazo también se está convirtiendo en ala, emulando al ave fénix que renace de las cenizas. No solamente se le ha aclarado la vista sino que su cuerpo se está transformando. El brujo afirma que es todo un éxito ya que han desaparecido los síntomas de su enfermedad intrínseca. Su piel llagada, podrida, agusanada se está renovando y plumas pequeñas están abriéndose paso entre los poros del cuerpo. Macay se está volviendo hombre-pájaro. Es un ser feliz y pronto empezará a volar, revoloteando sobre la ciudad Austral como las aves que hace tiempo abandonaron los cielos de la Tierra y que pocos recuerdan.

Como mi nombre, Jayu, está relacionado con la sal, decidí probar las cápsulas de tiburón, que vive en el mundo de aguas saladas, esperando poder convertirme en anfibio y curarme de las fiebres intermitentes que me afectan. Ya estoy viendo que me salen agallas y me crece la cavidad dental para poder masticar con fruición los más débiles huesillos de los Selectos difuntos antes de que los entierren en el cementerio. Estoy volviéndome un hombre-pep. Puedo nadar en las aguas que rodean la Ciudad Austral y quedarme bajo la superficie más tiempo que ningún hombre antes pudo hacer. El júbilo me ha llenado el espíritu al ver que una piel suave cubre mis extremidades. ¡Soy un Tritón, un rey marino, un salvador que se levantará de las aguas!

He suministrado las píldoras de jaguar a Paititi, nuestro compañero de excavaciones subterráneas quien sufre de depresiones y cansancios, para que se fortalezca su estructura vital. Por lo que veo, ya le están creciendo garras en las manos y su cabeza se está convirtiendo en la de un felino audaz. Tiene manchas en la piel y se está volviendo fuerte y feroz.

A Catarí, la mujer invisible como la llamamos por tener una sutil figura, delgada, estilizada, enjuta, desmirriada y tenue, el suero la volverá una mujer-serpiente ondulante y maliciosa, así como a las otras féminas del mundo de sombras. Se están deslizando por los meandros subterráneos y recorriendo angostos canales que antes no podíamos atravesar, para acercarnos sin aviso ni sospecha a la ciudad de los Selectos. Si continúan rechazando nuestra humanidad, nuestra existencia, el sentido mismo de la vida, tendrán que atenerse a las consecuencias.

Esperaremos con paciencia la transformación para levantarnos de nuestras catacumbas y volver al mundo luminoso y espléndido de la metrópoli, sin perder el sentido de nuestra propia realidad.

NOVEDOSAS

El brujo ha probado él también sus cápsulas. Le está creciendo el miembro que le faltaba pero parece tener pezuña en vez de pie. No importa. Ahora puede caminar mejor que antes.

En nuestros sueños inventamos un porvenir impactante. Una división de jaguares Paititi, mitad hombres mitad felinos, rodearán la Ciudad Austral y vencerán a los gigantes de Balsatros. Por las aguas se acercarán los tiburones Jayu, nadando en las aguas saladas y profundas de los agigantados océanos; por los aires se acercarán volando raudamente los halcones Macay, durante las horas del ocaso cuando el sol no quema. Las serpientes Catarí avanzarán por los senderos que llegan al centro de la Tierra Conocida, mitad ofidios, mitad féminas, ondulantes y maliciosas. Comenzaremos la invasión aunque Balsatros haya alineado en las puertas a sus súbditos perfectos, gigantescos, fuertes y sanos, hipnotizados con su poder de mesmerismo, para evadir la realidad. ¡Y si no nos abren las puertas, usaremos explosivos! Nuestra venganza será terrible.

Así, en esa forma sutil pero feroz, nosotros venceremos.

Es nuestro propósito que los Selectos reconozcan su malevolencia, se comuniquen con nosotros, nos faciliten el oxígeno y no sigan viviendo de fantasías o traeremos abajo su mundo con nuestra furia vandálica, nuestro instinto animal y nuestra fuerza monstruosa. Entonces, los animales se apoderarán de la Tierra nuevamente, levantándose desde las sombras con sus pieles renovadas para comenzar otra vez el ciclo infinito. Ocuparemos la ciudad Austral y será nuestro jefe y guía Kori, el hombre-lobo, el brujo de las profundidades, esa mente generosa, erudita y compasiva, finalmente sano y entero.



COSTUMBRES

Carlos Enrique Saldivar

Ilustración por Minos336 (Patricia Juárez Guerra)



Bajo la turbadora quietud de un cielo indolente avanzaban dos seres vestidos con harapos.

Trastabillaban y se apoyaban entre ellos, cabizbajos, royendo cosas que recogían por el camino.

El amanecer ascendía con timidez sobre la faz del mundo, las sombras iban siendo decapitadas por los verdugos del sol, atisbos luminosos que indicaban el poderío de un día que iba naciendo, o por qué no decirlo de este modo: atisbos de nuevas muertes que se proyectaban en la luminosidad del más allá.

Aquellos hombres no existían. Pero adoraban la salida del astro rey. Porque le temían, aunque los aspectos religiosos en una situación como la suya eran prescindibles. Estaban cansados, sedientos, hambrientos, sus cuerpos casi no contenían sangre. Habían absorbido cuanto pudieron de sus orificios epidérmicos gracias a laceraciones auto infligidas. Uno al otro habían succionado un poco de sus jugos, desde las muñecas hasta los hombros; tal estrategia funcionaba con los de su especie. Habían chupado con avidez. Todo por el afán de sobrevivir... por un tiempo breve, para luego morir. La sed estaba saciada de momento. Podrían resistir un día más, tal vez dos. Empero, existía aparte otra imperiosa necesidad: comer.

A lo lejos vieron pasar un venado. Lo ignoraron. Una liebre deforme, despellejada, se acercó saltando hacia ellos y gruñó. Esos extraños animales solían cometer dichos actos fuera de toda lógica, el sufrimiento que padecen es indescriptible, aunque, de algún modo, aprenden a convivir con el tormento. Los hombres cogieron una sandía que estaba plantada en un extremo de la huerta. Le asestaron al animalillo el vegetal en el rostro y lo atontaron. Con el filo de sus dientes ambos tajaron el cuello del roedor y bebieron. Aquellos pequeños y curiosos animales no solían tener mucha sangre, no era este el caso. Por desgracia, la sed no podía aplacarse de momento. Sin embargo, aguantarían un poco más hasta encontrar algo de comer. Tenían fuerzas para ello. Se tendieron exhaustos sobre el pasto junto a un enorme manzano que parecía temblar de horror ante tan siniestras sombras.

Se protegieron el rostro del sol. Musitaban suavemente: «El desierto, el desierto...».

A mediodía reanudaron su trayecto. Más allá se hacía visible un inmenso prado cuya vegetación era vasta. De seguro un bosquecillo lo continuaba. A lo lejos podían escrutarse las enormes montañas que rodeaban la casi inabarcable colina. Era menester pasar por ahí. Alrededor había unos sembríos y más vegetales tirados en el suelo, habían sido dejados allí hacía días por los farineos. A los hombres estos seres les importaban tanto como un insecto pequeño. Los farineos no tenían sangre, contenían en sus rudimentarios cuerpos cierta sustancia verde que tenía un sabor fuera de lo común y que salía con rapidez de sus bocas cuando se les asesinaba por placer. Las heces de los farineos era amarilla y estos las utilizaban para crear su propio alimento y como abono, para cultivar vegetales.

Eran una raza insólita.

Por fortuna, el hombre seguía siendo el incierto dueño de la Tierra. Hombres mutados. Los normales eran tan raros como una aurora boreal. No representaban ningún problema.

Los farineos tampoco, aunque a veces aparecían en las zonas más insospechadas y atacaban al hombre, solo cuando los primeros superaban en número. Solían ser cobardes. Los varones continuaban su caminata.

En aquel instante no había nadie. No era extraño. Los farineos temían al sol y no vivían en lugares abiertos. Regresaban por sus víveres de noche. A veces dejaban los sembríos abandonados durante largas temporadas. Lo acostumbrado era que revisaran sus plantas de vez en cuando. De momento, esos dos hombres eran el único vestigio de vida en aquella zona. Ellos y un suelo cubierto de vegetales en pleno cultivo, árboles verdosos, repletos de plátanos, manzanas, naranjas, paltas. Había muchas frutas amontonadas en el piso: mangos, cerezas, frambuesas, fresas peras. Además, en los surcos, había cajas de madera con enormes sandías, sonrientes calabazas, rechonchos melones y más allá, en los bordes de la huerta, se hallaban: cereales, legumbres, coles, alcachofas, lechugas, coliflores; todo acomodado en ligeras redes, listo para ser consumido. También había tubérculos, se encontraban atados con tiras de origen vegetal. Los surcos se extendían por el este y el oeste hasta perderse. Más allá parecía iniciarse otro enorme prado y, junto a este, el primer atisbo de agua dulce y cristalina, perteneciente a algún río, la cual servía para regar las plantas. Podía notarse una cierta cantidad de agua al borde del camino, estaba empozada en un gran riachuelo que emitía tenues reflejos mañaneros.

Los hombres lo miraron y lo ignoraron.

«El desierto, el desierto...».

Debían cruzar el prado y el bosquecillo. No sabían si tendrían las fuerzas necesarias para lograr tal empresa. Descubrieron frente a ellos a un buey de dos cabezas que pastaba. Era enorme y estaba atado a un gran artefacto hecho de huesos humanos.

«Así es como esas bestias se burlan de nosotros», manifestó uno de los hombres.

Eran las malas costumbres de los miembros del reino Farinea: recoger cadáveres y usar los huesos para adornarse con ellos, armar sus viviendas y elaborar sus extrañas herramientas de trabajo. Si esta especie adoptaba y criaba animales, lo hacía para defenderse de los humanos y para tener alguna compañía. Los hombres nunca entenderían qué veían los farineos de importante en los animales, aparte de su sangre.

Los farineos eran extravagantes, mas no fueron ellos quienes iniciaron el caos. Fueron consecuencia del mismo. Aquellos seres tan misteriosos y esquivos para ojos humanos, que se encontraban entre lo animal y vegetal, se mantenían siempre alejados del significado de las culturas social y religiosa. Los problemas con ellos no abundaban. Eran inofensivos para cualquier otra raza o reino. Salvo en caso de que se torturase a uno de los suyos. Los hombres lo hacían como diversión. Los farineos solían defender a los miembros de su clan. Si un macho agresor era rodeado y atacado por un grupo de farineos, podía resultar muerto.

Los farineos eran una especie nueva, aun si hubiesen sido creados antes de la gran tragedia, no hubieran podido ser responsables del tétrico y caótico mundo ahora existente.

La culpa fue de una mujer.

Debido a ella, los seres humanos provocaron una hecatombe y exterminaron a gran parte de su especie, destruyeron muchos de sus recursos vitales y, con eso, un pedazo de sus propias almas. Hubo guerras sangrientas. Los hombres se atacaron entre sí con todo tipo de armas. Quedaron solo unas pocas razas sobrevivientes. En el caso de los varones, todos eran de piel, ojos y cabellos oscuros; su género era inocente de toda culpa. Quedaron destinados la gran mayoría a recorrer los amplios desiertos que ahora eran sus casas. Tristes, aletargados y débiles, llorando lágrimas de sangre. Muriendo a montones. Sus cuerpos estaban regados en los prados, sembríos, huertas y jardines; en los bosques, selvas y en el interior de los lagos y ríos. Morían allí, de hambre y sed, sin poder alcanzar la salvación de su género. Todos hombres. Pobres hombres.

Una mujer fue quien había ideado la primera arma. La que provocó el gran cambio. Al principio, los seres humanos lucharon entre ellos, hombres contra mujeres. Después los hombres pelearon entre sí, una guerra entre normales y anormales. Los anormales vencieron y poblaron el mundo. Eran una especie nómada en su mayoría, solían trasladarse en grupos. A veces vagaban solos o en pares. En pocas ocasiones, si la fortuna los tocaba, se volvían sedentarios. Eran muy fuertes. Aquellos míseros seres tenían una misión en la vida: destruir a las mujeres. Escupirían encima de aquella estúpida ley existencial de antaño: «Sin mujeres no hay vida». Además, acabando con ellas podían mantener la supervivencia de su aborrecible raza. Aunque debían ser cautelosos, no tenían que abusar de la venganza. Mientras hubiesen féminas, ellos sobrevivirían; no era inteligente extinguirlos. Empero, los pensamientos racionales se iban alejando de los varones rápidamente, con cada generación. Ya casi no había hombres normales en el mundo. El planeta estaba poblado, mayormente, por varones mutados, mujeres y farineos.

Los hombres mutados lucían como seres humanos, su organismo contenía una perturbadora mezcla de elementos animales y minerales. Lo mineral predominaba. Lo animal estaba presente en aquellos cuerpos, una sección que requería ser colmada únicamente con sangre. Una mujer que se topaba con alguno de estos monstruos tenía que suicidarse de inmediato mordiéndose la lengua. Si no hacía esto, padecería una muerte horrible. A veces algunas féminas eran capturadas por estos engendros para ser mantenidas en cautiverio, luego eran utilizadas para la reproducción, después se les alimentaba como ganado, aunque finalmente eran chupadas en vida hasta la muerte. El ADN de las mujeres había cambiado debido a un rasgo congénito que se manifestó años después del primer gran desastre. De cada cien vástagos, noventa y nueve eran mujeres. El restante era un varón. Enfermo, obviamente. La progenitora debía deshacerse del macho de inmediato pues desde pequeño manifestaba un virulento deseo de venganza.

Los farineos surgieron después, tras las guerras químicas y biológicas. Las mujeres se aliaron con ellos. El entendimiento farineo era de un nivel espiritual. Las féminas

acostumbraban tener contacto directo con ellos. No obstante, «La raza sangrienta» (como ellas llamaban a los varones que surgieron luego de la guerra) quebrantó el reino Farinea. Los hombres, al no poder alimentarse de ellos por tener un sabor horrible, solían divertirse atormentándolos de mil maneras y, sobre todo, violándolos. Muchos farineos eran físicamente agradables y tenían un sistema reproductor muy similar al humano, aunque contenía ambos sexos, es decir, poseían pene y vagina, y se hacían el amor a sí mismos. Los hombres aprovecharon que muchos farineos tenían mamas desarrolladas y nalgas bien formadas, por ello les sometieron sexualmente, esclavizándolos en varios casos y usándolos para la reproducción. Las vejaciones habían provocado que se creara una cuarta raza, más terrible incluso que la raza original mutada. Las mujeres le temían sobremanera pues eran hombres y bestias a la vez: el fiel reflejo físico de sus padres, aunque eran más fuertes, grandes y violentos. Tenían una parte vegetal, herencia de los farineos, pero esta tendía a degenerarse durante los primeros años de vida.

Era un mundo horrible.

Las hembras recordaban, no sin cierto recelo, a la mujer que desarrolló los experimentos que desembocaron en «La raza sangrienta». Aquella científica, de origen estadounidense, había decidido detener la guerra atacando a un sector masculino de la humanidad. Ella desarrolló el arma que hizo que los bebés nacieran infectados. El gen enfermo era transmitido de varón a varón. Asia, que era el continente donde nacían más niños varones, declaró la guerra a Norteamérica y ese fue el inicio de todo. El odio hacia aquella siniestra mujer había sido transmitido genéticamente durante mucho tiempo. Los niños que nacían veían en las féminas a aquella persona que les había arruinado la existencia. Aunque era solo un asunto de instinto.

Nunca la conocieron. Nunca leyeron sobre ella (no sabían leer ni escribir). Solo mantenían un repudio inconsciente por el género femenino, que en ese entonces, en el desolado año de 2953, era un elemento que dormía en el inconsciente. Las mujeres tampoco tenían gran recuerdo de aquella maligna dama, excepto algunos fragmentos de libros, cintas de audio y video, y recortes periodísticos acerca de las condiciones en que se dio el desastre. Las féminas vivían en tribus, distribuidas en valles y montañas alejadas. Muchas de ellas optaban por no tener descendencia, pero algunas pensaban que era muy importante que su género se perennizase, por eso tenían hijas, al realizar el coito con los farineos; las niñas eran un poco más débiles y pequeñas que sus madres, además nacían con una diminuta parte vegetal que desaparecía durante los cinco primeros años de vida.

Poco a poco las mujeres de las nuevas generaciones dejaban de comer carne y preferían consumir alimentos de origen vegetal; al igual que los farineos, criaban animales con el fin de protegerse de los hombres y de tener compañía. Además las mujeres preservaron elementos culturales y religiosos del pasado. Algunas mujeres sabían leer y escribir, pero la tecnología había colapsado hacía siglos y la documentación resultaba poco útil en un mundo que había involucionado a una etapa rudimentaria. En uno de los archivos escritos que se conservaron podía leerse lo siguiente:

«Yo solo quería las cosas cambiaran (Testimonio de la doctora Rachel O., culpable

directa de la catástrofe genética de la cual el planeta es víctima»).

«Las cosas no deben cambiar jamás», se decían los caminantes. Habían tenido noticias sobre algunas mujeres que intentaban acercarse a la ciencia para poder transformar el mundo actual y modificar las cosas en favor de ellas. Pronto dicho pensamiento se alejó de las mentes de ambos, siguieron avanzando entre arbustos y ladeaban enormes árboles con melocotones. Muy cerca, los duraznos brillaban dorados al sol que estaba siendo ocultado por tersas nubes, las cuales anunciaban una llovizna ligera. Uno de los hombres, el más bajo, cogió un melocotón, lo aplastó y utilizó su jugo para limpiarse el rostro. Sintió un ligero placer. El astro rey parecía acompañarlos, brindando cierta protección a aquellas oscuras almas que se deslizaban hacia la vida en tanto trataban de salir de un interminable círculo de muerte.

De vez en cuando ciertas reflexiones se aproximaban a los cerebros de ambos varones: «Las cosas nunca deberán cambiar, se han mantenido así por cientos de años. Los ancestros machos ya lo habían mencionado alguna vez. Una mujer fue la que destruyó el mundo. Antes los hombres comían vegetales y carne, y bebían agua de los manantiales. Todo era distinto hace mucho, hoy las cosas eran como eran, y punto. Tendrían que mantenerse así para siempre. Está escrito en El Gran Libro del Macho Rey, un texto que se trasmite de manera oral, de generación a generación. Aquel que quiera dar una versión distinta a la del libro habrá de morir. O tendrá que ser enclaustrado de por vida, sin ojos y sin lengua».

Aquellos individuos parecían no existir. La garúa cayó, pero les fue indiferente. Una llovizna no podía refrescarlos. No obstante, la suciedad de sus cuerpos era limpiada y, con ella, las marcas de un dolor insoportable. Su sufrimiento se acrecentaba con cada minuto que transcurría. Meditaron en la posibilidad de suicidarse si su situación no variaba en las próximas horas. Subieron a una colina y, una vez en la cima, gritaron de frustración.

Más verde a la vista. Más frutales. Más verduras. Y algunas bestias del campo.

Ni una sola mujer.

Ni el más mínimo atisbo de terreno arcilloso.

A lo lejos se divisaban unos cuantos animales mutantes, podrían atrapar algunos, aunque su sangre sabía horrible. Peor era el sabor de las frutas, los tubérculos y las leguminosas. No debían consumir ninguna de tales sustancias. Morirían entre horribles estertores, sus organismos no estaban preparados para recibir dichas porquerías.

Pero si había un veneno de verdad en aquel mundo ese era el agua. La única manera de absorberla era transformada, mediante un proceso químico que se daba solo dentro de los cuerpos de «La raza líquida». Así es que como ellos llamaban a las mujeres.

Nunca podrían explicarse cómo aquellas débiles criaturas podían consumir sustancias que resultaban mortales para ellos. Recordaron algunas palabras del libro oral: «Si hay alguna diferencia entre nosotros y ellas, es por culpa de ellas».

«Todo es culpa de las mujeres».

Los dos seres, en la cima de la colina, maldijeron a viva voz. Enseguida prosiguieron su ruta sin detenerse, balanceándose de un lado a otro. Deliraban, no podían recordar ni su nombre, de dónde habían venido ni cuál era la región a la que se dirigían. Solo veían gotas de garúa que pasaban ante sus pequeños ojos. Su contextura recia, grande y musculosa, los mantenía vivos. Habían estado juntos desde el principio y se mantendrían así hasta el final, fuera cual este fuera. Su gran capacidad física era lo que les había hecho llegar tan lejos, sin embargo un cuerpo enorme como el suyo requería una buena alimentación. Sufrían. Tanta sed y hambre. Debían seguir. Quizá su viaje alcanzara su postrimería muy pronto.

Anduvieron muchas horas hasta que la llovizna cesó.

Amaneció. Llegó la tarde y, con la despedida anunciada por los albores del astro rey, los dos hombres harapientos, de cuello ancho y moreno, de cabellos largos y enredados, contemplaron ante sí una oportunidad.

En una zona extensa de huertas, de seguro trabajada por los farineos, vieron a una mujer. Caminaba distraída. Era muy joven, quince años a lo mucho. Recorría el lugar con curiosidad. Buscaba comida.

Los hombres no se desesperaron. Se escondieron varios minutos tras unos grandes maizales. Ella pudo haberlos detectado con el olfato, pero estaba emborrachada de gozo al contemplar las grandes mazorcas de maíz. Con sus dos manos arrancó varios granos y comió. Se alimentó por un buen rato. Llevaba cuatro bolsas de lana con ella. Dos de estas se encontraban llenas de minerales. Las llevaba por seguridad, si se topaba con un hombre solo había de dejarlas en el suelo y correr. El macho cogería la arcilla y el cemento y la dejaría huir; eso pensaba ella. Ambas bolsas fueron dejadas en el piso, olvidadas.

La chica ha llenado la tercera bolsa con maíz. Aún no decide con qué llenar la cuarta bolsa. No tiene miedo. No ha visto un hombre en toda su vida. Piensa que los machos solo son una leyenda. Se siente segura, invencible. Su nariz es un poco grande, definitivamente la ha desarrollado para hallar comida, mas no es muy eficaz para hallar hombres. Esa es la bendición y la maldición de las hembras. A pesar de los fuertes olores que los machos despiden, las mujeres solo pueden detectarlos a menos de veintidós metros. Los hombres, en cambio, han desarrollado un olfato poderoso, el cual ubica a las mujeres a doscientos veinte metros. Es una virtud fascinante. Aunque el olfato masculino tiene una debilidad: no puede localizar los minerales deseados a menos de doce metros. Ciertos minerales son su principal fuente de alimento, para hallarlos deben recurrir a la vista... y a la suerte.

El cemento y la arcilla tienen un componente especial que los nutre del modo adecuado. Muchos de los suyos se establecen en terrenos arcillosos y viven allí por años. Otros mueren indefectiblemente al no hallar alguna de dichas sustancias. O al no encontrar jamás un poco de deshechos de mujer, o aquel sabroso líquido que solamente se halla dentro de las venas femeninas: sangre; a los varones les es imposible detectarla a menos de dos metros, quizá

porque enloquecen solamente con olerla.

Los dos seres están a la expectativa. Allí, en aquella tierra llena de compuestos orgánicos que les eran totalmente inútiles. Que fue utilizada por los farineos, una raza inquietante que había desarrollado la inteligencia suficiente para obtener riquezas de los suelos y de otras partes de la naturaleza.

Las mujeres, en general, vivían supeditadas al ingenio de los farineos. No siempre había sido de ese modo. Las cosas cambiaron porque a una persona se le ocurrió cierta vez que las cosas deberían cambiar.

Lo decía en el Gran Libro del Macho Rey: «Los hombres alguna vez dominaron el mundo». Ante esta gran verdad, ella ejecutó su maquiavélico plan. Según la científica, las mujeres ya no deberían vivir encerradas toda su vida para solo procrear y criar. Para morir en la intrascendencia y el desamparo. Las féminas debían obtener el poder y controlar el planeta. Tendrían que rechazar al macho y amarse entre ellas. Vivir en armonía, pensar con dignidad, ser libres, felices. Era cuestión de tiempo para solucionar el tema de la reproducción. Una opción radicaba en la partenogénesis, aunque desarrollarla en los organismos femeninos resultaba una tarea titánica.

Aquella mujer diseñó todo tipo de proyectos.

Puso en marcha sus planes y por poco se termina todo.

Lo decía en el libro. Los machos lo transmitían a sus descendientes.

Y odiaban cada día más a las mujeres.

Aquella malvada fémina había fallado a pesar de todo.

De alguna manera lo hombres aún dominaban el mundo.

Era inútil que los machos recordaran los hechos, la tragedia y las consecuencias funestas. Su existencia era lo único que les quedaba. Sin embargo, su destino no era del todo cruel. Cuando alguno tenía la suerte de toparse con una mujer, gozaba de placeres indescriptibles. Lo sexual y lo mental se unían, creando una reacción cercana a lo divino.

Ahondando en las consecuencias.

Estas son las consecuencias. Esta escena:

La muchacha, que viste un pequeño vestido rojo, se sienta en el pasto y reposa unos momentos, despreocupada. De repente cree ver unas sombras moverse entre los pastizales, se asusta, pero pronto descubre que no es nada. Se coloca de rodillas, posa su mano en el suelo y pone en su boca algunos granos de maíz. Toma su bolso, lo abre, lo copa; hay algunos kilos del vegetal que planea llevar a su poblado. Coge más granos y los coloca dentro de su cuarta bolsa. Arranca un poco más de maíz y se lo come. Ha recorrido un largo trecho hasta ahí y siente que lo

merece. Deduce que han sido los farineos quienes han sembrado aquellas plantas. Las relaciones de su pueblo con aquellas criaturas son óptimas. Sabe que no es una trampa de los machos, como en otras ocasiones (según le han dicho sus cuidadoras) en que arman rudimentarios campos de cultivo para atraerlas como ratones a la trampa. No. Estos sembríos son perfectos, son de los farineos.

Ella continúa recogiendo semillas y granos. Siente que hace lo correcto. Se siente contenta, fue buena idea salir de la montaña y avanzar más allá del terreno permitido; ha descubierto un lugar maravilloso, las mujeres la felicitarán cuando vuelva. Ha encontrado ella sola un terreno con alimento gratuito para una larga temporada. Su alegría es visible, su blanco rostro luce brillante, sus cabellos son amarillos como el sol y sus ojos, verdes como las legumbres que tanto le gustan. Es delgada y baja, con senos medianos y caderas anchas.

Ha terminado. Se pone de pie, bella, apetitosa.

No puede reaccionar ante el ataque.

Los dos hombres se abalanzan sobre ella con la agilidad de un felino grande. La derriban y la golpean sin piedad. Le arrancan el vestido, no lleva nada debajo de él, su dolosa desnudez parece hielo a punto de derretirse. Ambos sujetos la muerden las muñecas y el cuello hasta sangrarla. Beben el rojo líquido. Luego la sueltan y, mientras ella se arrastra, aún viva, le dan la vuelta, colocándola boca arriba y le patean el estómago y la ingle repetidas veces. Ella se orina. El hombre más grande la levanta de las nalgas y de su vagina bebe la orina que sale cristalina. Bebe hasta saciar su sed. Quedará satisfecho por el resto del día. La chica defeca. El otro sujeto devora sus heces y, al terminar, lame el sudor que sale del frágil cuerpo desnudo. Toman lo que pueden. Permanecen así por mucho rato. Absorben la sangre hasta que ella deja de debatirse y de moverse. Ha quedado seca justo en el momento en que el último rayo de sol se ha extinguido en aquel horizonte de pesadilla.

El hombre más bajo coge la bolsa con los trozos de arcilla y come cuanto puede. La otra bolsa, más pequeña, que contiene fragmentos de cemento seco, se halla a un costado. El hombre más alto engulle esta segunda provisión con avidez animal. No se comerán todo, solo una pequeña ración es suficiente. Lo demás será guardado para los siguientes días, para cuando realicen su asalto al poblado de las hembras, las compañeras de la víctima. Antes deberán planificarlo. No obstante, tienen una idea de cómo proceder en adelante. Podrían morir, sobrevivir, pero realizarían su meta; tal era su destino.

Sabían que ellas no podrían defenderse, que los farineos no se entrometerían.

Los hombres estaban convencidos de que al llegar a la montaña descubrirían una zona rica en minerales de su agrado. Al arribar ahí, se establecerían. Se volverían sedentarios. Las hembras que habitaban allí eran muchas seguramente; ellos las preñarían a cada instante, matarían a las niñas nacidas, excepto a unas pocas, las suficientes para servir de alimento. También necesitaban machos, solo unos cuantos; serían brutales, pero no crearían problemas, serían un buen reemplazo para cuando los dos adultos cumplieran su ciclo de vida. Con ocho o diez machos bastaría. Siempre en pares. En realidad, la idea de continuar su estirpe no les robaba el sueño. Su interés residía en alimentarse de modo adecuado. Eso era lo más importante de todo en aquella tierra de asco y depravación.

«Basta de pensar en el tétrico futuro, es momento de seguir», se dijeron.

La sangre y los deshechos habían resultado de buena calidad. El cemento y la arcilla eran de primera. Empero, no fue necesario aprovechar sexualmente el cuerpo fallecido.

Una vez saciados, los dos hombres se tendieron en el suelo entre los arbustos a la luz de la luna. Se quitaron con rapidez los harapos que vestían y, ya desnudos, entre calurosas sombras, hicieron el amor como poseídos.

UN METEORO
LLAMADO ÉBOLA

Daniel de Culla

Ilustración por J. Antonio (K) Sánchez



Se reía de los chororós, pobres, y de los chulos fandangueros, rufianes, que hacían chunguitas, cosas malas, como robar por necesidad, lo que para toda esta caterva de alta alcurnia, chusma y flor de la fullería, no eran mas que sabañones que salen en los talones del gobierno, o catarriberras, sirvientes montados cuyo oficio es seguir el vuelo del halcón en la caza de altanería y recogerle la presa cuando se abate, no pudiendo decir al amo o señor: “la espada no da”, que es lo que dicen los “espadistas” cuando no abren las ganzúas o llaves falsas.

Se reía, también, como un jefe de gobierno, viendo a los manifestantes protestar contra esta timocracia en la que el pueblo vivía; gobierno que ejerce el poder sobre los ciudadanos, pueblo despalmado a quien se le ha quitado algo y mucho, que tiene el santo temor de dios y se gobierna por él en la conducta de sus enviados o curas pedófilos, gracias a la renta emanada del pillaje y el robo, cual plumas grandes que tienen las aves de rapiña, que les sirven para dirigirse en el vuelo mientras la mayoría se siente feliz nadando entre el engaño y la estafa con que el timonel que gobierna el timón de la nave adorna el pinzote con que maneja el timón.

El estaba asustado viendo en la cuadra que las heces expulsadas por los animales eran más líquidas que lo normal. Llamó al vecindario del pueblo viendo como estaban alteradas y salían con más frecuencia de lo habitual. Se asustaron. Adiós, que se van mis vacas, dijo el amo de la cuadra. Algunos respondieron:

Uno: Tiene diarrea.

No, dijo otro, es un síntoma que puede deberse a causas muy diversas.

Una señora gritó: De ninguna manera, esos son los gérmenes infecciosos del Ebola cuyas toxinas alteran el intestino.

El amo de la cuadra calló, tragó saliva y, haciéndoles callar, prosiguió:

Estamos en el país de la tiña. Hay miseria, escasez, mezquindad. El trabajo es tiñoso, escaso, miserable y ruin. Pero es bueno para el tinaón o establo de bueyes, tinado de cobertizo, para preservarnos del temporal de este ganado aturdido, atolondrado entre el que menudean las maldiciones y los porvidas. Y mejor es sellarle el labio o los labios, para que calle o deje de hablar, mientras nosotros seguimos mamando nuestro producto del robo o pillaje que llevamos atado al vientre cual mancha blanquecina que a modo de faja se percibe en el cielo por la noche, oliendo uno el poste, previendo el daño que puede suceder para evitarlo, como hacía “The Ray”, el Rayo, Rey Carnicero, The Slaughter King, libro de Simon Whitechapel, dejado sobre la mesilla, a quien no le recriminaban mucho sus culpas muy graves, o la misma, a pesar de ser un sádico asesino en serie, que había dejado una estela de cuerpos descuartizados por toda Europa. Sí, como el Ebola en Liberia y ahora en España que trajo un misionero pedófilo, dijo uno cortándole la palabra al ganadero.

Quizás las enfermeras y los recipientes no se hayan lavado muy bien, dijo una señora, prosiguiendo: un señor misionero, por muy misionero que sea, estaba alterado por fermentaciones anormales. Al no evitar contacto o relación entre los alimentos y sus

excrementos, de ahí pudo coger la infección.

Calló la señora y se espantaron todos al ver como a una vaca con sonda esofágica le salía por la boca espuma con los líquidos digestivos, y el vientre se iba hinchando hasta alcanzar un volumen enorme. El animal se postró y apenas podía respirar. Mientras, un aldeano madurito con un rabo de hierba joven en su desdentada boca, entre dientes decía:

¿Sabeis?, mi segunda novia me fue emborrasquilada. Como pareja de mi primera novia, todavía no habíamos tomado la embocadura a nuestro amor. Yo deseaba vencer las primeras dificultades de ella. Los amigos ya nos habían embocado la noticia de que el día de boda era tragar y comer mucho y deprisa, pensando en la luna de miel. Yo siempre decía “que mas vale mujer a mano que puta follando”, que es un refrán de la putería, que me dijo un cuñado mío muy mujeriego, que es decir que es mejor tener una mujer a la mano que salirle a una puta y andarle follando, pagando.

Yo la quería, y le dije que le metería algo por la boca, y entraría con el miembro por su parte estrecha. Ella no quiso creer, pensando, con recato artificioso, que no era cierto, enfriándose un poco la relación, aprovechando el momento una señora del pueblo, “la Egilona”, y su marido, Rodrigo, que estaba bien escarmentado de su primera mujer y de esta, los cuales me convidaron a unas chuletas de lechazo a la parrilla en su bodega.

Con engaños y alegrías trajeron antes a Egílope, mujer silvestre, “rompesacos” que ya me abonaba, y clavaba tablones de amor sobre mis hombros como si fuera sobre los del forro de un buque para aumentar su manga. La metieron en la bodega, alrededor de la cual colocaron gavilla o atado de sarmientos como se hace alrededor de los zarzos donde se crían los gusanos de seda, para que nosotros después de quitadas nuestras mudas nos amemos penetrando, montando a hacer como los gusanos de seda sus capullos, cual embojo o enramada que se les pone para que hilen, y nosotros para que el mozo, entrando y saliendo de ella, le de a la mujer de los calostros, cual primera leche del pene después de pajeado.

Hizo una pausa, y siguió diciendo:

Yo soy Eginardo, nombre del historiador y secretario de Carlomagno, a quien con embuste y chisme, como a Egílope, para igualar el año del macho con la hembra, nos metieron en la bodega, saliendo ellos y cerrando su puerta, para nosotros dos separar de las pieles el pelo cerdoso antes de aprovechar el que es útil para la fabricación del fieltro. Nos abrazamos desnudos con objeto de modificar en cada instante la relación entre las capacidades de nuestras partes, delante y por detrás, enrareciendo o comprimiendo así los fluidos que dentro de nuestros cuerpos se contienen.

La emboqué. Pasé mi cosa por su parte estrecha. Labré su boca y eche boquilla a su sexo labiado, untándole con boñiga perdida para las plantas. Le puse albardilla cual a ave para asarla. Eche borrones, haciendo sexo deprisa y desaliñadamente. Cubrí el rostro hasta las narices o hasta los ojos con el embozo lechoso. Le prometí amor eterno, y me pidió casarnos.”Sí, quiero”, le dije en conversión espontánea en polvo. Con el acaloramiento de los ánimos, su sexo

estaba excitado, desprendiendo burbujas gaseosas a través de un líquido en exhalación o evaporación de espíritus vitales o de vapores de algunos cuerpos. Todos, olvidados de la vaca, le miraban atentos. El prosiguió:

Por el ventanuco enrejado de la bodega, se apostaba gente. Vi caras como bustos de monedas, sellos y medallas. En voz alta, disputándose con vocería y alboroto la palabra, se les oyó decir: “Mira, mira, Egílope, “la Emborrasquilada””, de emborerrar, dar segunda carda a la lana, y esquilada, cencerrada.

Achica, compadre, que se va la vaca, dijo el ganadero; volviendo todos sus miradas hacia la vaca.

El ganadero movió una cuerda bajo la lengua de la vaca, mientras pidió a los convecinos que le ayudaran a presionar en el vientre para forzar un eructo. Uno le preguntó si no sería mejor utilizar un trócar, ese instrumento parecido a un puñal de hoja cilíndrica metida en una cánula o vaina, para puncionar la panza en el ijar izquierdo. Se clava todo y después se deja en el animal la cánula hueca para que por allí salgan los gases.

Métetela tú por el culo, le recriminó el ganadero, hablando y diciéndole a la vaca: Mucho os quiero, María.

Para asombro de todos, comenzó desanudándose y, mirándose a sus ojos en el espejo de un viejo aparador, se sintió el más pintado salteador de caminos, destripando su bolsillo de todo contenido que le valiera la pena, o le sirviera, valga la redundancia, para soportar una fiscal pena, pues él calculaba los ingresos y fastos probables tocándose el forro de gamuza o de paño que se pone a los pantalones por la parte de dentro para que no se estropeen por el roce de los huevos o de la calderilla dineraria en los bolsillos.

El, abultado de carnes y de buen color, pintaba al fresco dichos atrevidos y mordaces en son de queja o censura, mientras adulaba y lisonjeaba a banqueros, políticos, y curas, invitándoles entre chorizos y chorizontes, ladrones, hurtadores, estafadores a algunos pescados conservados con poca sal, a fresados, cierto manjar compuesto de harina, leche, manteca y otras cosas, así como a botillería de diferentes vinos y gaseosas, en las Islas Caicos, grupo de islas del archipiélago de Las Lucayas, unas 500, próximo al de las Antillas y separado de La Florida por el canal de La Florida o Bahama; y en su Chuquelo de Chusquelés, palacio de perros y perras.

Mirándose, ahora, la garganta, recordó cómo todos estaban colgados o pendientes de sus labios. Y que él decía, apuntando el dedo índice de su mano derecha al vientre:

“El tímpano místico fascista es el sonido castrense de tambor, como el que produce esta cavidad del cuerpo si está llena de gases.”

Calló, tragó saliva y prosiguió, repitiéndose como la morcilla:

“Estamos en el país de la tiña. Hay miseria, escasez, mezquindad. El trabajo es tiñoso, escaso, miserable y ruin. Pero es bueno para el tinaón o establo de bueyes, o tinado de cobertizo, para preservarnos del temporal de este ganado aturdido, atolondrado entre el que menudean

las maldiciones y los porvidas. Y mejor es sellarle el labio o los labios, para que calle o deje de hablar, mientras nosotros seguimos mamando nuestro producto del robo o pillaje que llevamos atado al vientre cual mancha blanquecina que a modo de faja se percibe en el cielo por la noche, oliendo uno el poste, previendo el daño que puede suceder para evitarlo, como hacía “The Ray”, el Rayo, Rey Carnicero, The Slaughter King, libro de Simon Whitechapel, dejado sobre la mesilla, a quien no le recriminaban mucho sus culpas muy graves, o la misma, a pesar de ser un sádico asesino en serie, que había dejado una estela de cuerpos descuartizados por toda Europa, que asesinaba y mutilaba con la pericia y anatómica precisión de un cirujano, el instinto de un pintor surrealista y la insaciable ferocidad de una bestia. Sexo, violencia en un perdido triángulo de amor lésbico, ofreciéndonos una precisa y bella postal de todo esto que le hizo recordar a otro rey abdicado, violento y matarife de caza mayor dedicado a capar chicharras y desvirgar jumentas en su senda particular de los elefantes, el Oso, y el Lagarto Juancho.

Se miró mas abajo, y dijo, en acto como moviendo el badajo, dirigiéndose a la vaca:

“Mucho os quiero, María.”

Y la vaca estalló, cayendo sobre los presentes harinas de huesos, harinas de sangre, harinas de hígado, tortas oleaginosas, semillas de Lupinus y Astragalus, salidas por entre acónitos, adelfas, ricinos y amanitas phalloides; apareciendo unos extranjeros parásitos alimentados a costa del hospedador, en este caso la hospedadora vaca, que de forma creciente se lanzaron contra los allí presentes cual ácaros de la sarna, garrapatas o ciertos insectos del tamaño de un rinoceronte, huyendo la gente despavorida, sin darse cuenta que, al ocultarse tras unas rocas cayeron en un charco de contagio donde todas estas formas de huevo, larvas, quistes, etc., volverán a reproducirse.

El ganadero tuvo tiempo de coger una hoja volandera, que se le había salido a alguno de los presentes del bolsillo. La leyó y vio que era del hospital universitario de Burgos, en la que habían escrito:

“Cuando fueres a cagar, lleva con qué te limpiar.”

HOLLY

Alejandra P. Demarini

Ilustración por J. Antonio (K) Sánchez



El muchacho se aferraba con fuerza al brazo de su padre, avanzando con paso firme por el bosque que había recibido tal nombre, más que nada porque nadie se preocupó en cuidar ese camino, así que en 'bosque' se convirtió. De cualquier forma, la barrera de árboles y maleza le daba al pueblo la sensación de una barrera entre ellos y eso. La compañía apretó el paso, esperando llegar a su destino antes que se pusiera el Sol. Los hombres estaban entonces muy callados en comparación a todo el alarde que habían hecho antes de embarcarse en la empresa, cada uno de ellos había dicho su propio repertorio de palabras de valor y promesas a las que, luego de años, los aldeanos habían aprendido a hacer oídos sordos. Una conversación más de borrachos. Al descubrirse ignorados, los hombres habían tomado cualquier cosa que pudiera servirles de armas y salieron en dirección al bosque; de alguna forma, su padre había decidido que, a sus catorce años, el chico era lo suficientemente mayor como para acompañarlos.

Cuando por entre los pinos y abetos empezó a divisarse la abandonada estructura, el coraje de los hombres fue disminuyendo con cada paso que daban. El ulular de las primeras lechuzas del ocaso no hacía mucho por mejorar el ánimo. Al chico no le hubiera importado ser el primero en admitir tener miedo, y cómo no hacerlo luego de haber crecido con las historias que se contaban del monstruo que habitaba el antiguo anfiteatro. Si antes se habían preocupado por mantener una careta de valor, ésta terminó de caer cuando escucharon el canto. Era una voz suave, casi dulce, pero saber a quién le pertenecía les helaba la sangre.

—Quédate aquí, Tomás.

El hombre dejó a su hijo oculto tras lo que aún se mantenía de lo que otrora fue el bajo muro que cercaba el anfiteatro, mientras él y sus cinco compañeros se aproximaban al estrado con cautela. Entonces, la vieron. La criatura cantaba y danzaba en un rincón del escenario, bañada con la luz moribunda de la tarde que se filtraba por entre las grietas del derruido techo en media luna. Los hombres se agazaparon, capaces, por unos instantes, solo de contemplar en silencio. Ella era alta y delgada, con la palidez de un cadáver, sus largos cabellos claros se abrían como un halo con cada giro; de vestido negro y corto, cual una grotesca imitación de bailarina, y con un gran lazo en su espalda, rojo como el rubí del broche de su pecho plano, propio de una niña, y de niña daba la ilusión por la serenidad y las facciones delicadas de su rostro; irónicamente, era en esa angelical expresión donde se veían los primeros vestigios del monstruo: ojos carmesí como el rastro que se desprendía de sus lacrimales, dando la impresión de que la infeliz criatura derramó tantas lágrimas que, al final, no le quedó más que llorar sangre. Quizás así fue. Y su brazo derecho, la prueba máxima de su atrocidad, era una garra enorme de dedos puntiagudos y un color oscuro semejante al de tejido necrosado.

Una cinta roja había sido enredada entre sus dígitos en un intento triste de adornar la deformidad.

Si el ser los había visto, no daba muestras de ello.

Luego de eternos segundos, uno de los hombres recuperó su valentía (o bien entró en pánico), y se abalanzó con la pica que había traído consigo en alto.

La canción se detuvo, y la criatura observó sorprendida al atacante cernirse sobre ella. Su expresión se mantuvo aun cuando el hombre se había detenido a pocos centímetros de ella, para luego caer al suelo con una última exclamación de dolor. Necesitó de un instante para reparar en que había sido su garra punzante la que aniquiló al hombre, y con el mismo inocente asombro vio a su extremidad sesgar las vidas de otros dos individuos que habían reaccionado ante la caída de su compañero.

Al terminar de asimilar lo que acontecía, la criatura quiso alejarse, su garra se mantenía en alto, pero la expresión consternada que el ser le dirigía parecía desear que no lo hiciese. Dos hombres más le cerraron el paso, el de actuar más impulsivo fue el primero en caer, dejando a su compañero solo para terminar el trabajo y, por un momento, hombre y monstruo quedaron enfrentados.

—Regresa al infierno —exclamó el aldeano, blandiendo su hacha sobre el grotesco brazo de su objetivo, acción que culminó con la herramienta destruida.

—Por favor —rogó la criatura, mas no miraba al hombre, sino más bien a la extremidad intacta después del ataque; aun así, el cuello del campesino fue atravesado.

El cuerpo cayó y también el ente, de rodillas, alrededor de la masacre.

—¿Por qué? —se inquirió a sí misma con su mano buena posada sobre el antebrazo de la garra —¿Es que nadie viene solo a bailar?

Sobresaltando a su portadora una vez más, el miembro aberrante se disparó hacia arriba, señalando con una amenazante punta a un último hombre que la criatura no había descubierto acercándosele. A pesar del obvio terror en el rostro del pueblerino, la cosa le sonrió suplicante.

—¿Tú quieres bailar?

El hombre se esforzó por imitar el gesto, sudando frío y temblando de pies a cabeza.

—S-sí.

El rostro se le iluminó al engendro; no obstante, la garra no bajaba, y en un principio no comprendió porqué, hasta que algo detrás del hombre sonó click. Entonces, su sonrisa adoptó un matiz decepcionado.

—No, no es así.

Un largo dedo agujoneó el pecho del hombre, y éste cayó junto con su revólver, dejando al ser solo otra vez. Limpiando un poco la sangre de su extremidad y de sus botas, la criatura se puso de pie.

Todavía oculto, Tomás luchaba por silenciar su respiración agitada y sus sollozos, sabiendo que lo que acababa de ver lo perseguiría toda su vida. Si es que aún le quedaba mucha de ésta. Girando lentamente, el muchacho se asomó, esperando que ya fuese seguro escapar, y se encontró cara a cara con el ser, de cuclillas frente a él, mas con la garra descansando inmóvil a su lado.

—Hola, no te haré daño.

Qué clase de ángel caído era aquel, que le hablaba con dulzura, burlándose de todo lo que es puro con semejante parodia retorcida de jovencita.

—Si te digo mi nombre, ¿me dirías es tuyo?

Oh, pero Tomás sabía el nombre del engendro. El suyo era un pueblo que se había asentado hacía apenas poco menos de medio siglo, sobre el suelo que mucho antes le perteneció a un poblado que ya se abandonó. Tardaron varios años en descubrir el anfiteatro y su ocupante, y cuando lo hicieron lo lamentaron. No había registro de la procedencia del ser, nadie de los alrededores sabía de dónde salió o siquiera qué era, pero por décadas su apariencia no había cambiado. Los primeros intentos de darle caza fracasaron como bien acababa de presenciar el chico, por lo que se dejó de intentar. La cosa nunca se aventuraba fuera de su territorio pero, para que la mente de un ser humano encuentre paz, no puede haber peligros latentes, y cada cierto tiempo, un grupo volvía a intentarlo y a fallar.

Tomás sabía su nombre, al menos el que le había puesto la gente del pueblo: la criatura era un ser falso en su intención de parecer humana, una mancha negra en la calma de la población, un agujero que constantemente amenazaba con tragarlos en el olvido, así como a la aldea que los precedió; y era a esa aldea a la que pertenecía, y así se la conoció. Hollow D'Chernville.

—Yo soy Holly, ¿quieres bailar?

Cuando vio la mano (buena) extendida de la criatura, el muchacho esperó lo peor; así que se incorporó trastabillantes y corrió, sin importarle dejar los cuerpos de sus compañeros atrás, en los que estaba incluido su padre, él solo quería regresar a su hogar y nunca voltear atrás.

Así como los pocos que habían escapado del monstruo, Tomás dejó buena parte de su cordura en el anfiteatro. Por días, semanas, meses, no salió de casa y apenas soltaba la falda de su madre, mascullando y clamando que el engendro lo había seguido, gritando a todo pulmón cuando en las noches, una rama de árbol chocaba contra su ventana. Viendo al chico alejarse, Holly suspiró, borrando de su rostro la sonrisa amable y retrayendo la mano que le tendió.

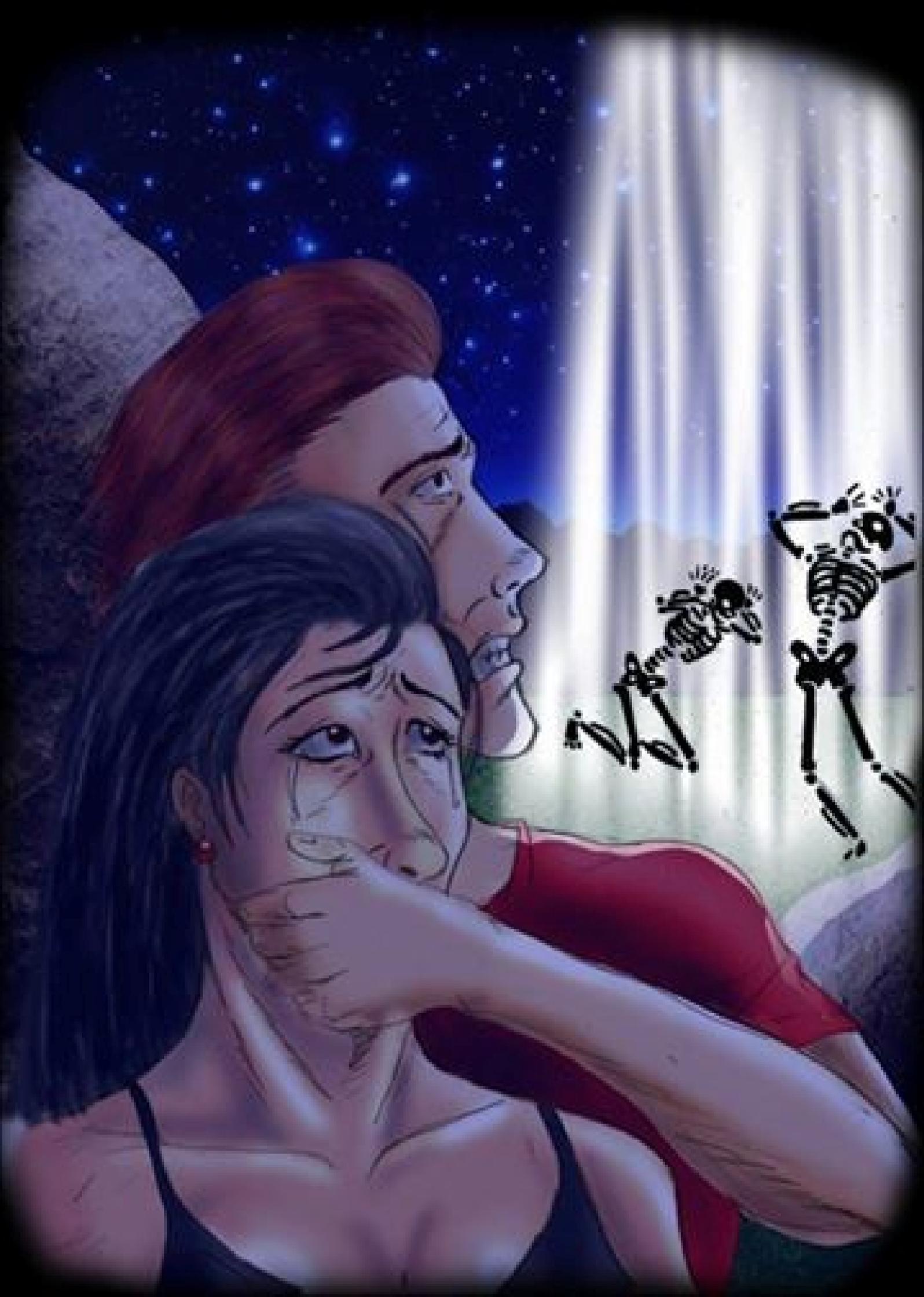
—Bien, supongo que eso es un 'no'.

Se puso de pie y sacudió la tierra de su vestido, dirigiéndose de nuevo al estrado. Con una reverencia a su público invisible, la muchachita aberrante retomó su canto y su danza.

INVASIÓN

Juan Pablo Goñi Capurro

Ilustrado por J. Antonio (K) Sánchez



Es incómodo el colchón de piedras pero hay que dormir. O intentarlo. O fantasear con el sueño. ¿Saldrá el sol para nosotros esta vez? Lejos andan las luces por el momento, vemos girar su resplandor, cada tanto. El sitio tiene poca protección pero es la única protección que hemos encontrado. Aún funciona. Crecidos en la ciudad, cada ruido que nos acerca la noche nos perturba. El miedo tiene una capacidad increíble para alimentarse, reproducirse y crecer. Sé que Vilma llora, que el temblor de Esteban no obedece sólo a la baja temperatura, que ese otro sonido rítmico que se sostiene bajo la atmósfera oscura son los dientes de Azucena. Estoy como ellos, tan cansado y alterado, tan aterrado y desvalido. ¿Nos ocultarán estas piedras hasta el amanecer?, ¿y después? Otro ruido; es un aleteo, un pájaro. Hay que seducir al sueño, hacerlo venir. O pensar en algo lindo. Pero sólo puedo pensar en el presente y en ese pasado casi presente de tan cercano, recuerdo el día una y otra vez, como si haciéndolo pudiera encontrar una explicación o una posibilidad de escape.

Estamos pasando frío porque estamos en otoño. El otoño es un maravilloso pintor de paisajes pero también es un traidor. Te engaña con los soles matinales y por las tardes cae un viento que te sopla tres meses del almanaque y te deja en pleno invierno, con una camiseta manga corta y lentes de sol. ¿Quién podía pensar esta mañana que estaríamos congelándonos por la noche? Los árboles quietos como estatuas con sus hojas amarillentas, las aspas del molino inmóviles y el cielo celeste como la camiseta de la selección uruguaya de fútbol. ¿Cómo íbamos a traer camperas, pantalones gruesos u otro tipo de abrigo? Ya eran las diez de la mañana cuando partimos desde la ciudad en dos coches, con carne, bebidas, sillas de camping, repelente para los mosquitos y gran variedad de elementos, con ausencia de abrigos porque pensábamos que con las frazadas acumuladas en la casaquinta serían suficientes para la noche.

Vilma y Esteban llegaron en un vehículo con Carlos y Azucena, las dos parejitas del grupo. Héctor y yo trajimos a las tres chicas de Buenos Aires que estaban de visita, en el otro. Un prometedor asado en la casaquinta de los padres de Vilma, al pie del Cerro Largo, con tarde de caminata y pronóstico de fogón junto a un segundo asado para cerrar la jornada. Haríamos noche para regresar al almuerzo familiar de cada uno, las turistas a casa de Vilma, su anfitriona. Recuerdo los nombres de las chicas pero prefiero no nombrarlas. ¿Para qué? Dos eran rubias y la otra tenía el pelo castaño. Los veinte kilómetros de viaje lo pasaron calladas, Héctor nos entretuvo señalando puntos de interés, fábricas y canteras en particular. Todas habían oído hablar de Loma Negra y si bien íbamos en dirección a Sierras Bayas, desde la ruta pudimos ver la mole inmensa de la fábrica vieja, a lo lejos.

La casaquinta tenía su buen par de hectáreas, mucha vegetación y su arroyo propio. Utilizo el pasado porque hace un buen rato que no podemos verla e ignoro si continúa en pie. Teníamos cuatro caballos a disposición para los que quisieran cabalgar por la tarde. La casa era amplia, baja, pintada de blanco. Tres cuartos y uno de servicio, que nos tocaba a Héctor y a mí. Un cerco de hojas perennes rodeaba el cuadro principal, detrás de la casa el molino y la pileta de natación. Las porteñas aplaudieron cuando pasamos la tranquera. Frente, el cerro. Como se acercaban las doce, bajamos las vituallas junto a la casa y luego colocamos los dos automóviles bajo unos nogales silvestres para cuidarlos del sol. Cerca de ellos estaba la

parrilla. Pusimos manos a la obra, Carlos y Héctor con el fuego, Esteban salando la carne y yo preparando los aperitivos.

Puedo decir que hasta las dos de la tarde todo sucedió como lo planeáramos, Héctor la pasó buscando entre las visitantes a cual insinuarle. Las chicas eran bonitas pero yo estaba loco por Azucena, la morena novia de mi amigo Carlos. Es horrible enamorarse de la novia de un amigo pero me pasó, Azucena era todo lo que deseaba en una mujer. Ese tema deberé resolverlo si salgo de esta. Lo único destacable fue que al buscar la carne que había quedado en la parrilla –había sobrado mucha como nos solía pasar- no la encontramos, ni los huesos

-¿Quién era el encargado de la carne?

-Yo la salé, esa era mi función.

-Claro, con eso está todo listo, ¿no? cocinarla, llenarse de humo, eso no cuenta.

-Salada o cocinada la carne no está.

Nos echamos la culpa por varios minutos hasta que las chicas nos retaron.

-¡Basta de pelearse como nenes de primer grado! Ya van a tener treinta años, se habrá llevado la carne algún perro.

Vilma nos devolvió la cordura; ella era la dueña de casa, sabía que en la cercanía vagaban varios canes casi salvajes. De última, era ella la responsable por no habernos avisado pero ninguno se lo echó en cara. Tema resuelto, a otra cosa, ¿qué sentido tenía arruinar un día perfecto por discutir sobre unos kilos de asado y unos chorizos? El día no requeriría de nuestra ayuda para arruinarse.

¿Hubiera cambiado algo si le dábamos trascendencia al incidente de los restos desaparecidos? ¿Cómo saberlo? ¿Y cómo lo hubiéramos resuelto? De una sola forma, organizando grupos para salir en casa de los perros o animales que se la habían llevado, con lo cual el resultado hubiera sido el mismo. Nunca hubiéramos salido corriendo en nuestros coches, de vuelta a la ciudad, por un incidente tan nimio y explicable. La parrilla no mostraba signo alguno de haber recibido visitas extrañas, sólo faltaba la carne, y la explicación de Vilma fue más que convincente para nosotros en ese momento.

Llegó entonces la hora de la siesta. Hacía mucho calor, tanto que nos hubiéramos metido en la pileta de estar en condiciones. Los padres de Vilma habían cerrado la temporada y se encontraba con agua hasta la mitad, agua de color verdoso, con vegetales e insectos muertos flotando en ella. Las chicas decidieron tomar sol. Carlos, Esteban y Héctor habían bebido por un batallón y fueron a dormir en los cuartos que les habían tocado. Las chicas se quitaron la ropa, menos las prendas íntimas; no tenían bikinis, me pidieron que fuera discreto, y se tendieron boca abajo frente a la puerta de la casa que daba a la parte trasera, donde había escogido sentarme a leer mi ejemplar de Rayuela. Las chicas se desprendieron los breteles para que no les quedaran marcas en la espalda. Poco pude avanzar ante esos cuerpos tentadores.

Ante el cuerpo tentador de Azucena, para ser más honesto. Tenía calor con mi jean, pero no me quedaría en slip exponiendo mi estado. Sus cabezas apuntaban a la pileta, al paisaje. El calor se tornaba irresistible pero ya no podía moverme de allí, resultaría aún más evidente mi turbación

Pretendí ser menos obvio y despegarme de esas tanguitas minúsculas. Desvié la vista, la dejé reposar sobre el paisaje y me asombró un detalle; los árboles se movían, a mi izquierda, mientras las aspas del molino se mantenían quietas, a mi derecha. Se movían en sentido contrario al que se inclinarían de estar recibiendo viento Sur, como si el viento atravesara la quinta antes de llegar hasta ellos. Advertí a las chicas.

-¿Vieron? El molino está inmóvil, los nogales también, este árbol amarillo, lo mismo. En cambio, allá, contra el alambre, los pinos y los álamos se mueven como si hubiera una tormenta. Como si viniera de este lado, además.

Las jóvenes se incorporaron un poco, olvidando que sus corpiños no subían con ellas, y siguieron con sus cabezas los puntos que indicaba. Azucena se puso de pie, sus pechos bailoteaban.

-¡Sí, qué raro!, ¿no?

Las otras la imitaron y se armó un concierto de aullidos y exclamaciones. En segundos llegaron también los hombres que dormían; recién entonces se dieron cuenta de sus tangas y sus tetas al aire. Las porteñas se cubrieron con sus remeras, Azucena y Vilma se colocaron sus corpiños y luego sus remeras. Héctor dedicó más tiempo a los movimientos de las chicas que al de los árboles. Esteban y Carlos, limitados por la presencia de sus novias, efectuaron algún comentario torpe. Quizá hubiera tenido otra reacción de no estar tan estimulada mi vista por esos magníficos ejemplares femeninos.

Quizá, quizá, quizá. Lo cierto es que no la tuve

Era asombroso el fenómeno. Mirábamos una y otra vez, los únicos árboles que se movían eran los señalados, los dispuestos como protección del viento sur, entre el cuadro principal de la casaquinta y el cuadro de los caballos. No podían ser los equinos, estaban del otro lado del alambre. Aunque se hubieran vuelto locos y quisieran derribar los árboles con sus patas, cuatro caballos no podrían mover tantos troncos firmes. En consonancia con el fenómeno, comenzó a nublarse.

-¿Qué les parece si vamos a investigar?

Terminada la siesta, Carlos necesitaba acción. Por suerte, escogió la expedición y no la acción que escogió Esteban. O Vilma, para ser correcto. Él se sumó, al inicio, a la idea de la caminata pero Vilma lo abrazó y le dijo que tenía una propuesta mejor, metiéndolo en la casa con rumbo a la habitación. Reconozco que había perdido interés para mí el tema de los árboles, pero las porteñas querían saber qué pasaba, ávidas de vivir una aventura en el campo para poder contarla en su regreso a la urbe. La curiosidad mató al gato, decimos en el campo, incluso

los que nunca pisamos el campo.

Héctor se sumó a la idea de Carlos, muy entusiasmado. Se hubiera sumado a cualquier propuesta con tal de permanecer junto a las jóvenes visitantes. También decimos que tira más un pelo...

-¿Vamos?

-Prefiero leer, che, ¿qué van a ver que no veamos desde acá? son trescientos metros...

Héctor me codeó, interrumpiéndome.

-Si querés quedarte, quedate, pero no me arruines el entusiasmo de las chicas. No te conviertas en el perro del hortelano.

La idea me parecía tonta pero mi negativa se basaba en otra causa. Azucena había desaparecido del grupo, no estaba a la vista, y estos ya se estaban por ir. Debería expresar remordimiento por esta obsesión hacia la novia de un amigo tan cercano, pero cuando estás aguardando un peligro desconocido al cobijo dudoso de una roca, no hay tiempo para remordimientos. Me quedé para estar con ella sin la presencia de Carlos, es la única verdad. Las chicas se colocaron con presteza sus pantalones y sus zapatillas, ansiosas por recorrer el mundo campestre del que habían oído hablar en el cemento interminable de la Capital.

-¿Listas? ¡A la carga, mis valientes!

¿Volveré a ver a Héctor o será esa su última imagen en mi retina? Pantalones, camisa desprendida, alzando la mano queriendo impactar como un súper héroe y luciendo como el Chapulín Colorado. Tras él, partió el grupo. Los cinco marcharon hacia el extremo de la quinta, a ritmo alegre; seguí por un instante su derrotero, las chicas señalaban y acercaban sus cabezas, para compartir los descubrimientos, deduzco. Noté que el cielo se cubría más y me metí en la casa a ver si daba con Azucena, libre de custodias y de testigos.

Me senté frente al televisor en la sala grande, pensé que la morena estaba en el baño porque no la vi en la cocina y no quería que estuviera durmiendo, ¿con que excusa me metía en el cuarto? Encendí el televisor, había fútbol español, el ballet Barcelona contra algún enclenque once cuyo nombre se me perdió. Subí el volumen, la pareja en la pieza no se cuidaba por los ruidos, suponiéndonos a todos de excursión. Azucena llegó a la sala, tenía solo una remera que no terminaba de cubrir sus glúteos. Las piernas doradas aún, cubiertas con el líquido bronceador, ¿qué tenía que ver esa firme Azucena con esta mujer acurrucada a mi costado, con sus brazos fríos, incapaz de calmar el temblor de sus músculos?

-¿Dónde están todos?

-De excursión, buscando la causa que hace mover los árboles.

-Mejor me visto, ya no está para tomar sol.

En efecto, las nubes habían cubierto el panorama celeste. Salió al parque, a buscar sus pantalones. Aproveché para tomar un último vistazo de sus piernas y mordí el control remoto. Retornó vestida y se sentó a mi lado, en el sillón largo.

-Buscate una película, una romántica.

¿Una romántica para verla sentado a su lado? Tortura, masoquismo. Comencé a cambiar de canal, saliendo de los deportivos. Al pasar de señal, el televisor quedaba un instante en silencio; percibimos entonces los alaridos que daba Vilma. Sonreímos. Nos teníamos confianza aunque no éramos tan íntimos.

-¡Che! ¡Moderación que hay gente que no ha comido hoy!

Gritó Azucena hacia el pasillo. Luego dio una carcajada. La imité, me sentía bien a su lado. En pleno zapping, la imagen se perdió. La pantalla se cubrió de interferencias, rayas de todo tipo, puntos y todo lo que aparece en una pantalla en casos así. Era televisión satelital.

-¿Qué pasa?

-Se habrá caído la antena o algo la habrá golpeado. Llover, no llueve.

Sin preguntarlo, ambos salimos de la casa para mirar el techo y controlar la antena. Estaba en el mismo sitio, sin oscilaciones ni temblores, ni huella de golpe alguno. Azucena volvió su mirada a los árboles, intranquila. En el cielo, el gris de las nubes se tornaba plomizo. Parecían más bajas. Antes de volvernos a la casa, comenzamos a oír un ruido muy agudo, como un silbido, que se volvió intolerable a los pocos segundos.

-¡Ay! – gritó Azucena, cubriéndose los oídos.

Corrimos al interior, cerramos la puerta, pero el zumbido no nos abandonó; los gritos que vinieron del cuarto de los chicos esta vez no fueron de placer. Traté de acercarme al pasillo pero caí al dar dos pasos, Azucena tropezó y se me vino encima. En menos de veinte segundos, el sonido desapareció.

-¿Estás bien?

Azucena estaba bien, lo indicó con su cabeza. Nos incorporamos, ayudándonos el uno al otro. Nos dirigimos a las piezas pero en el pasillo nos dimos con Vilma y Esteban que, desnudos, nos chocaron. Gritamos todos.

-Calma, calma que así no arreglamos nada, ¿por qué no se visten?

Comprendieron que tenía razón y se volvieron al cuarto, el más grande de la casa. Retornamos a la sala con Azucena, nos acercamos a la puerta que daba a la parte trasera; tenía vidrios que nos permitían contemplar la pileta, el fondo, los nogales, el molino y los arbustos del

A nuestra izquierda teníamos la quinta, aún, un par de potreros y más adelante un monte de eucaliptos, grande. A nuestra derecha, alambrados, un terreno desperejo plagado de abrojos y pajas bravas, y el cerro. Avanzábamos medio agachados, yo siempre sosteniendo la mano de Azucena, viento en contra. Nos acercábamos a los eucaliptos cuando Esteban nos detuvo.

-Cállense. Escuchen un segundo.

Nos quedamos en silencio y pudimos oír, aunque lejano, el mismo silbido. Entonces Vilma señaló los eucaliptos; se inclinaban por una fuerza poderosa, ¡pero en contra del viento! No lo pensé más.

-¡Vamos al cerro! Capaz que no pueden subir.

Ojalá no puedan, ojalá. Fue un ruego más que una hipótesis. Ninguno me discutió la idea. Sostuve el alambrado, empujé a Azucena de sus nalgas para que lo saltara y luego me introduje también en el campo descuidado. El terreno subía en ligera pendiente, las zarzas se enredaban en pantalones y tobillos, las chicas gritaban. Esteban había olvidado los chistes. El viaje se convirtió en peligroso por las penumbras que nos rodeaban. Dimos con un hilo de agua apenas perceptible, aún así bastó para que Vilma cayera al piso. Esteban la ayudó y continuamos la marcha, tratando de afirmarnos en cada paso.

Ascendíamos; aparecieron las piedras bajo los pastos, y hubo que avanzar en cuclillas en varios tramos. Me di vuelta; el suelo de la quinta estaba plagado de líneas muy fáciles de ver desde la altura aún con las últimas luces de la tarde; esas hileras giraban y cubrían casi por completo el territorio. Varias se hallaban sobre el camino, como si hubieran perdido el rastro. Los otros se detuvieron al notar mi demora y efectuaron la misma comprobación. Azucena me tomó de la cintura.

-¿Subirán?

-No, ya lo hubieran hecho si pudieran.

Lo dije con una certeza de la que carecía pero funcionó para que reaccionaran. Avanzamos hasta que no hubo más donde subir; dimos con un precipicio de veinte metros, una pared de rocas hacia abajo. No caímos por él porque Vilma estaba atenta, conocía el lugar y sabía de su existencia. Junto al abismo, una meseta de piedras, algunas de ellas salientes. Esas (estas que estoy tocando) fueron las que buscamos para protegernos del frío; el sudor del miedo y las corridas se convertía en una capa de hielo que nos envolvía. Era de noche, noche cerrada cuando llegamos, unas dos horas atrás.

-Nos están buscando, nos van a atrapar.

-No, acá estamos seguros –insistí, esta vez para calmar a Vilma, rogando que Esteban me ayudara con ella.

fondo, pero no la zona de los árboles visitados por nuestros amigos. La chica estaba intranquila, no por mi presencia a su lado sino por la ausencia del novio. Me tomó la mano y abrió la puerta. No me dio miedo acompañarla aunque ya se habían sumado varios elementos para perturbar una mente normal; supuse que todo tenía explicación hasta allí, el silbido pudo provenir de la caldera que había en el sótano, creí.

Afuera todo parecía igual excepto los pinos y los álamos, que habían detenido sus movimientos y se sostenían erguidos e inmóviles junto a los alambros. Miré mejor, percibí un resplandor entre los troncos. Como un fulgor, un brillo. Se lo señalé a mi compañera; nos alcanzaron Vilma y Esteban, asustados.

-Tenemos que ir a buscarlos.

-No lo sé, Azucena, quizá estén cabalgando –Esteban no se mostraba muy resuelto; yo, menos que él, pero no quería dejar sola a la morocha. ¿El resplandor podría deberse al fósforo de una osamenta?; había leído que eso explicaba las famosas luces malas –no había luna para que se reflejaran pero no me di cuenta entonces.

-Yo no me muevo de acá- sentenció Vilma, terminando la cuestión. -Si esos se fueron a hacer los héroes para levantarse a las porteñas, que se hagan cargo.

El miedo la confundía, Vilma me había confundido con Carlos o se había confundido de relación. No la corregí, me convenía que Azucena reflejara en su cara el disgusto que exhibía en ese momento. ¿Cómo perdí tanto tiempo en esas mezquindades? Como fuera, tras la intervención de Vilma, Azucena no volvió a mencionar la posibilidad de ir por ellos. Permaneció en silencio, como todos.

Traté de ver mejor para proponer alguna solución, algún plan de acción, algo que no sacara de ese ensimismamiento. Estudié el panorama. A cuarenta metros teníamos la pileta, que estaba rodeada por unos setos bastante altos. Cincuenta metros más allá, los nogales silvestres donde dejamos los coches. Y luego, a unos doscientos metros, el cordón de pinos y álamos que planeaban estudiar nuestros compañeros. Mientras observaba, las chicas dieron voces hacia allí para ver si les respondían. Esteban se burló, como los que no pueden contenerse cuando miran una película de terror y hacen bromas tontas.

-¿No estamos exagerando? Los otros deben estar de joda, recorriendo el arroyito, y nosotros todos preocupados. Capaz que están aprovechando los pastos altos, ja, ja.

-¿Te parece que Carlos haría eso?

La morocha tenía los puños apretados y parecía pararse en las puntas de sus pies. Esteban se asustó.

-No, claro, era una broma, estarán de cabalgata, seguro.

Intervine, me hubiera gustado que todo estuviera bien pero no lo estaba. Las mismas

explicaciones con que me había querido convencer segundos antes ya no me bastaron.

-¿Y el brillo ese entre los árboles?, ¿y el silbido?

Como ellos, tenía miedo. Tenía miedo pero estaba Azucena y cerca de la pileta no vi riesgos potenciales. Necesitaba hacer algo para salir de ese estado de pánico.

-Vamos a ver la pileta.

Aceptaron. La pileta estaba unos diez metros más baja que la casa, descendimos tomados de la mano, de a dos. Azucena no se molestó por mi gesto cuando copié el de Esteban; tenía la mano húmeda, temblaba. El cielo se oscurecía más y por contraste, el brillo entre el follaje parecía más potente. Nos acercamos a la pileta circular; el líquido verdoso había desaparecido, estaba seca, mostrando la pintura deslucida del verano anterior. Hasta los bichos faltaban. Viento. Un temblor recorrió el cuerpo de Azucena, que lo arrimó al mío.

-Uy, parece que tenían sed los chicos, ja, ja.

La broma de Esteban quedó sin respuesta. No estábamos para chiquilinas. Vilma gritó y luego lo hizo Azucena, soltándome para utilizar sus manos a guisa de megáfono, llamando a los otros. No hubo respuestas. Se me dio por mirar el pasto, bastante crecido; se estaban formando varias hileras de pastos volcados hacia adelante, angostas, que partían de los árboles del cerco y se nos acercaban. Las hileras crecían, cada vez más largas. Tomé de la cintura a Azucena y les grité a los otros.

-¡Miren eso! ¿Qué pasa?

No lo sabían tampoco ellos. Giramos y corrimos hacia la casa pero diez metros antes de llegar notamos que otras hileras estaban llegando a ella, como si algún rodado invisible circulara por el suelo de la casa quinta. Oímos el silbido de antes, agudo, atacando los tímpanos. Las chicas gritaron, aullaron más bien, compitiendo con los agudos del silbido. De reojo creí notar que el resplandor aumentaba de potencia. Servía de poco cubrirnos las orejas pero todos lo hicimos.

Rodeamos la casa por el costado y corrimos hacia el camino. Era casi de noche, aunque los relojes indicaran que faltaba bastante para la caída del sol. Corrimos hasta el cerco de la entrada, no vimos hileras en el pasto y nuestros oídos estaban libres del silbido. Fuimos hasta la tranquera y salimos al camino, estábamos a medio kilómetro de la ruta. Comenzamos a caminar en esa dirección, el camino estaba en una pendiente que descendía hasta el arroyo para luego volver a subir hacia la ruta. No hablábamos, avanzábamos con nuestros rostros congestionados y la mirada en el piso. Nos alcanzó el silbido antes de avanzar cincuenta metros. Notamos entonces una hilera cruzando el camino a la altura del puentecillo; esta vez la tierra del camino se levantaba como si pasaran un arado sobre ella. Retrocedimos, alcanzamos la parte más alta de la pendiente como si desde allí ese ente invisible no pudiera vernos, y corrimos hacia la otra dirección, internándonos en un espacio que no conocíamos.

A poco de estar aquí, cobijados o escondidos tras ese par de rocas más altas que las otras, notamos que el resplandor que viéramos detrás de los árboles, se movía. Se convertía en varios hilos de luz que se desplazaban sobre las huellas que habían dejado las hileras sobre el pasto. Las luces avanzaban como si reptaran, recorrían toda la quinta. Azucena era un flan gelatinoso junto a mi flanco, Vilma estaba de rodillas espiando tras otra roca y Esteban prefería no ver. Las luces salieron a explorar en otras zonas, las perdimos. El cansancio nos fue ganado y más o menos nos tendimos sobre las piedras, que aún conservaban algo del sol del mediodía. Así estamos todavía, tendidos y rogando en silencio, abrazados por momentos, sueltos por otros. Sé que todos pensamos en el precipicio cercano, la solución final cuando la angustia sea intolerable.

Percibo un resplandor a la derecha, han retornado las luces. Noto que Azucena duerme entre mis brazos, Esteban y Vilma son bultos confusos recostados en otra roca. Quiero moverme sin despertarla, pero me detengo. La luz sube y gira. Quiero hundir mi cabeza contra la roca. Veo la luz sobre mis ojos, una luz como espesa, con volumen, con masa. Contengo la respiración. Otro haz, esta vez desde mi izquierda. Se une al primero, doblan su potencia y caen hacia abajo, salteándonos. Ruego que sean sordos para no escuchar los mazazos que el corazón da en mi pecho. Creo que voy a desvanecerme cuando noto a los haces subir en forma casi vertical, como una serpiente cascabel dispuesta a descargar su ponzoña. En lo alto, las luces giran como una sirena policial. Me doy cuenta que lloro, al percibir que Azucena mueve un brazo y se quita una de mis lágrimas de sus ojos.

Alcanzo a cubrir su boca cuando el silbido irrumpe en la noche. Vilma y Esteban despiertan de un salto, gritan, los haces de luz los envuelven, como atándolos; los oímos dar aullidos escalofriantes que superan el agudo silbido y dejamos de verlos en menos de un segundo. Los brazos de Azucena están rígidos, aferrados a los míos, clavándome las uñas en la carne. Me muerde la mano que le impide gritar. Las luces dan otro rodeo, el silbido se desvanece. Las luces descienden y se pierden. Me aseguro de no ver su reflejo antes de soltar la boca de Azucena. Ahora no habla ni grita, está petrificada.

-Azucena- digo en su oído.

-¿Oíste como gritaban?, ¿oíste cómo sufrían?

La abrazo fuerte, con mis brazos doloridos, pero ella no llora.

-A nosotros no nos va a pasar eso.

-No- dice.

Me apoyo en la roca para incorporarme, luego la ayudo. Sigo apoyado en la roca, las piernas entumecidas necesitan unos segundos para sostenerme. Por eso ella mira antes hacia abajo. Luego apoya una mano débil, una mano incrédula sobre mi hombro. Giro. Las luces han cubierto todo el suelo alrededor del cerro, están rodeando la ladera opuesta a la que utilizamos para subir. Nos abrazamos, la beso. Luego, nos tomamos de las manos. Vemos que un haz

parece detenerse y retrocede hacia nosotros.

Damos dos pasos. La punta del pie izquierdo me queda en el aire. Vuelvo a besarla, el haz se acerca, un reflejo sobrepasa la pequeña meseta en la que estamos. Es momento de esconder el celular con el que me entretuve grabando todo este tiempo.

HARAPOS

Fernando Cañadas Mora

Ilustración por Andrés Ramírez Ruiz



-Vaya, un indigente está durmiendo dentro -dijo uno de los jóvenes.

-Da igual. Entra y saca dinero porque no hay más cajeros cerca de aquí -contestó el otro mientras abría la puerta de la sucursal bancaria.

-¡Aparta! -le empujó con la pierna, repetidas veces.

-¡Vamos, borracho! -el amigo dio una patada con fuerza al harapiento al ver que no despertaba y siguió golpeando hasta que se levantó del suelo de cartones para cambiarse del sitio, con la manta mugrosa.

-Hola, hijo mío ¿por qué no vienes más a menudo a verme? -habló el indigente.

-¿Es tu padre? -reía uno de los jóvenes, pulsando la pantalla del cajero.

-¿Pero qué dices, loco? -le escupió el otro.

-Claro que eres mi hijo -balbuceó el indigente-, compré los servicios de tu madre en la calle de la Montera.

El joven que recogía el dinero del cajero comenzó a reír, ante el enfado del amigo.

-Y también pagué por los favores de la tuya -señaló al otro, después de dar un generoso a la botella que había cerca- ¡Fue un dos por uno! -aclaró.

Los jóvenes le golpearon hasta que se hartaron. Luego abandonaron el lugar, hacia los locales de copas cercanos.

Aquel harapiento alguna vez dormía cerca de la Iglesia, era la forma más segura de encontrar monedas en su lata al despertar al medio día. Tuvo que buscar una desconocida porque en otras más populares se juntaban los indigentes y resultaba difícil recibir limosna de los feligreses o transeúntes. Lo hizo durante mucho tiempo. Fuera cual fuese la estación del año, estaba allí plantado, en las escaleras de piedra que conducían a la puerta de entrada. Lo único que le interesaba del lugar era que sacaba lo suficiente para comprar alcohol. La única fe que le hizo sentir bien hasta que alcanzó la vejez. Se aseaba en los alberges, sólo si apeataba sobremanera, e iba a los comedores sociales, sino rebuscaba restos de alimentos en los contenedores de basuras o papeleras. Cogía las colillas de las marquesinas y se sentaba a fumar tranquilamente, ante la mirada asqueada de los pasajeros que esperaban el autobús de línea. Hablaba con los gatos y a menudo perseguía a las ratas en los lúgubres callejones de Madrid. Cuando vagabundeaba la gente se apartaba de él, sobre todo en las calles comerciales. Las noches de luna llena aullaba sin descanso en algún banco del paseo de la ribera del Manzanares o hasta que los vecinos de la desafortunada calle en particular llamaban a la policía, que después de pedirle la documentación, reclamaban la atención de los servicios sociales.

-¿Hoy hace mala noche, eh? -dijo el joven voluntario, al entregar la manta al indigente que estaba sentado en los cartones-. Siempre que hay luna llena, venimos a visitarte.

-¿Has visto que luna tan hermosa? El astro está grande y anaranjado, como mi planeta.

-Claro -miró de reojo y sonrió a la compañera que sostenía el termo de café al lado-. Te hemos traído algo de comer en la bolsa. Bebida caliente para que lleves mejor la noche de invierno, también. Aunque si quieres, te podemos llevar al alberge más cercano y puedas dormir en condiciones, en vez de estos cartones... mojados.

-Es orín -aclaró, el anciano demacrado de barbas sucias y gorro de lana-. Dame café -solicitó entonces a la joven pelirroja que llenó el vaso para entregárselo. El harapiento lo sostuvo con una mano temblorosas, con la otra cogió la botella que había cerca y echó un generoso chorro en el café humeante. La miró fijamente, sin articular palabra, mientras sorbía ruidoso y de seguido. Se detuvo de repente. La sonrisa le arrugó el rostro con infinitos surcos, mostrando la dentadura mellada-. Tu pelo color fuego, me recuerda tanto a ella... a mi hija...

-Y ese planeta tuyo, cómo se llamaba... Gamba... -interrumpía el muchacho.

-Gauma -corregía la niña pelirroja, desaprobando la broma con la mirada seria.-Eso. Ahora recuerdo la vez anterior que te atendimos -inquiría de nuevo-. He buscado en Internet y si galaxia de Andrómeda está a 2,5 millones de años luz ¿entonces has recorrido ese espacio para vivir aquí en la calle, no?

-Lo siento... Perdóname... -desvariaba el anciano de grandes ojos ovalados-. Huí de la batalla espacial contra la flota del invasor extraterrestre. Deserté del ejército ¡No soy más que un cobarde! -gritó- ¡Un miserable! Me pudo más el miedo a esos Xenomorfos inteligentes que cumplir con mi deber. No quería morir. En el anillo de asteroides realicé un salto al hiperespacio. Abandoné mi familia y hogar a su suerte -empezó a sollozar, un hilo de saliva cruzó sus labios mudos y sin aliento.

-Seguro... Xenomorfos... -reía el joven de gafas gruesas, dando palmadas-. Pues para haber viajado a la velocidad de la luz, te conservas muy bien.

-Joven primate, los destructores estelares y naves de combate de Gauma son la envidia de muchas civilizaciones. Nuestra flota es la punta de lanza de la Coalición de sistemas planetarios contra los malditos Xenomorfos de la Nebulosa oscura ¿Velocidad luz? -empezó a toser y escupir saliva-. Eso pertenece a la prehistoria. Desde hace muchos siglos utilizamos los M. A. G. (Motores de Agujeros de Gusano) y hemos colonizamos las estrellas.

-Vale, lo que tú digas, viejo loco -se puso en pie-. Vamos Cristina, hay otros casos que atender.

El mendigo después de apurar el vaso, se acostó en los cartones y tapó con la manta, junto a los contenedores llenos de basura de la calle solitaria.

Dos días más tarde el cielo estaba encapotado y llovía con fuerza. El harapiento,

visiblemente borracho, fue dando tumbos por el centro comercial de Príncipe Pío. Se detuvo en una papelería, enfrente de las taquillas de los cines, se bajó los holgados pantalones de pana y meó dentro mientras canturreaba a viva voz. El personal de seguridad al momento le acompañó fuera del edificio y estuvieron con él hasta que acudió la policía. Poco más tarde, llegaron los mismos voluntarios de asuntos sociales.

-Gauma... -desvariaba de nuevo, mirando a la joven pelirroja, cuando le atendían a resguardo de la lluvia-. Ahora comprendo mi error. Si pudiera recuperar el honor y limpiar el nombre de mi familia ¡Lo daría todo! Menos mal que mi mujer murió en el parto y no se pudo avergonzar de mí -La tos seca le hizo escupir sangre por la boca-. Sin embargo, tengo grabado a fuego en mi mente la imagen de mi padre y hermano digitalizada en la pantalla del casco de piloto. Su expresión de decepción en el instante que supieron de mis intenciones, estando las naves en formación, dos días antes de la batalla. A pesar de haberme licenciado en la Academia Militar con honores... paradójico ¿no?

-Señor estrellado -habló el joven-, perdón, de las estrellas, pero si la batalla espacial ya ha sucedido ¿qué honor va a recuperar?

-Joven primate, mi nave de combate genera un agujero de gusano. Es capaz de navegar por el espacio-tiempo y con los conocimientos adecuados se puede modificar uno de los dos vectores.

-¿Qué dice? Su nave son cuatro cajas de cartones con tetrabrik de vino tinto y bolsas de basura alrededor.

-No. Es de lo mejor de la infantería espacial -alegaba con orgullo-. Un robot transformable de última generación.

-Lo que quiere decir -contestaba Cristina- es que podría alterar el tiempo ¿cierto?

-Chica lista -sonreía el harapiento.

-Señor estrellado, entonces por qué no han manipulado el tiempo en beneficio de la guerra con las criaturas alienígenas -expuso el joven con enfado-. O mejor aún, si ya se sabía del futuro ¿por qué no eliminaron el pasado?

-Primate, la física tiene sus propias Leyes -balbuceaba-. Ahí está la mano de lo que vosotros llamáis Dios. Su sentido del humor. Cuando huí de la batalla final contra los Xenomorfos, en realidad el salto al hiperespacio no fue aleatorio, programé en el navegador estelar la Vía Láctea, a sabiendas del planeta Tierra. Supuse que para entonces la raza humana habría desaparecido a causa de la Tercera Guerra Mundial y tendría un yermo post apocalíptico para mí solo. Pero no fue así. El vector del tiempo me trajo a este pasado en el que aún no ha sucedido.

-¿Holocausto atómico? -dijo Cristina- ¿Cuándo?

-Dentro de un año empezará el comienzo del fin. Si te prestaras a la misión, mi nave de combate puede habilitar tres asientos más, aparte del piloto, y te daría un salvoconducto a

Gauma. Allí, tendías una oportunidad. Aquí, estáis condenados.

-Disculpe -le sacaba el pelo con la toalla-, pero en el supuesto de que quiera recuperar su honor -le seguía la corriente con interés- ¿cómo adquiero esos conocimientos y la formación militar para pilotar su máquina?

-Cabellos de fuego -el harapiento se refería a ella así-, no te culpo, si no quieres hacerlo. La responsabilidad de la cobardía es sólo mía. Si lo aceptas -echó mano del sucio abrigo tres cuartos para sacar algo del bolsillo. Abrió la mano, mostrando pastillas, una de color violeta intenso y otra azul eléctrico- y te la tomas, la nanotecnología de la primera hará que utilices el cincuenta por ciento de tu cerebro y la segunda cápsula descargará toda la información necesaria. Tripularás entonces la nave de combate a la galaxia de Andrómeda, un día antes de la batalla espacial. Después de presentar mis credenciales a nuestro embajador y dejar a tu familia a salvo en el planeta Gauma, lucharás por mi honor.

-¿Qué la está ofreciendo, viejo asqueroso? -exclamó el joven- ¿Droga? -sin pensarlo dos veces, le dio un empujón que le tiró al suelo-. Ni se te ocurra tomar esa porquería, Cristina. ¿Pero no ves que escupe sangre por toda la mierda que se toma? Si está majareta.

-Señor, deberíamos llamar a una ambulancia para que le echen un vistazo -contestó la joven pelirroja mientras le tendía la mano para levantarle del charco.

-No quiero hospitales. Tampoco ayuda -replicó el anciano de grandes ojos ovalados- ¡Toma! -ofrecía de nuevo la pastilla.

Se levantó a duras penas y se marchó, dejando a los jóvenes voluntarios allí plantados. Caminó bajo la lluvia hasta que llegó al semáforo que también regulaba el paso de peatones del Paseo de la Florida, pero no se detuvo y lo cruzó en rojo. Un autobús se lo llevó por delante, lanzando el cuerpo por los aires, cayó en la calzada. El harapiento quedó inerte en el sitio, ante los gritos de los transeúntes y Cristina que aterrorizada se tapaba la cara con las manos.

Tras haber declarado a la policía y esperar a que el juez levantara el cuerpo, Cristina marchó a la boca de metro. Llegó al intercambiador de Moncloa y allí esperó al autobús que le llevó a Majadahonda. Caminó las calles arboladas en estado de shock hasta que llegó a la urbanización residencial donde vivía. Entró a su casa unifamiliar y se sentó en la cama, con el abrigo puesto y la mochila, sin recordar si quiera si había saludado a sus padres. Una frase colmaba su mente, mirando las pastillas de colores intensos en la mano:

“Si tomas las pastillas, mi nave con corazón de robot de infantería vendrá a buscarte. Lucharás por mí y por ti. Porque en este planeta la raza humana está condenada. Mi redención será tu salvación, cabellos de fuego.”

VIX-UN

Gabriel David Jiménez

Ilustración por Héctor Mendiola Gómez



La catarsis de su alma se fundía poco a poco en sus neuronas, sentía un dolor constante en el pecho que no lo dejaba respirar. Intentaba mover sus labios, su boca, sus manos o cualquier parte del cuerpo; pero le era imposible. Aún seguía de pie y erguido, pero su sangre ardía por dentro de sus venas y el dolor se intensificó. Dos fuertes punzadas en ambas piernas inertes le hicieron tambalear y caer de rodillas. La tenía justo al frente, y no podía dejar de observarla. Fue entonces cuando el dolor se masificó, estaba petrificado buscando salir de aquél encierro.

La mujer estaba totalmente empapada, cada gota que caía de su vestido largo y mugriento hacía eco en sus tímpanos y su cerebro. Su cabello rojizo y enredado le tapaba arte de su rostro, rostro del que sobresalían dos enormes ojos zurumbáticos y aterradores. Esa mujer levantó una de sus manos y él pudo notar cómo estaba totalmente cubierta de sangre. La sangre de sus palmas se mezclaba con una tinta negra y babosa que recorría sus largos dedos.

Lentamente puso la mano en la mejilla de aquél hombre petrificado y poco a poco fue apretando más y más como si disfrutara ese momento. Él sintió cómo sus pómulos se manchaban de aquella baba negra y ensangrentada. Mientras apretaba, la mujer llevó su otra mano a su rostro con una rapidez inesperada, y, con el mismo impulso, se arrancó un mechón de cabello. Pero justo ahí se quedó inmóvil, mirándolo a él, con su mirada penetrante. Con los cabellos en su mano izquierda y con la mejilla de él en la derecha lo tenía a su desventurada disposición. Fue entonces cuando comenzó a reír, una risa distorsionada, loca, vacilante y terrorífica. El dolor volvió y la sangre se le hizo piedra y hielo al mismo tiempo.

Reía una y otra vez, con las manos ensangrentadas, con el vestido ennegrecido y sucio, con sus extensos cabellos rojos, con la mirada petrificadora y con la risa oscura de aquél sueño de muerte. Él, cerró los ojos y se escapó al olvido.

...

Un Volkswagen escarabajo del año 73 estaba aparcado en la acera del frente. Los colores negro y amarillo lo hacían resaltar entre los demás autos. Además que era el tipo de carro que ya no se ve por esos días. Las llantas relucían y los vidrios parecían recién v pulidos. Desde la posición en que lo estaba viendo no lograba distinguir al conductor. Suponía que debía estar ahí, sentado en el mismo; esperando algo. El tubo de escape soltaba algo de humo y por eso entendió que el motor estaba encendido.

Él, estaba sentado en su Fiat Spazio del 84. Recordó el día en que su padre le entregó las llaves de aquella reliquia familiar. Ambos recorrían la autopista Francisco Fajardo mientras que su papá fumaba un cigarrillo, y entonces le dijo que luego de sumuerte el carro sería suyo. Que tendría que asumir las responsabilidades de una familia, de una vida, de una carrera y de su futuro. Tanta información para un muchacho de dieciocho.

Había comprado aquél auto en su cumpleaños número 15, completamente nuevo y de agencia; el mismo año que los comenzaron a producir. Su padre llevó el cigarro a sus labios y aspiró una bocanada de humo. Él, en ese momento, se preguntaba que gracia podía tener fumar. “Bueno, ¿Qué gracia podría tener?” dijo mientras sonreía. Su padre murió ese mismo año de la metástasis de un cáncer que creció en sus pulmones.

El Spazio azul y con asientos de cuero marrón aún seguía caliente. Después de recorrer la ciudad bajo un sol incesante se detuvo en esa calle a esperar, justo al lado del poste de electricidad. Los cables pasaban por encima de él y, colgado en los mismos, había unos zapatos que se sostenían por el balance de los cordones. Dentro del Fiat, un hombre con poco cabello y labios rotos esperaba. Tenía ambas manos en el volante, esperando que en cualquier momento ocurriera un incidente que lo obligara a irse de inmediato. Aunque no quería, una adicción lo hacía estar ahí. Debía permanecer en ese sitio. Llevaba una camiseta negra y unos pantalones del mismo color, su pie derecho encima del acelerador y el izquierdo jugaba con la alfombra del auto.

En el retrovisor pudo divisar el caminar de un hombre de chaqueta de jeans y zapatos mocasines. Abrió la guantera y sacó tres billetes de cien bolívares, los tomó con precaución y los puso bajo sus muslos. Luego, el Smith & Wesson calibre .38 lo colocó detrás de la palanca de cambios, donde nadie podía verlo pero sería fácil de tomar. El hombre que había visto se detuvo justo al lado de su automóvil, respiró lentamente y miró hacia las paredes de la otra acera. Ese era el momento en que debía decir las palabras, pero, se le hacía difícil pronunciarlas. Siempre le había sido difícil.

—¿Dón... Dónde compró usted esos mocasines?

—¿Cuánto y qué?—respondió el hombre de la chaqueta de jean.

—Un poco de Blanca Nieves, solo un poco.

—¿Cuánto?

—Ya dije, un poco...

—Cien gramos—dijo al tiempo que daba un paso a la puerta del Spazio.

—Está bien—sacó los billetes debajo de su pierna y se los entregó al hombre.

—Faltan cien.

—¿Qué? Me dijeron que tan solo serían trescientos—explicó y echó una mirada de reojo al revólver—, no me hablaron de más dinero.

—Ese es el precio—expresó mirándolo fijamente.

—Bueno, está bien—afirmó y tomó cien más de su cartera de cuero negra para entregárselos—, aquí tienes.

El hombre sacó una bolsa y se la entregó en sus manos, se dio media vuelta y camino al contrario del trayecto que había hecho; dobló en la esquina y no le vio más. Ahora la tenía, sacó de sus bolsillos una bolsa negra y la introdujo ahí. La cerró con suavidad y la puso debajo de su asiento. Hizo lo mismo con el revólver y encendió el auto. Arrancó poco a poco y se puso en movimiento hacia la autopista. Durante todo el camino se preguntó por qué había hecho

aquello, le era inevitable. Siempre se lamentaba y el sentimiento de culpa lo invadía, pero sabía que esa misma bolsa podría hacerlo olvidarlo todo. El viento entraba por la ventana y se colaba en sus pupilas. Aún llevaba consigo el recuerdo de ese día, era una carga pesada que siempre le perseguiría.

Manejó por toda la autopista en sentido este, dirigiéndose al lugar donde había perdido las ganas de vivir. La tarde era oscura y las nubes grises cubrieron el cielo de una opacidad tenebrosa. Una leve llovizna comenzó a caer en el parabrisas del auto y las gotas cayeron al capot, las calles estaban apagadas y las personas parecían haber desaparecido como lo hacía el sol por las noches. Aparcó el auto en la mitad de la calle. Se quedó observando cómo el agua caía por las ventanas y el sonido de la lluvia lo tranquilizó. El dulce olor a tierra mojada lo elevaba profundamente, haciéndolo sentir en paz y sin temores.

En la parte trasera del Spazio había una carpeta marrón y un sobre color manila, se volteó y los tomó. Dejó a un lado la carpeta y examinó el sobre. Tenía un sello estampado con la figura de un triángulo invertido y tres líneas de color rojo en el centro del mismo. Se fijó que era una carta que no podía reconocer, pensó que quizás estarían equivocados y la introdujeron en el casillero incorrecto del edificio. Sin embargo, por curiosidad la abrió. Dentro había un documento fechado de hace años.

25/05/1991
7:00 PM

*Buenos días, ¿Sientes terror?
Sería un desperdicio para la sociedad no hacerte sentir en el
mundo querido amigo. Hoy te escribo porque quisiera
ofertarte el producto más ingenioso del mercado. Sí, ya lo sé,
estás cansado de las ofertas y ventas pero por favor permíteme
unos segundos de tu tiempo para explicarte el porqué de mi
carta.
Quisiera que conocieras el Vix-un.*

Y eso era todo. No lo entendía, era demasiado extraña aquella carta. Quizás no se terminó de redactar y la dejaron así. "Posiblemente haya sido un error de impresión", pensó. No le dio más vueltas al asunto, la volvió a introducir en el sobre y lo cerró.

Luego de un largo día le habían entregado los exámenes médicos que esperaba desde la semana pasada. En la carpeta marrón estaba escrito su nombre, 'Mario Mendoza Scharner', la revisó y encontró los perfiles correspondientes a lo que su doctor había pedido. No se atrevió a revisar los resultados, creía que era mejor quedarse al margen de ello y que su doctor le dijera qué hacer. Los cerró y puso la carpeta en sus piernas.

Metió la mano bajo el asiento para buscar la bolsa que recién había comprado. La levantó y la observó con detenimiento, como si fuera la primera vez que la viera, la miró con la tensión en hilo y los nervios de sudor frío. Siempre le aterraba esta parte. Delicadamente la abrió y hundió el dedo índice en el blanco polvo, para comprobar si tenía la textura correcta y no había sido estafado. Esparció dos líneas encima de la carpeta y la cerró, luego la colocó nuevamente bajo el asiento y tomó de su cartera un billete de cinco bolívares que sobraba. Lo

envolvió e hizo de él un cilindro. Lentamente subió la carpeta a la altura de su rostro y puso el billete entre el comienzo de la línea blanca y su nariz. Y, armado de valor, aspiró con fuerza por las fosas nasales.

La aspirada fue tan fuerte que sus ojos se llenaron de lágrimas y su vista se volvió borrosa, se tapó el rostro con sus manos y cerró sus fosas nasales con sus dedos para tranquilizar a la alergia repentina que había provocado aquella sensación. La otra línea de polvillo restante que quedaba en la carpeta la botó por la ventana, pues se sintió incapaz de inhalarla. Luego de unos segundos miró por la ventanilla derecha hacia la casa abandonada del lugar. Era un complejo gigantesco con rejillas de acero oxidado que no permitían el paso de los transeúntes, además, el jardín que se anteponía al comienzo de las paredes estaba cubierto de barro, hojas secas y tierra confundida entre los restos de plantas que habían quedado en el olvido. El pasto había crecido lo suficiente para cubrir el camino de piedra pulida que llevaba a la entrada de la mansión.

Mario cogió las llaves y se bajó del auto, observó con detenido entusiasmo aquél lugar que lo hacía temblar. Recordó aquella noche, recordaba muy poco, había sido todo tan confuso. Pasaron muchos años antes de que volviera a pensar en ese incidente. Revisó su reloj y notó que ya se hacía tarde. Justo en ese momento tuvo la sensación de ser visto, de que lo miraban con detenimiento y evaluaban cada parte de su cuerpo. Sacó de los bolsillos de su negro pantalón una caja de cigarrillos, tomó uno y con un encendedor verde oliva avivó las llamas que encendieron la nicotina en sus labios. Fumó mientras detallaba la casa, fumó mientras esperaba los efectos de la nieve, fumó mientras se sentía observado.

En la otra esquina estaba un Volkswagen escarabajo de color negro y llevaba un contraste amarillo que lo hacía resaltar. “Qué extraño”, pensó; “Podría jurar haberlo visto antes”. No determinó más sus llantas, ni determinó sus ruedas, simplemente determinó el recuerdo de su mano envuelta en una escopeta de corredera recortada. El cañón de 8,5 pulgadas que apuntaba al rostro de la pareja había sido el catalizador de su desgracia. “Yo no lo hice”, se decía a sí mismo para conseguir consuelo. Hace más de 20 años que había sido condenado a prisión por el asesinato de los Carvajal en ese mismo sitio que ahora miraba con ojos de arrepentimiento. Ya era demasiado tarde, ya había perdido un cuarto de su vida encerrado entre los barrotes de hierro sólido que apresaron su alma. Su sufrimiento y su buena conducta en el lugar lo hicieron abandonar rápido a la sombra que se quedó con su vida. No sentía que podría recuperarla, y estaba ahí, nuevamente envuelto entre las drogas, las armas y la rabia interna que siempre guardaba para el mundo.

“Alguien me está viendo”, reflexionó al tiempo que su cabeza se movía inesperadamente como parte de un espasmo incontrolable. El cigarro se consumió por completo y dio la última bocanada antes de lanzarlo al suelo. Oyó al grillo que tenía a su derecha silbar una sinfonía desesperada, escuchó el motor de un auto que pasaba por la otra calle con dirección a la avenida, observó a la lagartija que se colaba por la alcantarilla y la ventana entreabierto de la mansión abandonada que golpeaba el marco de madera por el impulso del viento. “No hay nada mejor que casa”, sonrió mientras se sentaba en el Spazio azul que ahora se escondía bajo las sombras de un árbol de ceiba que coronaba el lugar y dormitaba al lado de la calle. Encendió su auto y, con una sonrisa de confianza y loca seguridad se puso en camino a su apartamento...

Las tardes y noches de Caracas transcurren al ritmo de los autos rimbombantes y las

personas que buscan desafortadamente encontrar la vía más rápida a sus hogares para encontrarse con la distensión. Las nubes grisáceas se hacen oscuras y el viento sopla más fuerte cada día del mes de mayo. Scharner estaba en su apartamento, sentado y observando por la ventana el caos anárquico de una ciudad bajo los pies de una montaña; sostenía en su mano el revólver y mantenía un dedo sobre el gatillo. Los efectos de la droga ya habían pasado, él odiaba ese sentimiento que le daba su organismo luego de algún estupefaciente. Sentía como una aceleración intensa se apoderaba de sus sentidos, el sudor frío bajaba por su frente y chocaba contra los vellos de sus cejas; tenía los ojos dilatados y la mirada perdida. Abrió una de las gavetas del escritorio de roble oscuro y extrajo un artículo de periódico del año 1998. Lo había leído mientras estaba en prisión y desde siempre lo guardó, no porque lo apreciara, sino porque le pertenecía a su propia historia.

Mario Mendoza Scharner, conocido en la cárcel de San Francisco de Yare como M&M, fue uno de los casos más conocidos del país por el asesinato de una pareja en el año 1991. Los esposos Carvajal vivían en una residencia al este de la ciudad, en la zona conocida como Terrazas del Ávila. El matrimonio contaba con una extensa cuenta bancaria y numerosas propiedades alrededor de la ciudad, pudieron haber sido el objetivo de cualquier delincuente que estuviera en la búsqueda de dinero, sin embargo, este no fue el caso. Scharner fue acusado de homicidio doloso por premeditación, ensañamiento y sevicias graves. Su condena fue de treinta años. Fue la más brutal y macabra escena del crimen para el país. La sangre esparcida por el lugar, los cuellos degollados y la destrucción facial fueron fotografiadas para tener las evidencias visuales del cuerpo policial; una escopeta recortada, un cuchillo de cocina y dos alicates de cigüeña fueron usados para perpetrar los hechos delictivos que aterrorizaron a toda una población. En la pared del lugar Scharner escribió con letras grandes, rojas y ensangrentadas dos palabras de las cuales nunca pudo dar declaración alguna: “¿Sienten terror?”. Después de todo, Mario expresó no recordar nada del hecho y negó rotundamente su culpabilidad a pesar de haber sido encontrado entre los cuerpos de sus víctimas.

El lugar se sobresaltó luego de dos golpes fuertes al llamado de la puerta. El Volkswagen escarabajo de todo el día ahora estaba aparcado frente al edificio abandonado de la avenida del frente. Revisó que el .38 estuviera recargado y que no tendría problemas para jalar del gatillo ante cualquier circunstancia, se dirigió a paso seguro hacia la puerta y se recostó de ella poniendo su oído izquierdo en la misma. Escuchó atentamente y muy seguro de sí mismo preguntó: “¿Quién es?”. Las respiraciones pausadas de sus pulmones apaciguaron el silencio del lugar después de tal pregunta. Estaba seguro de que venían por él, que la muerte lo había venido a buscar y ahora le tocaría un duelo que hubiese preferido evitar. Era la muerte enfrentándose a su discípulo. Nadie contestó.

El seguro de hierro bañado en oro de la puerta estaba puesto, el arma estaba cargada y su dedo acariciaba suavemente el gatillo, su mente jugaba con miles de situaciones divertidas y macabras para propinar a su víctima. No pudo dejar escapar una sonrisa y con la mano izquierda giró la manilla desgastada.

Zapatos, pantalones, saco y sombrero oscuro azabache vestían al hombre de barba poblada frente a su puerta. Tenía una camisa blanca y lo arropaba una corbata roja. El hombre sonrió y con una voz fuerte, clara y amistosa dijo:

–Muy buenas noches señor Scharner, soy quien dejó para usted una carta esta mañana

en su casillero. Me gustaría conversar con su persona.

–¿Quién carajo eres?

–No soy de por aquí, simplemente me gustaría ofrecerle un producto.

–No quiero comprar nada –dijo Mario al tiempo que lo miraba de arriba a abajo.

–Lo sé todo sobre usted. Creo que lo mejor sería que me escuchara –sonrió el hombre mientras miraba al pasillo, como si viera venir a alguien o algo –, se interesará.

–¿Qué es lo que sabes? –le espetó y apretó con fuerza el revólver.

–Sé de su homicidio. Sé de sus pensamientos. Sé de su adicción. Sé de todo sobre usted –comentó y entonces comenzó a reír a carcajadas.

Mario cerró la puerta con fuerza y retrocedió rápidamente hasta caer de espaldas en la habitación. Siguió mirando hacia la puerta a la expectativa, durante unos minutos eternos nada pareció oírse y comenzaba a creer que todo había sido producto de su mal dormir. Pero comenzaron a golpear la puerta. La golpeaban con tanta fuerza que sabía que en cualquier momento sería derribada. Uno, dos, tres, cuatro golpes retumbaron en el apartamento. Eran ensordecedores y perturbantes. Apuntó a la puerta e iba a disparar pero de la misma forma en que comenzaron los porrazos, repentinamente, estos cesaron. Quedó inmóvil, petrificado, aún sudaba frío y sus ojos no dejaron de mirar a su alrededor.

Se levantó y apuntó con el arma a la puerta usando ambas manos, una para apoyar la culata y la otra para jalar el gatillo. No quería disparar, de verdad no quería hacerlo, pero si se veía obligado lo haría ante aquél espectro que se detuvo en su puerta. Preparado para todo, se decidió a abrir la puerta de un golpe. Primero quitó el seguro del costado que no dejaba abrirla de par en par, y luego abrió rápidamente mientras apuntaba al pasillo. Apuntó a la izquierda y apuntó a la derecha, sin embargo y para su sorpresa, no encontró a nadie; a excepción de un maletín negro que estaba en el medio del corredor. El maletín dañaba la simetría del lugar cuando las líneas verticales chocaban con los bordes horizontales del mismo, creando un aspecto de inseguridad e incomodidad en el lugar. El bombillo al comienzo de las escaleras estaba desgastado y la luz comenzó a ser intermitente. Debía saber que era aquello, tenía que asegurarse qué era lo que ese hombre conocía de él. “¿Cómo supo del crimen que cometí?, ¿Acaso es alguien de la policía?, ¿Mi adicción?, ¿Qué habrá querido decir con eso?”, se preguntó Mario limpiando el sudor de su frente y caminando en dirección al objeto.

Lentamente se acercó y a tan solo un metro del maletín pudo notar el símbolo que esta mañana había recibido en su casillero. Era el triángulo invertido con las tres líneas rojas horizontales. Aquello era perturbante y comenzaba a cobrar sentido en su mente; el hombre debería de ser alguna especie de estafador que buscaba venderle “cualquier pendejada a costa de que no se sepa que M&M salió de la prisión”, pensó. Y ahí estaba, justo al frente del objeto, apuntándolo y esperando a que el hombre saliera de la oscuridad intermitente del lugar para decirle cuánto quería y cómo debía pagárselo.

Pero a sus espaldas sonó un chillido inesperado, al primer momento su adrenalina no lo

dejó pensar y viró bruscamente con el cañón divisando todo el corredor. Pero, a los pocos segundos, pudo distinguir el sonido del teléfono local de su apartamento. Sonó una segunda vez y Mario siguió sin moverse, mirando al pasillo. La tercera vez levantó una pierna y dio un paso, pero justo cuando su pie iba en el aire recordó el objeto. No podía dejarlo, no ahí. Se volteó y lo cogió por sus agarraderas para regresar a su apartamento amenazando con la Smith & Wesson a toda la madera del recinto. Caminó y entró a su sala cerrando la puerta tras de sí, luego dejó la pequeña maleta encima de una silla de plástico carcomido para contestar al teléfono.

Levantó el auricular, y lo puso contra su mejilla:

–Le escucho –dijo Mario con un tono pausado y tranquilo.

–Señor Scharner, lamento mucho el inconveniente que acabamos de sufrir –señaló y se pudo escuchar su risa del otro lado de la línea –, en la maleta he dejado para usted un regalo. Hay una manera de revertir todo lo que ha hecho, hay una manera de recuperar los 20 años que ha perdido usted en esa prisión. Ahora queda en sus manos hacer lo correcto...

–¿Quién eres?

–¿De verdad no lo sabe? –se oyó su respiración y dos segundos después el tono de la llamada perdida ahogó el sonido de sus pulmones.

Scharner trancó y puso el teléfono verde y viejo encima de la mesa de café. Se volteó y miró con detenimiento al maletín oscuro. “¿Revertirlo todo?, ¿Cómo que recuperar los 20 años de prisión?... ¿Acaso hay una manera de regresar y...?”, pensaba mientras se acercaba a la silla de plástico para tomar el maletín. Se detuvo frente a él una vez más. Lo tomó y lo llevó hasta la mesa del comedor de su apartamento, la mesa tenía algunos rasguños por el tiempo de uso y tambaleaba por tener una de las patas más cortas que las otras. Abrió la cerradura y levantó uno de los laterales para ver lo que contenía, cuando lo observó no pudo creer lo que estaba adentro.

Un cilindro gris y plateado estaba a la izquierda del maletín, tenía una boquilla de un pequeño pero preciso grosor. A los lados tenía una manecilla que se podía hacer girar, además de un gatillo rojo en miniatura que había sido dispuesto debajo del mismo; en unos segundos se percató de que se trataba de un soplete. Luego, debajo del mismo había una cucharilla de plata con detalles de líneas y triángulos entrecruzados; era una cucharilla onda y espaciosa que podría servir para comerse una sopa en cuestión de segundos. Nada de aquello podría tener sentido hasta que observó que a la derecha de estos dos objetos se encontraban una serie de jeringuillas empaquetadas que hacían contraste con la luz de la habitación. El reflejo del plástico que las cubría chocaba contra el rostro de Scharner y su cara de impresión. No podía creerlo. Arriba, en la parte superior de los instrumentos se encontraba un envase cilíndrico plateado y de líneas rojas. Tenía adherida una etiqueta triangular invertida que decía en letras grandes “Vix-Un”. No tenía duda alguna, se trataba de un equipo de preparación para inyectarse heroína.

Pero, “¿Qué clase de heroína es?”, meditaba. Normalmente este tipo de droga es vendida a un alto precio y la entregan de la misma forma que la cocaína, en una simple bolsa de plástico transparente. En cambio, esta venía en una presentación aparentemente de alguna

farmacéutica. “Aunque podría estar equivocado”, dijo mientras tomaba el envase de Vix-Un y lo observaba. La presentación que tenía ante sí lo había llevado a la deducción de que se trataba de la heroína, pues esta es preparada con los instrumentos que estaban en ese maletín. En la etiqueta del Vix-Un no se leía nada más, pero desprendió el precinto de seguridad y abrió el envase para detallar que, en efecto, se trataba de alguna clase de heroína. La textura y la apariencia de la misma lo hicieron pensar que era una muy buena y fina, elaborada quizás de la manera correcta. Él ya la había consumido anteriormente, sabía el proceso entero de preparación desde el opio hasta la inyección que se realizaba por intravenosa. Pero su duda siguió presente, “¿Por qué alguien me dejaría esto?”.

Se sintió atraído por esta droga. Recordó la sensación de alivio y euforia que provocaba en él, pensó que quizás una pequeña probada resultaría placentera. Tan solo un poco sería necesario, un solo viaje para despejarse y aprovechar el momento. Despejar la mente y las neuronas para escapar de la realidad intoxicante de la vida que perdió. Además, no perdería nada con hacerlo, ni dinero, ni tiempo, ni siquiera su vida. No supo en qué momento su cerebro lo ordenó, pero de un segundo a otro estaba preparándolo todo.

Se dirigió a su cuarto en busca del armario, la habitación estaba desordenada y el polvo se esparcía por todo el lugar como un componente más del oxígeno. El aire era caliente y el calor se paseaba por su cuello acariciando cada vello. El sudor frío continuaba presente en su organismo y apretaba los puños con fuerza para no sentir el estrés en sus hombros. Abrió el armario de puertas corredizas y rejillas diagonales, buscó en la parte baja y cogió el primer cinturón que encontró. Volvió al maletín y tomó todos los instrumentos para llevarlos hasta la mesa, la cucharilla de plata la llenó de agua del lavadero. Del apuro, de la desesperación, de la adicción o de las ansias dejó el grifo abierto; jaló la silla de plástico para sentarse y puso en funcionamiento el soplete bajo la cucharilla, ahora le tocaba esperar a que calentara. El reloj de pared que estaba sobre el refrigerador marcaba las 6:50 de la noche, la oscuridad del exterior traspasaba las ventanas y entraba al recinto apoderándose de toda idea y pensamiento. Scharner observaba con detenimiento el agua de la cuchara y esperaba a que las primeras burbujas comenzaran a aparecer. Al cabo de unos segundos, el agua hirvió. Tomó del envase de Vix-Un un poco del polvo y lo esparció en el agua caliente, esperó a que diluyera y puso un algodón casi minúsculo en la cucharilla. Entonces, destapó la bolsa de plástico que cubría a una de las inyectoras y le quitó el protector a la aguja; colocó la parte trasera entre sus dientes y sosteniéndola con la mano derecha hundió la jeringa en el algodón. Con sus dientes jaló hasta llenarla completamente del líquido mezclado con la heroína, “o bueno, el Vix-Un”, pensó. Y una vez tenía las medidas correctas la separó para detallarla.

Tenía la jeringa en sus manos, solo quedaba un último paso, la inyección. La dejó reposar durante unos segundos en la mesa y con el cinturón que había tomado del armario se tensó el brazo izquierdo. Amarró la correa a sus bíceps y estiró el brazo para buscar la vena que más resaltara. La aguja se acercó a la piel y la atravesó con suavidad. La punzada de dolor fue inevitable y un punto de sangre escapó; presionó el líquido hacia su organismo y sintió como se esparcía con una rapidez absoluta por todo su cuerpo. La sangre se mezcló con el poco de Vix-Un que iba entrando desde la jeringa hasta que no quedó ni una gota de aquél líquido que solo tardaría unos segundos más para hacer efecto.

La sensación era dulce, soltó todo lo que sostenía en sus manos y desató el cinturón de su brazo. La vista se fue haciendo larga y distante, como un túnel interminable que llega al final

de un paraíso. La sensación, los sentimientos, los vellos erizados, la sonrisa en su rostro y la oscuridad que invadió todo el lugar.

Los sueños se apoderaban de su pensamiento y su pensamiento creaba una idea única. Una idea que lo hizo sentir en el aire, como si flotara por encima de los autos de la ciudad y los edificios de su ciudad se hicieran minúsculos. Era una sensación enorme de vértigo, del miedo a caer sin tener de dónde sostenerse, que lo hacía razonar entre los ojos entrecerrados de su desafortunada ilusión. Estaba parado ahora en la cima de un enorme edificio en construcción, las vigas sobresalidas y las paredes incompletas colmaban la punta de todos los pisos. Estaba parado sobre una tabla a punto de romperse, el viento lo empujaba hacia atrás y no podía moverse. Daba cada paso con mucho cuidado, las grietas de la madera se iban haciendo cada vez más evidentes y el miedo de sucumbir al vacío se hizo inminente. El único soporte que lo mantenía en pie colapsó, cayendo desde lo más alto mientras toda la corriente chocaba contra sus párpados, su piel y sus extremidades. El cielo caía y el suelo estaba acercándose al fin, y en menos de lo que esperaba, se estrelló su sueño ante la estrepitosa claridad.

Era una luz que alumbraba todo su entorno, sus ojos se abrieron pero prefería mantenerlos cerrados. Al despertar notó que se sentía débil, muy débil, y que no podía moverse normalmente. Era como esos sueños en los que intentaba correr y se le hacía imposible, saboreó sus labios y sintió una amargura que se pegó en su paladar. Observó su contexto, estaba en el medio de una calle solitaria, a los lados habían edificios de ladrillos rojos, pero ese rojo se perdía entre las sombras de la noche y le daba a las paredes de los apartamentos un aspecto fantasmal. La luminosidad bajó y tan solo un faro de luz lo iluminaba, él se quedó detallándolo. Mantuvo su córnea estática y fijó sus ojos en el bombillo que tenía sobre su cabeza. Tuvo una visión que lo atormentó y le revolvió el estómago, una silueta sostenía en la oscuridad un alicate de cigüeña mientras caminaba hacia una mujer aterrorizada. La mujer apretaba un cuchillo con ambas manos mientras sollozaba y miraba a quien se acercaba a ella con intenciones de asesinarla. La mujer comenzó a blandir el cuchillo y a protegerse mientras se defendía de su agresor; cayó de espaldas en una esquina sin tener a otro lugar al cual huir. La persona que llevaba el alicate lo sostuvo en su mano con la punta afilada mirando hacia el suelo y de un rápido impulso lo clavó en las costillas de la mujer, una y otra vez, profiriendo cada vez que le asestaba un inmenso dolor en el abdomen. Entre el terror y la penumbra se rindió y soltó el cuchillo que la protegía a ciegas de esta visión oscura de muerte.

Scharner se sobresaltó, levantándose de un golpe y poniendo atención nuevamente a su entorno. Sabía que estaba en alguna especie de sueño, que aquella droga lo había llevado a algún sitio muy dentro de sí mismo, de sus propios miedos y ahora estaba enterrado junto con sus pesadillas. Odiaba aquél sentimiento, sentía en su pecho un nudo, como si lo estuvieran ahorcando en su organismo y dentro del horror de su vivencia. Sudaba frío y no pudo evitar hacer una mueca de dolor con su boca. Eran incontrolables aquellos gestos de ira, euforia, descontrol o simplemente de la experiencia que acumulaba de su horrible ser.

Se puso de pie y comenzó andar en aquél lugar desierto y oscuro, en las paredes solo se podía ver un grafiti que no era nada desconocido para él. El mismo símbolo de siempre, el triángulo invertido y las líneas horizontales atravesándolo; no comprendía su significado pero estaba ahí, en su sueño, en su pesadilla, en su mente, y se sentía todo tan real que la hipótesis de estar dormido le comenzó a parecer incoherente. Comenzaron a oírse lamentos provenientes

de las callecillas entre cada edificio, eran gritos de desespero que pedían auxilio. Llantos ahogados en el aire y susurros inentendibles que surcaban por toda la escena y se estrellaban contra sus oídos. Un escalofrío recorrió su cuerpo y sintió cómo su sangre se enfriaba, mientras la oscuridad, el sufrimiento y el dolor de aquel lugar lo arropaban en un aura de miedo.

Todo era tan real, comenzó a sentir la llovizna que caía de un cielo completamente oscuro, pronto comenzaría a llover más fuerte y necesitaba refugiarse. Echó a correr a lo largo de la calle mientras buscaba alguna salida o algún lugar de refugio, pero todo era solitario; Scharner notó que estaba dando vueltas en círculo y se detuvo. Miró a su alrededor y nuevamente volvió a sentir el triste espectro de la noche golpear contra su rostro. Estaba en un pequeño callejón entre dos edificios, al final del mismo había una reja de hierro que cerraba el paso hacia el otro lado. Se había dispuesto a dar media vuelta cuando a sus espaldas oyó un gruñido. Se volteó rápidamente y asustado miró entre las sombras de la calle, un perro enorme y de ojos amarillos caminaba en dirección hacia él. Le gruñía y lo miraba amenazante, estaba completamente mojado y el olor de su pelaje se filtró entre sus fosas nasales; el perro se hacía cada vez más y más enorme a medida que se iba acercando y los gruñidos se intensificaron haciendo eco entre las paredes de la callecilla. De repente se detuvo, lo miró con la misma mirada de terror que lo había petrificado y gruñó más fuerte mientras mostraba sus enormes colmillos entre la penumbra. Mario comenzó a correr aterrorizado por el callejón, se dirigía a la verja que lo separaba de la otra calle y estaba dispuesto a saltarla. Sentía como los ataques de ira y rabia de aquel perro maldito lo perseguían, acorralándolo en aquella esquina.

Puso uno de sus pies entre la reja y con la ayuda de su mano derecha se apoyó en los tubos, impulsándose a sí mismo hacia el otro lado. De la adrenalina del momento, no midió su salto y cayó con la rodilla izquierda sobre el césped. Había dejado de escuchar los gruñidos del enorme perro, y, al mirar a través de la reja solo logró observar la oscuridad.

Su rodilla había recibido un fuerte golpe al caer, su jean se había roto y un poco de sangre brotaba de aquella raspadura. Se puso de pie nuevamente, pero la presión de la rodilla lo hacía cojear y caminar lentamente. Se fijó que ahora estaba en un jardín, un gran jardín de césped verde y brillante por las luces nocturnas que alumbraban desde el suelo del lugar. Vislumbró un camino de piedra lisa que decidió seguir, pensó que lo mejor era continuar y no seguir preguntándose de dónde había salido aquella bestia ni del lugar en el que estaba. Necesitaba respuestas y no las iba a encontrar volviendo entre sus pasos o tan solo preguntándole al aire. Torcía su pierna al caminar, aunque el dolor de la rodilla disminuyó no pudo evitar sentir el peso de su cuerpo sobre sus meniscos. Avanzó por el camino hasta llegar a su destino, una enorme casa de finos lujos, pintaba de blanco crema y de puertas y ventanas azabaches. Dos columnas de tipo toscano sostenían al balcón del centro, la decoración de la entrada se basaba en unos bancos de hierro y detalles plateados que jugaban con las tonalidades grises de las cerámicas del suelo. La gran puerta de madera negra esperaba a que algún visitante la hiciera retumbar. Entonces, tuvo la sensación de haber visto anteriormente ese lugar, y supo porque lo recordaba.

Tocó la puerta y una sensación de frío lo abrazó por el cuello, asfixiando sus palabras para pedir ayuda. Esperó la respuesta a su llamado pero nadie parecía escucharle, nadie escuchó el sonido de la madera contra sus nudillos ni el rimbombante toc-toc de su puño. Decidió intentar entrar por sí mismo, giró el picaporte y empujó la puerta con suavidad mientras inclinaba la cabeza para observar el interior. Una punzada de dolor en su rodilla se

mezcló con la helada noche, cerró la puerta detrás de sí y entró en ese lugar que desde hace tantos años no pisaba.

Scharner estaba en un pequeño pasillo utilizado quizás para recibir a las personas, dos sofás acomodados hacia la derecha y las flores de pascua que reposaban sobre un escritorio de persiana a la izquierda completaban la entrada perfecta. Un candelabro de araña colgaba del techo y el cristal relucía haciendo del espacio un lugar bien iluminado; sin embargo, era ese pasillo el único lugar iluminado de la casa. El resto se encontraba oscuro y Mario se detuvo a observar, tratando de adaptar sus ojos a la oscuridad consiguió divisar una linterna de pilas antigua que descansaba colgada sobre una esquina oculta de la pared.

La entrada del lugar era tan solo el comienzo de un enorme salón, pero le fue imposible denotar cada espacio del mismo pues la oscuridad abarcaba cada centímetro.

–¿Hay alguien aquí?! –gritó al vacío sin esperar respuesta– soy Scharner, Mario Scharner.

El silencio del lugar se hizo perpetuo, nadie respondió. Su respiración comenzó a acelerarse, encendió la linterna e iluminó la estancia. Buscando algo entre la oscuridad solo logró ver las vagas decoraciones de la casa que, a la luz de la linterna, eran muy difíciles de detallar. En el centro del salón había unas enormes escaleras de concreto que subían a una segunda planta, una gran ventana se veía al fondo y pudo entrever cómo las gotas chocaban contra el cristal. Scharner, en su decidido paso siguió avanzando y subió los peldaños uno a uno mientras exploraba el lugar; las escaleras se hacían largas y ya había perdido la cuenta de cuántas eran. Entonces, desde la lejanía se escuchó una melodía. Era una melodía extraña y que te atrapaba. Era ese punto entre la calma y la desesperación, como si fuera una roca cayendo desde lo más alto que al golpear el suelo llegaba a la nota más intensa. Era tan suave, a veces tan rápida, tan dispersa. Reconoció enseguida al piano, era un instrumento que había tocado desde muy chico, cuando apenas tenía 12 años. Recordó que lo había abandonado a causa de la enfermedad de su padre y simplemente porque no quiso darle otra oportunidad. La melodía era muy conocida y parecida a la que tocaba en su infancia, aquello era como volar entre la superficie terrestre y levitar entre las sombras de ese espeluznante lugar. Al terminar de subir a la segunda planta siguió la melodía, quería encontrar de dónde venía y quién era la persona que le daba vida. ¿Por qué no había contestado a su llamado? “¿Qué quieren de mí?”, se preguntó, y su cuerpo volvió a realizar involuntariamente otro de sus incontrolables movimientos.

El sonido provenía de una habitación que se encontraba al final del pasillo de la segunda planta. Era un corredor largo, las paredes eran de algún color pastel que no pudo observar detenidamente; siguió el ritmo de sus pasos y continuo hasta el final, consiguió una ventana muy próxima que daba hacia ese cuarto. La puerta estaba al final pero se atrevería a mirar por la ventana antes de entrar. Apuntó con la linterna hacia el interior de la habitación y entre los reflejos del vidrio y la oscuridad del interior vio a una mujer sentada tocando. La mujer tenía el cabello rojo, un rojo suave que contrastaba con el vestido que llevaba, ella siguió tocando por algunos segundos. Pero cuando percibió que una luz desde sus espaldas apuntaba hacia ella se detuvo, la melodía que ella tocaba la paró y se volteó hacia él.

Aquél espectro fue la imagen más perturbadora de su realidad hecha pesadilla, su rostro

estaba desfigurado y tenía decenas de cortaduras. Ella se levantó y comenzó a avanzar hacia él, al principio, quizás por la impresión o el éxtasis que le había provocado la música, no le importó. Pero la mujer lo miraba a través del vidrio con unos ojos penetrantes que entraron por sus pupilas y lo eclipsaron; sus huesos comenzaron a hacerse más pequeños y el dolor de su rodilla volvió con intensidad. Se sentía débil y sus manos temblaban de miedo, soltó la linterna y retrocedió con el corazón acelerado y la respiración asfixiante. La mujer se alejó del vidrio por unos segundos y sus sentidos volvieron a recuperarse, pero en pocos segundos la puerta de la habitación se abrió y sabía que venía a por él. Mario se dio la vuelta y echó a correr de vuelta.

Bajó las escaleras rápidamente mientras echaba un vistazo a sus espaldas. La desesperación era tan grande que ya no lograba coordinar sus pasos ni sus movimientos, su respiración era grave y apresurada, le faltaba oxígeno. Los escalones se hicieron cortos y perdió el control, rodando por las escaleras hasta el principio de la misma, quedando tirado sobre el suelo. Perdió el sentido, la razón y la cordura del momento; sentía que su cabeza iba a explotar y podía oír un pitido que no lo dejaba escuchar con atención.

Comenzó a observar los primeros peldaños que tenía al frente, el piso estaba frío y su mejilla estaba contra el suelo. Las escaleras de concreto llevaban al piso del que había bajado huyendo, al final de las mismas se podía ver la ventana de cuadros. La lluvia golpeaba el cristal con más fuerza y una luz del jardín entraba iluminando su rostro. Entonces la vio, apareció poco a poco y se detuvo justo en el centro de la gran ventana. Solo veía su silueta, su sombra, su figura de espanto nocturno que venía a tomar por la fuerza cada parte de su ser. En la mano llevaba un cuchillo de cocina del cual goteaba algún líquido que no pudo distinguir en la oscuridad, él la había escuchado, la había sentido. Ella bajó caminando y cada segundo presintió que el fin se acercaba, escalón por escalón, peldaño tras peldaño, con el paso seguro de la muerte en vida.

Se puso de pie, debía continuar, no podía quedarse ahí. Con su mayor esfuerzo puso sus palmas contra el piso y lo rechazó con fuerza para levantarse rápidamente. Sus rodillas temblaban y sentía que su cabeza estallaría, sin embargo, comenzó a gatear hacia la salida más próxima. La rodilla izquierda se arrastraba por el piso y la sangre de su raspadura quedaba esparcida. Una puerta de madera vieja y rota en el borde derecho era su única esperanza, estaba entreabierta para que la pudiera empujar con sus manos. Se movía lentamente en su desesperado intento de escapar. Sentía sus pasos detrás de él, sentía su presencia en su nuca, sentía que el cuchillo que ella llevaba se levantaría en cualquier momento en el aire y se hundiría en su vértebra. La escuchaba mientras él gateaba, estaba ahí, quizás bajando los últimos peldaños y sonriendo detrás de su cuerpo. Era desesperante, muy desesperante no saber su destino mientras solo se arrastraba como un bebé, era cuestión de tiempo que lo tomara por su cuello y lo convirtiera en su víctima. Pero de golpe, se oyó un enorme estruendo y la puerta que tenía al frente se cerró en sus narices. Se había cerrado y ya no podría hacer nada más. Se dejó caer, se dejó perder en la muerte y la desesperación sucumbió ante la derrota. Tirado ahí, esperando la punzada de metal que en cualquier momento llegaría a su piel para acabar con su vida, volteó lentamente hacia el horror, pero con la sorpresa de no encontrar más que oscuridad y la luz de la ventana que aún iluminaba el comienzo de la escalera.

–¿Dónde estás?! –gritó al vacío buscando alguna respuesta– ¡Vete! Desaparece, no me persigas, basta.

–¡¡¡Noooo!!! –se oyó el grito de un hombre desde muy lejos en aquella casa.

El grito fue lejano pero se oyó claramente, no había sido una respuesta pues era imposible que lo hubiesen escuchado desde tan lejos. Estaba atrapado y su espalda se apoyaba contra la puerta, poco a poco fue recuperando los sentidos y su respiración se fue normalizando. Sin embargo, ahí en la oscuridad, nada era seguro.

Se levantó con decisión y fuerza, había recobrado sus energías y comenzó a caminar de vuelta hacia la entrada. Los peldaños iluminados estaban a su izquierda y volteó por instinto hacia la ventana. Ya no estaba, la mujer había desaparecido. Su caminar tambaleante seguía presente y su decisión de continuar permanecía vigente. La puerta estaba cerrada y la luz del candelabro se había extinguido, puso su mano contra la manecilla para hacerla girar y la empujó para abrirla. El chillido de la madera podrida bajo sus pies era tan fuerte que el eco de sus pasos se hacía eterno. Para su impresión, aquella puerta no era la salida, ni la entrada, ni el escape de esa casa maldita; era, nada más y nada menos que otro corredor de muerte. Ahora, ante él estaba un largo pasillo oscuro, no se veían ni las sombras, ni las siluetas ante aquella penumbra.

Recordó que llevaba en sus bolsillos un paquete de cigarrillos y un encendedor. Rápidamente, buscando algún punto de luz entre las sombras, revisó su pantalón con desesperación para encontrar el mechero. Intentó encenderlo una vez, dos veces y la tercera. Pareciera como si el viento ausente de aquél lugar apagara la llama que intentaba nacer. Con su pulgar derecho intentaba e intentaba hacer girar la rueda con la esperanza de producir la chispa al raspar la piedra, pero esta no hacía más que perderse en el aire. Creyó sentir la respiración de alguna presencia, que estaba frente a él, que caminaba despacio a su encuentro. Necesitaba hacer encender aquél artefacto, pero le era imposible.

Levantó su rostro nuevamente a la oscuridad y tuvo la impresión de ver moverse algunas formas en el aire. Entonces comenzaron sus movimientos nerviosos, su cabeza se iba a un lado sin poder detenerla, como si cientos de escalofríos recorrieran su cuerpo y su piel. Sus brazos temblaban y sus piernas vacilaban. Su cerebro no coordinaba bien sus acciones y él no podía evitarlo. Una sonrisa en su rostro se manifestó por su propia cuenta, era una mueca de dolor, rabia y desasosiego que se iba de medio lado hacia una de sus mejillas. A pesar de ello, seguía ahí parado en medio del pasillo. Nuevamente intentó hacer girar la ruedecilla y ésta, al moverse y crear la chispa, logró encender la mecha, y ahí, en medio de la madera del suelo de aquél lugar, había un hombre sin cabello y de tez blanca, estaba sentado y observándolo. Mario lo reconoció, era Facundo Carvajal, el hombre por el cual le habían imputado crímenes que él no recordaba haber cometido. Pero sin previo aviso, la luz de su mechero volvió a apagarse, y cuando volvió a accionarlo este ya no estaba.

Ya su paciencia estaba al borde del colapso y corrió hasta la habitación más próxima, entró y buscó a tientas entre la oscuridad un interruptor de luz. Lo consiguió, para su sorpresa, más rápido de lo que pensaba; y lo accionó. La luz iluminó el lugar, que no era muy diferente al resto de la interminable mansión. Escritorios de persiana, mesas de madera sólida, alfombras de pieles, plantas verdes decorando las esquinas y los colores pasteles y negro jugando entre sí. Una máquina de escribir estaba en el escritorio, a su lado una escopeta de corredera recortada con un gran cañón y encima, colgado en la pared, un espejo de bordes grises. Se acercó poco a poco y recordó esa habitación, recordó todo lo que era referente a ella. Notó como sus vellos se

erizaban nuevamente y la temperatura de su cuerpo aumentó, ya no era el frío, era el calor y el miedo por la horrible sensación de saber qué pasaría a continuación.

Se acercó al espejo y corroboró que sus sospechas fueron ciertas. Frente a él, mirándolo de vuelta, estaba el joven Mario Scharner de 22 años que había cometido uno de los asesinatos más terribles de la ciudad. Sus preguntas se hicieron absurdas cuando no pudo creer lo que veía.

Detrás de él oyó voces, seguidas de gritos y pasos que se acercaban con gran rapidez. Mario tomó la escopeta, cerciorándose de que estuviera cargada y apuntó a la única entrada que tenía la habitación. Por la puerta entró el matrimonio Carvajal. Facundo cargaba a su mujer en sus brazos y ésta estaba ensangrentada, la sangre brotaba de su abdomen. Facundo Carvajal entró, cerró la puerta detrás de él sin notar la presencia de Mario y se arrodilló ante su esposa, a quien, entre sollozos, le dijo que todo estaría bien.

Scharner se sintió tan ofuscado que se acercó al hombre y lo apuntó con la escopeta a la cara.

–¡Tú!

Facundo se dio la vuelta y lo observó con terror. Era aquella la escena que M&M tanto había recordado en la cárcel, era ese el momento por el cual había dudado tanto de sí mismo. Era él, apuntando a la pareja que estaba ante sus pies. La puerta comenzó a ser golpeada con fuerza, tanta que estaba a punto de romperse. Facundo no le dijo ninguna palabra, tan solo se había puesto en frente de su esposa para protegerla.

–¡Aléjate de mi Rosa!

Y también recordó que Rosa era el nombre de la mujer. La puerta se rompió y se hizo añicos, dejando entrar al enorme espectro que lo había perseguido anteriormente. Esa mujer, de cabellos rojos, llevaba el mismo cuchillo con el que lo había amenazado; Mario retrocedió junto con Facundo, mientras que tomaba a su esposa por los brazos y la arrastraba hasta el final de la habitación. Scharner se plantó frente al monstruo y disparó dos veces al pecho de aquella bestia. Pero eso no la detuvo, la mujer avanzó lentamente y con uno de sus enormes y largos brazos lo tomó por el cuello y, con una fuerza extraordinaria, lo lanzó contra el escritorio; rompiéndolo y haciendo caer la máquina de escribir encima de él. El espejo golpeó el piso y se hizo añicos, enviando cada corte de vidrio por toda la estancia.

Mario quedó tendido en el suelo sin respiración. Observó la escena de terror que jamás había presenciado, que jamás había ejecutado, pero por la que había sido culpado. Aquel espectro degolló a Facundo Carvajal, ensañándose contra su rostro con cada puñalada que daba y la sangre salpicando el vestido de su esposa. Rosa Carvajal estaba tendida en el suelo casi inconsciente por la pérdida de sangre que le había provocado ese animal que ahora reía malévolamente.

No entendía dónde estaba, no entendía que estaba pasando. Intentó ponerse de pie pero era débil. La mujer de rojo se levantó también y se acercó a dónde él estaba. Mario se propuso a hacerle frente, el dolor era inmenso, pero logró ponerse de pie.

La catarsis de su alma se fundía poco a poco en sus neuronas, la mujer estaba totalmente empapada, cada gota que caía de su vestido largo y mugriento hacía eco en sus tímpanos y su cerebro. Aún seguía de pie y erguido, pero su sangre ardía por dentro de sus venas y el dolor se intensificó. Dos fuertes punzadas en ambas piernas inertes le hicieron tambalear y caer de rodillas. La mujer reía una y otra vez, con las manos ensangrentadas, con el vestido ennegrecido y sucio, con sus extensos cabellos rojos, con la mirada petrificadora y con la risa oscura de aquél sueño de muerte.

Ella se volteó, y donde antes estaba el espejo comenzó a escribir en la pared una frase con la sangre de sus víctimas. Era inentendible.

Él, cerró los ojos y se escapó al olvido.

CONQUISTADOR

J. Antonio (K) Sánchez

Ilustración por el propio autor





I

-Que la Luz de Shak'ri los guie y los ilumine a todos.- Sentencio el avatar de Shak'ri mientras levantaba sus manos e iniciaba el ritual de bendición.

Los reunidos en el Santuario de Shak'ri se contaban por miles, la gran mayoría estaban con la mirada baja, en serena contemplación, otros se debatían en una callada inquietud que se podía leer en su rostros, y otros, muy pocos mantenían un semblante callado y decidido. Aquel santuario carecía de una arquitectura definida, estaba en parte esculpido en la roca, aprovechando una caverna natural lleno de piedras ámbar luminosas, que llenaban el lugar de luces de tono sepia, ocre y uno que otro matiz cálido de rubí, los rústicos asientos también estaban esculpido en la piedra, formando un anfiteatro hacia el centro de la estructura, que estaba coronada por un enorme cristal de ámbar que irradiaba una luz más brillante que el resto de las joyas incrustadas en la paredes.

Por una de las puertas entro sigilosamente el rezagado Rak'toh, que se puso apresuradamente el tocado ceremonial y ocupo un lugar aparentemente escondido, pegado a una de las paredes.

Observo a los presentes buscando por si alguien lo había reconocido y le reprochara su impuntualidad, y su respuesta llego en forma de un suave toque en su hombro derecho.

-Espero que la excusa por tu tardanza sea válida, joven Rak'toh...

-No la tengo maestro Sojh'te, es solo que...

El Maestro adopto una pose paternal, esperando la respuesta de su joven alumno.

-Tengo miedo...- Titubeo el joven.

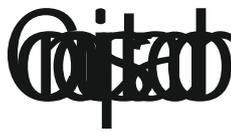
El maestro se irguió en toda su estatura y tomo al joven por ambos hombros.

-El miedo es totalmente normal, pero tú eres un ungido, ustedes son nuestra avanzada de conquista, no hay mayor honor que ese. Nuestra raza es la luz del conocimiento y el orden en la galaxia. Los humanos son peor que animales, lo has visto en tus estudios, no merecen el planeta que tienen, nosotros no seremos sus conquistadores, seremos sus salvadores.

-Pero renunciar a mi mente, ocupar un cuerpo humano y sus emociones inferiores... Eso es lo que me aterra.

-Como te dije, es normal, cada vez que te sientas asustado regresa a la luz de Shak'ri y ella te guiara al Lugar en Calma, ahora ve, ya casi es tu turno.

Rak'toh ocupo su lugar en una fila, los avatares menores repartían bendiciones e imponían la marca de los ungidos en cada uno de los jóvenes soldados.



-Rak'toh, hijo de Nekht'me, de la Casa de Thol, recibe la marca de los Ungidos, que Shak'ri guie tu mano.

Honor a la casa de Thol.

Honor a la Casa de Thol.

II

Era el momento en el que Rak'toh tenía que rendir su ser a los Maestros de Ciencia y así mudar su mente a un cuerpo humano.

Era difícil de admitir, pero el miedo permanecía, sus manos temblaban, su mente le mandaba imágenes que le causaban ansiedad. Trataba de enfocarse, concentrarse en el ritmo monótono de los aparatos, en el goteo intermitente que producía el sistema de enfriamiento, cualquier cosa que enfocara su mente en otra cosa, algo que no fuera su propio miedo.

-El procedimiento está listo, acompáñame.- Interrumpió uno de los Maestros.

Rak'toh camino detrás del Maestro de ciencia, después de varios pasos se detuvo, miro a través de los paneles anti radiación, en el horizonte la gran estrella de Ka'dir creaba el primer atardecer en tonos naranja y rojo, en un par de ciclos mas, la segunda estrella Ka'roh se ocultaría y llegaría la noche. Desde niño a él le había gustado la noche, tan tranquila y callada y desde el cataclismo, tan oscura y carente de vida, aun con los medios que la tecnología les proporcionaba, era difícil sobrevivir en aquel ambiente hostil, le costaba trabajo creer que el cataclismo hubiera hechos pedazos lo que el recordaba. Esa era una razón, y se le ocurrían muchas más, era necesario conquistar el mundo humano, él se lo iba a arrebatar a esos seres inferiores llamados humanos.

El Maestro de Ciencia recitaba los pormenores del procedimiento, los asistentes lo tocaban, y los avatares de Shak'ri entonaban sus canticos de bendición, pero todo eso a él le parecía vano y superfluo, lo que el maestro de ciencia decía ya lo sabía, lo había estudiado, cada palabra según el texto, las bendiciones... Bueno, el nunca había sido muy religioso, nada había en ello que él no hubiera memorizado con antelación o algo en las oraciones que lo confortaran, esto era sobre raciocinio y destino tal vez, después de todo, había nacido para ser un ungido.

-Honor a la Casa de Thol.- Dijo el maestro de ciencia mientras colocaba la diadema.

-Honor a la Casa de Thol,- Contestó, mientras cerraba los ojos.

III

Una luz blanca brillante perforo sus ojos, se tuvo que llevar las manos a la cara para mitigar la sensación.

-Ya te acostumbraras, la incomodidad es mas psicológica que física.-Entrecerró los ojos para poder enfocar de donde provenía.



-Que Shak'ri guie nuestras manos hermano, Soy Moll'Kh, hijo de Hoff'Ne de la Casa de Genkh.

-Que Shak'ri nos guie.

-Soy un monitor, elijo sujetos para que nos sirvan de recipientes y los acompaño los primeros ciclos para que se acostumbren a su “humanidad.”

-Una labor importante.

-Todas nuestras labores son importantes. El humano que te elegí tiene un cargo importante en el gobierno, lleva por nombre Paul Smith, su género es lo que aquí llaman masculino, el resto de la información que necesitas saber esta en esta unidad de datos que ya revisaras después, trata de ir con calma los primeros días en lo que te acostumbras, si necesitas localizarme a mí, o a otro de los contactos del Enclave, ve a esta dirección o llama a este número.

Los dos objetos le fueron entregados y aquel “hombre” salió por la puerta, dejando solo a Rak'toh, que se quedo observando los objetos en su mano, identificándolos por las imágenes y las clases que había recibido, aunque ahora en su mano, todo le parecía extraño y ajeno.

Se puso de pie, analizando los componentes de su nuevo cuerpo. Si bien los humanos y los Kajh'im, se parecían en algunos aspectos de su fisiología, haciendo que la transferencia mental fuera posible, como especie y como individuos eran muy distintos. Ahora tenía un dedo de mas en cada mano y en cada pie, y se sintió primitivo, su cabeza tenia menor volumen y sus ojos eran más pequeños, cosa que lo hizo sentir aun más primitivo, su abdomen se sentía abultado y algo bulboso, y sus piernas eran más largas que en su anterior cuerpo, eso lo hacía más alto, y lo más desconcertante era el pedazo de carne que pendía de en medio de sus piernas. Sabía que esa cosa servía para las funciones reproductivas de la especie, así como para el drenaje de desechos, lo cual le parecía un error de diseño. Los Kajh'im se reproducían de manera asexual, y habían descartado los géneros desde hacia milenios, por lo que un retroceso evolutivo así, le hacía sentir degradado, incluso sucio, pero tal era la carga para todos los ungidos... Sus pensamientos se coartaron al abrirse de nuevo la puerta.

-Oh, ya te levantaste, ¿ha venido el medico?

Rak'toh no contesto, solo se le quedo viendo a la mujer que lo veía con un gesto de aparente interés.

-Tomare eso como un no.

Y sin decir más la mujer volvió a salir.

IV

Días después “Paul” aparecía ante la prensa, su sonrisa ensayada proyectaba la imagen de hombre de mundo que se le había planteado, su esposa al igual que él mantenía la misma apariencia, salvo que a diferencia de él, ella no era un Kajh'im.

-Agradezco a todos los presentes su preocupación, pero la crisis ya paso, y en un par de días más estaré de nueva cuenta en el congreso. Seguiré manteniendo mi posición en frente al conflicto entre nuestras naciones... ¡Ahora más que nunca no me mostrare débil!

Un aplauso generalizado se deajo sentir entre los presentes mientras “Paul” se alejaba del brazo de su esposa, sonriendo y saludando como todo un político avezado, y abriéndose paso entre la multitud ambos entraron a una limosina. Margaret, la esposa de “Paul” comenzó a retocar su maquillaje, con cierto gesto petulante.

-“No me mostrare débil”... Interesantes palabras de quien hace años que no puede tener una erección.

“Paul” la miro indiferente.

-Sigue sonriendo cariño, en un año cuando tu periodo termine, yo me hare cargo de todo, solo sigue con las apariencias.

La limosina continúo su camino, y ambos continuaron en silencio. Solo hasta que llegaron a una concurrida mansión, Margaret mostro indicios de interés.

-No me esperes despierto querido, tengo mucho que socializar.-Sonrió malvadamente, mientras cerraba la portezuela casi en la nariz de “Paul”.

-Maldita hembra -se quejo en casi silencio.

Se hundió de nuevo en sus pensamientos, en la idea fija que había tenido días atrás. ¿Acaso era posible que sus ideas se hubieran mezclado con las ideas del anterior dueño de su cuerpo? ¿O acaso en el fondo eran demasiado parecidos? Nunca antes lo habían sobajado de la manera en la que lo hacia la hembra humana, compañera de su cuerpo anfitrión, salvo tal vez su padre, que siempre minimizaba sus logros, y lo hacía sentir menos que desecho.

Su teléfono sonó, interrumpiendo sus pensamientos.

-Que Shak'ri guie nuestras manos hermano. Ve al lugar del Enclave, los emisarios traen noticias.

“Paul” no dijo nada, se limito a darle una nueva indicación al chofer y regreso a sus pensamientos anteriores. La limosina se detuvo frente a la Iglesia de la “Luz de Sari”, una secta relativamente reciente, que en el último par de años había ganado números seguidores y cuyas iglesias habían comenzado a expandirse por el mundo. “Paul” llamo a la puerta y una mirilla se abrió.

-Que haya honor en tu Casa.

-Honor a la Casa de Thol.

V

Tambaleante “Paul” entro a su mansión, era la primera vez que sucumbía a una necesidad humana, había bebido alcohol, su sinapsis no era coherente, su nivel de hidratación había bajado, su habla y coordinación estaban mermando, ¿Cómo era que los humanos encontraban gusto y placer en aquella tortura auto inducida?

Aunque según sabía, los humanos lo hacían para celebrar, para ocultar su pena, os implemente con fines recreativos y sociales, era difícil de expresar, que el dolía saber que su padre, el gran Nekht'me, patriarca de la casa de Thol había partido para unirse a la luz Shak'ri, con el resto de los antepasados, ¿Acaso la sensación de depresión en su pecho era de él, o solo un síntoma de que la humanidad lo estaba permeando?

¿Su padre tenía razón y alguien débil como él traería el deshonor a la Casa de Thol? Se tiro en un sofá, sintiendo que todo giraba a vertiginosamente a su alrededor, aquella sensación que según sabia era llamada nausea lo invadió, trato de ponerse de pie y tropezando con una mesa de centro, cayó al piso y así de rodillas, vacio todo el contenido de su estomago en el piso. Consiguio ponerse de pie de nuevo, los síntomas habían disminuido, pero aun permanecían, volvió al sofá y cerró los ojos.

La puerta se abrió de golpe, Margaret entro, su boca estaba unida a un macho de la especie, sus manos se agitaban y tocaban mutuamente, entre jadeos y demás ruidos extraños. Ninguno de los recién llegados repararon en la presencia de “Paul”, solo hasta que cayeron encima de él.

El solo observaba, no sabía qué era lo que debía de hacer, sus múltiples ciclos de estudio en comportamiento humano jamás habían mencionado algo similar a su situación.

-Creo que es hora de irme Maggie, te llamo después.

Ella no dijo nada solo se puso de pie y encendió un cigarro mientras veía al otro hombre salir.

-Aun con tu patética presencia conseguiste arruinarme la noche... ¿Sabes quién era él? No claro que no lo sabes, eres tan idiota que ni siquiera sabes quién es quién en tu jodida oficina...

“Paul” no decía nada, la sensación de mareo se estaba desvaneciendo, había algo... Una sensación caliente en las tripas y en su cabeza, en su cuerpo original jamás había sentido algo parecido, y sea lo que fuere, podría jurar que hacía que su sangre hirviera.

-¿Cómo fue que termine casada contigo? ¿Fututo prometedor? ¡Patrañas! Eres el ser más patético que he conocido. Muerto de la cintura para abajo, incluso el perro se lo hace a mi pierna con más pasión que tu...

“Paul” seguía callado, lentamente se puso de pie, su mirada estaba fija en un pesado cenicero de cristal cortado, dio un paso, dos, el tercero lo puso al alcance de su mano, la voz de Margaret era un chillido molesto, como el sonido de un grillo que necesita ser silenciado con la

El Enclave ya lo sabía, su sueño de poder quitarse ese envase de piel se veía más cercano, deshacerse de todos los humanos, o los mas posibles sonaba tentador, tampoco la idea de tener esclavos humanos le desagradaba del todo, pero mientras todo eso formaba parte de los planes a futuro, en el presente lo mejor sería deshacerse del camafeo, si alguien lo veía, seguramente comenzaría a preguntar, y sinceramente, no estaba de humor para responderlas, pero al buscarlo en donde estaba seguro de haberlo puesto, ya no estaba.

VII

Marcia Jones era alguien común y corriente, típica jovencita soñadora que había huido de un ambiente represivo en pos de un sueño de ser actriz, pero entre eso y el ahora estaba su empleo de mesera, que esperaba le sirviera para poder pagar se un viaje a la meca del cine. Este día en particular las propinas habían sido pocas y los clientes difíciles, tras diez horas de soportar insultos, piropos mal intencionados y unas zapatillas de tacón, lo único que deseaba era su cama, aunque para ello tenía que caminar varias cuadras hasta la parada del autobús.

Habituada al barrio, caminaba aprisa, no quería perder el autobús, además escuchaba pasos detrás de ella desde ya hacía rato y eso la hacía sentir incomoda, tratando de pasar desapercibida, llevo su mano a su bolso y al spray de pimienta que traía en el. Los pasos se acercaban mas y su mano ya había tocado la lata del spray, con el corazón saliéndosele del pecho volteo a ver hacia atrás, y vio la figura de un tipo que iba caminando justo una cuadra atrás, ya estaba en la parada del autobús, tenía que decidir, seguir caminando o esperar y aceptar la idea de usar la pimienta, en la parada del autobús estaba también un hombre, leía el periódico y parecía estar inmerso en sus asuntos, ¿debía de pedirle ayuda?. El hombre se puso de pie y doblo el periódico bajo su brazo, Marcia se acerco a el por mero acto reflejo, y le dijo buenas noches tímidamente.

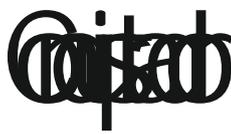
-Buenas noches -dijo él con cortesía,

-Disculpe, no lo quiero incomodar, pero...

El hombre no dijo nada, tampoco mostro señales de estarla escuchando, solo volteo hacia donde venia la figura del otro hombre que ya estaba a unos cuantos pasos, y el otro, solo cambio de acera.

Marcia respiro aliviada, viendo que el otro hombre ya daba la vuelta a la esquina, y se disponía a darle las gracias al hombre del periódico cuando un dolo punzante en el estomago la hizo llevarse la mano a él. El hombre del periódico la veía con una mirada vacía y con un cuchillo ensangrentado en sus manos, quiso gritar, pero una segunda cuchillada le cortó la garganta, Marcia cayó al piso de rodillas, mientras su atacante dio una tercera cuchillada en el pecho, una cuarta, quinta, sexta...

“Paul” siguió hundiendo el cuchillo frenéticamente hasta que el cuchillo topo con el pavimento y el rebote corto su propia mano. Su respiración estaba calmada, su pulso igual, pero la emoción que lo inundaba era única, intoxicante, lo hacía sentirse sorprendentemente cómodo dentro de esa piel, que odiaba, hizo un rápido calculo mental, esta era su víctima número 34 desde que había matado a Margaret.



suela del zapato. Arrojo el pasado cenicero esperando acertar a la cabeza, pero solo consiguió estrellarlo en la pared a medio metro de la cabeza de Margaret.

-Por fin una maldita reacción! Al fin veo que tienes algo más que agua en las venas, pero mira... Un intento tan patético como el hombre, no podrías acertarme aunque mi cabeza fuera tres veces más grande, no eres más que un trist...

La frase se corto cuando “Paul” tomo a Margaret por el cuello y sus regordetas manos comenzaron a apretarlo, ella trastabilló, y sus manos se aferraron a las del hombre que tanto había insultado, en sus ojos desmesuradamente abiertos se veía el mas autentico miedo. El corazón de “Paul” latía sosegado, su mirada estaba fija en los ojos de Margaret, de nuevo la pregunta ¿Era él o es que acaso el humano lo estaba poseyendo? No deseaba detenerse, quería seguir apretando aquel objeto de materia basada en carbono, una cadena de proteínas, animada por procesos químicos, lo mismo que un animal, mejor dicho, inferior, Y continuo apretando, aun y cuando ya habían pasado varios minutos sin que Margaret diera muestras de vida.

VI

Había transcurrido ya dos años desde que Rak'toh estaba en el cuerpo de Paul Smith, de Senador a ahora candidato a la Presidencia, sus políticas de cero tolerancia en casi todos los aspectos políticos y sociales, habían hecho que ganara numerosos adeptos en los sectores conservadores del país, además de el hecho de que el trágico asesinato de su esposa acarrearba simpatías de acuerdo a las encuestas. Ahora, en su casa de campaña, esperaba los últimos resultados de los conteos rápidos, que seguían favoreciéndole en un 54% de los votos contados.

Todos guardaron silencio cuando el Comentarista comenzó a hablar, “Paul” cerró los ojos, si el ganaba, el destino de los humanos tenia los días contados. El aplauso ensordecedor le arranco una sonrisa, levanto amabas manos en señal de triunfo y comenzó a estrechar manos. Había ganado.

Horas después, la prensa de había retirado, así como sus colaboradores cercanos, por primera vez en días estaba completamente solo, sentado en su oficina, bebía el liquido ámbar proveniente de una botella de etiqueta negra, un gusto culpable y humano que había adquirido. Mientas bebía tomo distraídamente un objeto de su escritorio y comenzó a jugar con él en su mano, solo hasta que el vaso se vio vacio reparo en el objeto...

Era el camafeo que Margaret usaba.

Era algo imposible, su lógica le decía que sus sentidos lo estaban engañando, estaba seguro que el camafeo estaba junto con el cadáver cuando fue incinerado... Su teléfono sonó y puso el camafeo en el escritorio de nuevo.

-Que Shak'ri guie nuestras manos Hermano. El Enclave te felicita por este logro, en tu nueva posición serás de mucha utilidad para los planes del Enclave a corto plazo, espera instrucciones por los medios habituales.



VIII

¿Cómo describir la cima del mundo? Metafórica, no literal. Era una pregunta que a veces se hacía “Paul”, Líder del Mundo Libre, Adalid de la Democracia, Ejemplo del American Way of Life, infinidad de adjetivos para definir una posición, que a él le encantaba, el poder el control, y todo lo que ello implicaba. Los enemigos del país estaban alineados como si de un juego de bolos se tratase, y con ello el Plan del Enclave para la caída del Hombre como especie dominante del planeta ya era solo cuestión de días, solo esperaba la señal de que era hora de echar a andar la maquinaria de Guerra que iniciaría un conflicto calculado por los numerosos Ungidos alrededor del mundo, solo una señal...

-¿Sr. Presidente? El Gral. Strong y el comité de Seguridad Nacional lo están esperando en la sala de guerra.

-Gracias Jane, voy para allá.- Sonrió “Paul”.

La reunión termino sin contratiempos, los Ungidos con cargos militares ocupaban posiciones de poder, solo un puñado de humanos estaban en el comité de Seguridad, mismos que dentro de poco serian sustituidos para acallar hasta la mínima disensión que recientemente habían mostrado ante las acciones de “Paul”, la señal había sido dada, El Enclave se rebelaría a la humanidad dentro de poco justo cuando toda esperanza de rebelión pudiera ser controlada, La victoria ya podía darse como un hecho.

-Thol Rak'toh...-dijo con voz seca, a causa de el alcohol que había bebido.

Esperaba que al repetir su nombre frente al espejo, se le olvidara que estaba en aquella prisión de carne.

Pero no era suficiente, aquel cuerpo sentía dolor, se había enfermado, sufría de hambre y sed, en resumen era débil. Aquella biología primitiva e imperfecta era menos que suficiente para un Conquistador Kajh'im. Y lo peor de todo, en el tiempo que había usado aquel cuerpo, había adquirido también algunos molestos hábitos humanos, el alcohol era uno, la copula con hembras era otro, el asesinato... bueno, eso era algo que aun en su cuerpo Kajh'im habría disfrutado, pero las emociones que aquello le producía era una historia distinta.

-Te engañas solo, Rak'toh.

“Paul” volteo, buscando el origen de la voz, pero estaba solo, el enorme cuarto de baño estaba vacío, solo él estaba ahí, abrió el grifo del agua y repetidamente hecho agua en su rostro esperando que aquello fuera efecto del alcohol.

-Te engañas solo, Rak'toh.

Ahora la voz le causo ira, furioso arrojó la botella de bourbon en contra de uno de los muros de mármol, buscando hacer blanco en algo indecible, intangible, pero atemorizante. Volvió a verse en el espejo y ahora dijo con una voz más fuerte, que rayaba en un grito.

-¡ Soy Thol Rak'toh, hijo de Thol Nehkt'me, Ungido y Conquistador de la Casa de Thol ¡

-¿En realidad lo eres?- Dijo burlescamente la voz.

-¡Soy un Thol, un heredero de mi raza¡ ¡No le temo a fantasmas!

-¿Y quien dijo que yo era un fantasma? En este cuarto solo estas tu... y estoy yo.

“Paul” se quedó en silencio, un sudor frío perlaba su frente, si mirada seguía buscando algún escondrijo, algo que le pudiera servir de escondite a alguien, pero aquel cuarto incólume estaba solo ocupado por él.

-¿Quién eres?-pregunto con Ira.

-La pregunta más correcta seria ¿quiénes somos?

-¿Somos?

-Sí, soy el fantasma de Paul Smith hablándole a la mente de Rak'toh o eres Rak'toh, contaminando por la humanidad, atrapado en el cuerpo de Paul Smith.

-Yo soy... Thol Rak'toh...

-¿Y por qué titubeas al decir ese nombre?

-No titubeo, es solo el alcohol que he bebido...

-No suenas muy convencido.

-¡Tengo nada que comprobar!

-Aunque te lo repitas un millón de veces no significa que en realidad lo creas.

-Eres una alucinación...

-Las alucinaciones no saben cosas.

-¿Qué puedes tu saber de mi?

-Sé lo que amas, sé lo que odias, y sobre todo sé que yo soy Paul Smith hablando a Thol Rak'toh, heredero del legado de Paul Smith, el Asesino.

-¡No puedo creer eso!

-¿No me crees a mí? Créele a los hechos, segundo cajón izquierdo del escritorio del estudio en la mansión Smith.

-¿Y qué hay ahí?

-No te lo diré, es mejor que lo veas por ti mismo. Un zumbido aturdía los oídos de “Paul”, sus ojos, muy abiertos se movían de un lado a otro, augurando la locura.

Se vistió de prisa y le pidió a su chofer llevarlo lo más rápido posible a su antigua mansión, y mientras viajaba, su mente se debatía en mil y un respuestas posibles a aquello que había pasado en el baño.

Tan pronto llegó a su mansión corrió a su estudio y desesperadamente busco las llaves del escritorio y abriendo el cajón, vio su contenido y con un grito animal lo arrojó al piso. A la luz del estudio brillaban en el piso varios crucifijos, aretes, cadenas y demás joyería, algunas piezas aun llevaban manchas de sangre, contó aquellas piezas. 81 en total.

-Tu ya no eres Rakt'toh, eres Paul Smith, acéptalo.

¡Noooo!

-Bebes, Fornicas, Incluso Matas como Paul lo hacía, como Yo lo hacía, incluso usas el mismo cuchillo.

-¡Cállate!

-No puedes huir de la verdad, Tal vez me “mataste”, usurpaste mi cuerpo, pero jamás mataste mi mente, Yo te mate a ti.

“Paul”, ya no contesto, se despojo de la corbata, y camino de vuelta a su limosina. Sin perder tiempo se dirigió a la Sala de Guerra, el Gral. Strong que aun estaba ahí, lo miro inquisitivamente.

-¿Todo está bien, señor Presidente?

-Sí, todo está bien, quiero los códigos de los Silos Nucleares, haremos un simulacro.

Strong estaba extrañado, pero aun así, este tipo de simulacros estaba dentro del protocolo, y a regañadientes le dio los códigos y le mostro una llave cromada que llevaba atada al cuello.

-Esta es mi llave, señor Presidente, con su llave y los códigos podemos autorizar los lanzamientos.

“Paul” se acerco al General, lo miro a los ojos cuando hundió su cuchillo en su cuerpo, el General trato de defenderse, pero la cuchillada había sido directa al corazón, y tomando el arma de cargo del militar disparo a cada uno de los que estaban en el cuarto, no sin antes recibir un disparo de un guardia avisado que adivino la intención del enloquecido Presidente.

Con pasmosa calma, “Paul” aseguro la única puerta a la sala de Guerra, y después introdujo los códigos y las llaves para desatar el Armagedón.



-Señor Presidente, ¿q-qué es lo que está haciendo? -dijo uno de los guardias, agonizante.

Lo necesario. Este mundo me contaminó, llenó de inmundicia mi mente. Créeme, le hago un favor al Universo.

“Paul” se dispuso a girar la llave, peros su cuerpo se sacudió, el guardia aun agonizante, disparo tres veces antes de soltar su último aliento. Rak'toh cayó al piso, herido de muerte también, su mano tambaleante no soltaba la llave, y con movimientos vacilantes y temblorosos, giro la llave, haciendo que toda la sala se iluminara en rojo, al compas del sonido de una sirena.

-Honor a la Casa de Thol.

MIXT-EROS-IDES

Gladys Cepada

Ilustración por la propia autora



Hemos llegado a la noche de los tiempo... podría ser el encabezado de mi historia pero creo que buscare otras palabras... Cómo comenzar, tal vez remontar a los inicios... pero de ello hablare después cuando pueda.

Ya no me quedan restos de memoria para no perderme en este planeta desconocido, se que al no estar allí tal vez me llamaría exiliado pero podría ser un extranjero, si porque no llamarme así a alguien que debió alejarse de su hogar . Pero estoy aquí .me siento perdido en mi ¿dónde estaré? ¿cómo se llamará este sitio? ¿Habrá otros como yo?

Avanzo como puedo, con una lentitud profunda, sintiendo la presión de la voluntad y de la necesidad que se genera desde si ,se que no estoy en la Tierra, me faltan elementos para poder encontrar mi ubicación.

Antes era un estudioso, un investigador que realmente tenia acceso a todo la información almacenada proyectos científicos, curiosidades o rarezas ocurrían en nuestra civilización y me aventuraría a decir en el universo, aunque parezca una osadía) esto no sucedía por mi trabajo ya que era empleado en una fábrica, pero siempre me atrajo lo desconocido... se podría decir que era un obsesivo...

Me había equipado con un súper telescopio y en mis computadoras puse nuevos complementos para llegar mas lejos. Arme archivos secretos con clausulas especiales, comencé a escribir notas, porque intuía que alguien podía robarlas y era peligroso, era una situación ambigua ya que no se prohibía expresamente pero se percibía una continua sensación de control por todas partes.

Comenzaron a llegar un aluvión de avisos sobre nuevos planes (top secret) donde se harían pruebas con nuevas drogas que a largo plazo darían resultados catastróficas, pero que según la organización de la salud era para prevenir ciertas nuevas enfermedades, luego de hablaba de que se iba a enviar en supuestos viajes hacia el espacio a comunidades enteras como parte de este experimento, se determinaba que iban a seleccionar personas y que ya se estaban confeccionando listas, temíamos estar en alguna, por supuesto de esto se hablaba oficialmente como información amarilla para sembrar el malestar general, pero entre algunos que estábamos en el grupo Delfix sabíamos que eran certezas y comenzamos a reunirnos en forma secreta para evaluar todas las posibilidades, para organizar un plan, y alertar al resto pero nuestras pruebas no servían creerían que estábamos dementes, salvo por los correos que solíamos recibir y enviar, entre la información detallada que parte de esto se basaba en los grupos sanguíneos, y que podrían degenerar en ciertas anomalías de conductas que ademas contagiarían al resto, otros hablaban de enviar a presos porque había una superpoblación de ellos, en las cuevas ya no había espacio, y que se los prepararía de manera especial pero nosotros que eso significaba el exterminio.

Luego de una de esas reuniones a la madrugada mientras regresaba, por uno de los parques sentí un brusco golpe sobre los hombros entonces quede en estado de inconsciencia. Desperté en un extraño aparato completamente desconocido, parecía una nave aeroespacial de las había visto en videos, pero seguía atontado por el golpe casi en estado de shock del que me fui recuperando lentamente. Estaba en cuclillas llevaba un traje de un material sintético y un visor con tubos para poder respirar conectados a mi garganta, una cinta magnética que estaba

bajo mi cuerpo me tele transporto hasta salir de el. Me encontré en un lugar rocoso y lleno de agujeros en el piso expulsaba lava de un material desconocido, echaba ráfagas de calor, también miles de vapores creo eran sulfurosos porque me recordaba a los antiguos volcanes, los cuales alguna vez había visitado en mis viajes, El cielo era rojizo por la intensa lluvia ácida que quemaba, también pude ver miles de cuerpos estelares que se cruzaban y a veces dejaban restos que hacia cambiar el color el horizonte, se podía percibir una intensa carga eléctrica magnética en todas partes, varios pequeños aerolitos cayeron cerca de mi provocando convulsiones, salí despedido hacia varios metros, quede tendido entre unas extrañas plantas blancuzcas que irradiaban luces y estaban rígidas parecían congeladas, yo me mantenía protegido gracias a mi traje. Sentí un ruido extraño como un pequeño receptor seactivara, luego de la catástrofe. todo se calmo ,arriba se puso rojo otra vez.

Era como un antiguo desierto de los que encontraba en tratados de geografía con algunos detalles alternativos, a la distancia se veía miles de formaciones elevadas como montañas y lomas, anduve lentamente sentí sed y hambre, entonces el sensor comenzó a sonar dentro de un tubo que pasaba cerca de mi boca largando una pasta que me saciaba, mi pulso se acelerara anduve hasta una distancia considerable, estaba agotado trate de llegar a la maquina, pero ya no estaba. en el lugar quedo un pedazo de material incandescente y amarillento que comienza a secarse y enfriarse, formándose acumulaciones de un polvillo que parecía suave, lo roze, note que lo era y me recosté sobre el quedando bastante cómodo donde pude estirarme libremente y curiosamente descansar.

He abierto mis ojos, pero ya no estoy en el mismo lugar, no se que esto, ademas perdí la noción del tiempo, podrían ser horas de estar aquí o años, me siento entumecido y ahora yazgo semidormido no traigo el traje y tengo extrañas sensaciones totalmente desconocidas que no son nacidas de mi razón ¿ qué sucedió? ¿Podría tal vez asociarlo como parte de ese plan premeditado?, creo que fracaso nuestra investigación, o tal vez sea algo azaroso, un error de cálculos en los sueños de la naturaleza y se produjo un espontaneo viaje hacia una nueva galaxia, tal vez en un universo paralelo donde puedo encontrar las cosas que hemos desechado alguna vez, objetos inútiles que solían molestarnos o los que pensamos perdidos, mas lejos tal vez existe un lugar que crea formas, hace realidad las ideas imposibles, las palabras perdidas.

¡Que festín se haría nuestro miedo! Creo seria el que habría conformado este mundo. ¿porque me habrá elegido para habitarlo siendo alguien que creí no padecerlo o en algún lugar hundido yacía guarda... pero tal vez estoy muerto, tal vez sea el fin de algo y el comienzo de otra cosa, pero que me aventura a no estar de la mejor forma. Una maldición.

Entonces comienzo a tener conciencia de todo, comprendo que es completamente lógico porque no estar en otro planetoide, ser un cosmonauta, y tener que tomarlo con calma a pesar de las perspectivas negativas, voy tratando de incorporarme, pero me desplomo. Para no seguir lastimándome, observo detalladamente a pesar de encontrar trabas... un vapor que sale de los rincones no me lo permite, ahora el sitio parece pequeño como si fuera un cuarto hermético o un laboratorio no muy sofisticado, aparentemente despojado, entre tinieblas , comienzo a palpar el piso

Es húmedo y cubierto por una textura parecida al telgopor, duro y a la vez poroso, debo tener muchísimo cuidado, noto que quedan restos de la piel esparcida en parte y quedo con la carne y los huesos al descubierto el dolor me hace odiar y maldecir, quiero gritar pero mi boca

queda muda, no tengo palabras que puedan expresar mi sentir. comienzo a tocarme pero en todas partes es igual, lo mas espantoso, es que alguno de las vísceras están expuestas, !pero no caen ,ni cuelgan ya que son contenidas por enormes cicatrices que parecen cocidas a lo que queda de piel y por unos cables o tubos como sondas bastante livianos mientras que no intente hacer movimientos bruscos pues un ardor me corroe y ademas se enredan provocando dificultades, alzo la cabeza.

Una extraña luminosidad desciende abrupta mente desconozco su procedencia pero me permite ver con mas nitidez, es mas amplio de lo que pensaba, a unos metros hay una gran abertura ¿sera una salida? ¿O una puerta hacia algo interminable tal vez el comienzo de un abismo? por mi experiencia y conocimiento nunca había pasado por algo parecido a pesar de haber atravesado por todos los limites que pueda tener un ser humano. pero ahora la conclusión sobre lo que intuíamos de nuestra civilización en relación al universo era limitada, habíamos ya atravesado hasta lo mas recóndito e imposible que antes se había osado pero nuestra tecnología era mas limitada de lo que pensábamos, tal vez todo estaba asociado a las antiguas culturas y sus folclores o a las obras del arte de siglos pasados que veíamos en exposiciones que retrataban su cosmovisión y también como nos proponían los miles de libros secretos con sus explicaciones del origen...

Creo que esta vez era la primera que el universo se nos había escapado de nuestras manos, en profundidad se diría que todo. estaba manejado por un ente con una mente poderosa o solo es una casualidad y realmente es producto de una extensa y profunda pesadilla en la que había penetrado y ahora no podía escapar...

El panorama es abrumador y alucinante. ¡El lugar esta repleto de figuras geométricas! De todas las formas tradicionales hasta las mas extrañas llegando hacia lo infinita capacidad que les produce su propio movimiento porque realmente crea un estado de excitación, aferrándose al estado de nuestra alteración de la conciencia, volando, saltando, rompiéndose en mil pedazos para volver a unirse y crear una nueva forma, como si todo se hubiera convertido en una manifestación del poder dejando pequeñas estelas en millones de huecos esponjosos, donde miles es esporas se aferran a las elipsis en cada espacio. era como un salón de juegos macabro para niños, que atraía pero a la vez producía rechazo, al que no podía acercarme totalmente.

-Bimpsi, bimpsi, bimpsi - se escuchaba.

Eran ciertos seres con el cuerpo pequeño cubierto de puás, miles de ojos brillasen y metálicos subían sobre mi cuanto mas podían mas trataba de echarlos, pero estos se prendían y apareaban sobre mi epidermis o lo que quedaba de ella ya que se entremezclaba en parte con mis fluidos. una mezcla de estupor y repugnancia me dio la fuerza necesaria para alzar la mano. Comencé a tirarlos de un golpe. Estos, sorprendidos, sacando unas pequeñas alas plegables salían disparados hacia lo más lejano. Otra vez estallaron esos recuerdos... sobre mi realidad presente, mi corazón comenzó a agitarse y mi cuerpo a moverse con mas velocidad... apariencias siguen dando vueltas en mi cabeza, tal vez no y este sea el resultado en parte de la exposición a los que me sometí, (pruebas difíciles con manuales de supervivencia solo era producto de mi mente afiebrada, una alucinación post -traumática de las continua exposición a los rayos catódicos y gama uba prob, cuando comencé las pruebas de los nuevos ultra conversores.

En fin... esto ya no importa ahora. Sólo sé que es real, podía percibirlo vivamente, casi en las entrañas.

Estoy en un sitio inhóspito. Siento pavor. Todo lo percibo como una extraña forma de castigo aunque no se ven en apariencia rejas o guardias... Me atacan ruidos, molestos y torturan tes.

Sospecho sobre si todo esta manejado por una mente perturbada, superior, obsesionada por las formas perfectas. Tengo la impresión que por momentos regreso a mi estadía anterior...

Una luz azulada empezó a alumbrarlo todo pude incorporarme lentamente, todavía los cables se me hacían pesados y torcían encomendándome como antes... Ahora siento gélidez se podría comparar a una capa de hielo que hubiera caído abrupta mente, pero en realidad el frío no era externo si no que nacía de mi.

¿Hasta cuándo seguiré convertido en esto? En un ser sin voluntad, débil, enfermizo.

Desperté y una fuerza centrifuga me llevaba a experimentar toda clase de cambios, la frustración me somete ante este estado de caos, lentamente me fui recobrando ahora la luz blanquecina y brillante comenzó a expandirse y quedo todo al descubierto, los cables ahora son más anchos, parecidos a tubos que absorbían líquidos pastosos y pestilentes que no cesaban de salir y pasaban directamente a mi torrente sanguíneo que yo sentía como una invasión pero que aparentemente era parte de un nueva nutrición ya que luego saciaba cualquier necesidad, salvo el dolor persistente, pues los tenia insertados en distintos partes. Otra vez esa misma fuerza que impulsaban los cables me arrastraban, a una distancia extrema.

Comencé a sentir el fulgor de un brillo y vi que ahora era otro el lugar estaba repleto de arandelas, tornillos clavos y que apenas se contactaba lanzaba descargas eléctricas temeroso ante sufrir una descarga, retrocedí. Al instante creció un hueco. Me arrastro hacia un extraño conducto largo e interminable cubierto de piedras y de esqueletos de seres desconocidos creo que eran aquellos bichos que caían en esa trampa mortal pero otra vez iban como una plaga donde el liquido que se desbordaba por los costados hasta casi ahogarme y provocarme nauseas sentí una presión violenta en mi glotis, que se engrosaba como el tamaño de una inmensa pelota, ceso y tuve una sensación de placidez pero arriba seguían la invasión de las figuras volando rebotando y rodando hacia el suelo, lograba esquivarlos pero no siempre podía ya me rozaban llegando a pincharme y a rasgarme.

Otra vez la alarma explotando sobre mis orejas con un chirrido insistente y ensordecedor. ¿Sería otra advertencia? Yo no podía dejar de buscar alguna señal o significado de cada elemento. Pude enderezarme más. Las figuras ahora se habían endurecido como si esto me hubiera impulsado.

Comencé. Todo se iba ampliando en mi visión pero no alcanzaba a recorrerlo. Todo es infinito, con dificultad, ese ardor no cesa y esos malditos, cables que salen de distintas partes tironean el cuerpo. He despertado con un sudor pegajoso.

Llega una corriente de aire que pega en el rostro o lo que creo es. Trato de acomodarme

me cuelgan pedazos de piel y parte de mis huesos también expuestos que aun conservan parte de su carne carcomida o tal vez quemada. Parezco esas figuras extraídas de los viejos tratados de medicina que solía encontrar tirados entre los archivos de la biblioteca o en el cementerio, cuando todavía salía de búsqueda. El dolor me domina como si fuera a deshacerme pero creo que las sustancias me sostienen como si portara una columna, antigua civilización o sistema del futuro, como si despertara y lo que queda de mí me hiciera verme como una alucinación.

Un ruido intermitente ensordecedor me tiene atontado y creo que van a estallar mis tímpanos. Me retuerzo pero sigo avanzando entre los obstáculos y siento como se enredan todos mis conexiones. Es una marcha pesada, mi mente por momentos trata de darme fuerza ordenándome el panorama, como una extraña fuerza nacida del mismo aire, que ahora es más liviano y respirable. Me da un empujón. Rayos azulados, violáceos caen desde todas direcciones, elevándose mucho más a una distancia mucho más alta. Entonces ese extraño campo de las figuras es un límite bajo; encima, los tortuosos caminos de maquinarias antiguas, en estado de abandono que no dejan de funcionar y no tienen relación con maquinaria que alguna vez hubiera visto en la tierra. Ni siquiera aquellos depósitos o almacenes con desechos o las que iban a ser reparadas, esto es completamente distinto, no parecen tener una función determinada si no que están ahí, pero donde no puedo llegar ya que el rayo me sigue arrastrando mucho más lejos. Se produce una explosión, una nube de polvo con material incandescente, donde extraños arbustos o algo parecido despiden fuego y chispas generando casi un bosque de fuego.

El olor que despiden es parecido a los líquidos que usábamos de combustión, también animales que ardían se alimentaban de ese fuego que llegaba casi hasta tocarme pero, dada la altura, se cristalizaban. Emergían a lo remoto, extraños edificios construidos dentro de unas naves como montañas, que se sostenían entre grandes cantidades de líquidos cristalizados de colores fluorescentes que desembocaban sobre túneles que se hundían hasta las lejanas profundidades.

Siento frialdad, como si una capa de hielo me hubiera atrapado, pero el frío no nacía de mi misma esencia entonces como podían mis órganos convertirme en esto, alguien sin voluntad débil y enfermizo. Desperté en un lugar desconocido. Algo invisible pero que podía sentir me llevaba a experimentar toda clase de cambios. ¿Cómo pasé de tener una vida tranquila a llegar a este caos? Lentamente me fui recobrando.

La luz blanquecina y brillante comenzó a expandirse. Podía respirar sin problemas, aparentemente pude adaptarme. Noté que los cables eran tubos por donde se asoman fluidos que no cesan de caer en rincones intangibles. Pasaban directamente a través del torrente sanguíneo. Entonces llegaron esos artefactos. Tenían luces intermitentes, dando movimientos alargados que silbaban. Se pararon sobre la cabeza, se abrió una portezuela y me tornaron con fiereza. Encontré que entre las figuras había unos extraños sonidos que desprendían olores rancios que me hacen arder la nariz. Traté de apurar mi paso pero contuve la triste idea de golpear a uno con mi dedo. Entonces enloqueció. Sacó unos dientes metálicos y punzantes, tratando de dejarme astillas y púas, pero que resbalaban por mi cuerpo. Así varios me rodearon y comenzaron a ser mis cazadores y yo su presa. Ahí recordé los primeros animales que había visto y lo relacione con esto. Serían otros convertidos en esas plagas de criaturas horribles. ¿Qué más me esperaba?



Los cables ya no eran tan pesados y a pesar de tener todavía piel colgando y mis huesos expuestos con manchones y golpes ya no tengo necesidades fisiológicas. Tampoco sudo, a pesar de mis movimientos.

No veo agua, ni tampoco cosas que podríamos utilizar comúnmente para comer. Ya no nos dan esas pasta de principio, solo se encuentran materiales sólidos y el aire es denso, por eso me siento lento y pesado. Entonces tal vez si también querían escapar. Me fui moviendo a tientas pequeñas, rendijas, dejaban ver como agua gelatinoso corría bajo mis pies. ¿Sería sangre de estos seres o sería una forma distinta de energía que se desechaba?

Luego fui impulsado mucho mas por este liquido. Abajo donde se veía unas larvas enormes que iban contra corriente; se los veía transparentes, patitas y ojos aparecían como flechas disparadas que ni las sentía, solo los veía nadar. Entonces llegaron esos armatostes, miles tenían luces intermitentes, creaban movimientos alargados y comenzó a pararse sobre nuestros cabezas. Nos paraliza. Se abrió una portezuela y nos tomaron como un imán en un impulso entramos en la cabina. Los pude observar detenidamente. Ellos tenían miles de metros con siete extremidades y dos cabezas, otros eran mas pequeños, pero todos nos superaban caminando. Nos tomaron entre sus afiladas ventosas, que pendían de cada parte. Quede acostado en una especie de tabla conectada a una maquinaria con unas tablitas que me colocaban en la nuca, rodillas, codos. Una vibración, creo que estaban haciendo controles. Ahí ya no recordé mas nada. Al despertar, sentí otra vez esa espantosa corriente húmeda. Parecía que dejaba parte de mi, las pupilas estaban recobrando el rigor de mi estado. Me vi en el centro de un espacio indefinido.

Entonces note el movimiento interminable de algo que me llevaba hacia lo mas extraño. Me halle sentado sobre una tarima. Vi otra vez la avalancha de los bichos de colores brillantes, que abrían sus fauces, y trataban de tocarnos pero se les hacia imposible porque estábamos a una altura considerable. Otros que comenzaron a subirse entre los bloques de aquel material rustico llamado ónice p2. Tenían cabezas pequeñas y ojos en sus extremidades posteriores, escupían líquidos pringoso, con los que lograban pegarse a los sólidos y otros con cuerpos pesados y gomosos. Gritaban y emitían gruñidos y amenazaban al resto de ellos. Creo que estábamos en medio de una contienda donde el premio eramos nosotros.

Luego aparecieron miles de fulgores, una gran ave de cola puntiaguda y un gran ojo en el vientre apareció tras una cortina transparente, donde se apreciaba su estado de fiereza. Corriéndose la cortina todos cayeron. Montado dentro de un cubículo también transparente. Imponía terror. Por debajo se podía ver sus circuitos, emitían pequeños movimientos.

Comenzó levantarse y pasos con los que cubrían todo el extenso lugar. Su tamaño engrandeció tanto que todo se puso negro; miles de pelajes duros y tupidos arrastraban lo que encontraban. Todos quedaron detenidos tratando de no ser vistos, escondiéndose por donde se pudiera, pero su pico tenia 3 aberturas y una cola, en la frente un cuerno. Comenzó a abrirse de manera descomunal, como si una catástrofe estuviera por ocurrir. De una vez arrasó con muchos de los que ahí estaban viendo como sus cuerpos eran desarticulados, destrozados y deglutidos, hasta borrar a miles de los que antes estaban allí, quedando solo algunos fragmentos, que caían en uno de los depósitos que se hallaban en los puntos orbitales inferiores. Por un momento alzo todo se oscureció al alzar las alas.

Se escuchaban estampidas y ya solo sentí golpes. Ahora estaba otra vez sobre esas naves pero ahora eran terrestres, iban por una especie de carretera donde veía algunos seres, especies de androides bastante grandes, que llevaban atrapados por unas varas a otros como yo; casi humanos con sus huesos y sus órganos expuestos, solo sostenidos por los tubos que ahora los rodeaban completamente. Estaban escarbando en el piso con unas maquinas que llevaban entre sus dedos, por lo que pude, ver ya que se movía lentamente. Parecía un campo de trabajo y no existía horizonte o cielos. Estaban cubiertos por grandes antenas y construcciones que luego continuaban en forma subterránea, adonde me enviaban.

Por momentos se podían ver cuartuchos en el exterior. Alejados eran metálicas, tenían unos circuitos. Nos proveían de lo necesario para subsistir. Se podía contactar por señales que se emitían en las paredes cuando se hacían recambio de magnetoides o los electrodos de los circuitos (ya que iban deteniéndose al cambio de nuestra temperatura corporal). Por ahora me mantenía aislado.

Llego el AVISO INMINENTE. Nos estaban preparando para seguir buscando los metales que se necesitaban para el mantenimiento del sistema. Cuando me recompuse, intuí que ya estaba preparando para ir con los demás. Creo que pronto yo también iría con los magnitos que, según entendí, eran los robots que nos controlaban. Ahora las maquinas comenzaron a funcionar. ¡Alguna vez podría terminar esto!

Íbamos en filas de a pares. Luego de salir de el campo de trabajos, íbamos por los túneles, luego por unos especies de ascensores que ascendían con unas claves. Éramos miles, pero cada uno tenia su cuartucho.

Estirado en el piso, cálido y duro, otra vez pude ver que era de ese mismo material parecido al telgopor. Me estire todo lo que pude. Se me aflojaron los cables que quedaron a los costados. Un calor nacía desde lo mas lejano, distante.

Nunca dormíamos, solo quedábamos paralizados. ¿Cuánto tiempo hace que estábamos aquí? No había forma de calcularlo ya que no todo era artificial y no había diferencias entre la luz y la oscuridad.

Schiiiiiiiiss schisssssssssss...

A pesar de la inmovilidad intente observar un poco mas.

Schiiiiiiiiiiiiiiiiss schiiiiiiiiiiiiisssssssssss...

Pude ver llegaban aquellas bestezuelas. Inesperadamente se trepaban otra vez por el resto del cuerpo, tratando de meterse por los tubos. Ahora me estoy reacomodando y uniendo lo que quedan formando una nueva fisonomía.

¿De dónde salen? Y como siempre cumplen con sus rutinas. No tengo reflejo ya que quedan solo sombrías huellas. Son voraces, levantando otra vez la mano de un golpe con fuerza. Tirándolos a los costados, sus chirridos hace que huyan rapidamente. Por un momento retorna la calma, entonces la soledad me agobia y la sensación de abandono. Trato de hilvanar alguna frase que me lleve hacia el comienzo, porque no quiero seguir con ese sentimiento de pérdida,

¿hasta cuándo? y ¿algún día regresaré a mi hogar? Lo peor es si tal vez ya no tenga retorno...

Entonces las tenazas se extienden sobre los miles que yacen en los subsuelos de la sala ACD (Alfa Capa Dócil), ellos nos obligan por medio de esos malditos elementos, las torturas, allí en la sala. ACD es el punto introductorio donde quedan los que como yo quedaremos para las tareas de recolección; estos son amplios terrenos donde hay cosas parecidas a baterías, acetileno y metales varios, que luego, por proceso de fundición, se convertirán en material nutriente en las inmensas calderas, que utilizan válvulas que deben controlar continuamente. He visto varios de los guardias, según me fue explicando el viejo (después hablare de él), se llaman Omega, aquellos robots que transportaban a los semi-hombres o Nieblos como yo. El viejo en sus medios gestos y palabras me lo había advertido. Una vez, mientras iba por uno de los conductos, vi llegar al viejo en estado semiconsciente, mucho después que yo. Tenia la piel verdosa, pero no me acerqué ya que nos vigilaban.

De a poco él se fue restableciendo y creo que reconoció que yo era otro extranjero venido de la Tierra. Comenzó a mandarme señales y luego, cuando podía, comenzamos a establecer una comunicación, allí me explico que él era de los que habían formando una de las colonias de prueba en la Luna, pero que había sido atrapado por ELLOS o MIXT-ERO-IDES (que así los llamaba). Nunca supo explicar quiénes eran ni qué clase de sociedad. Ahí pude ver al viejo todavía encontraba parte de su fisonomía. Creo que derramé algo sobre él. Ahora pienso que eran lagrimas, pero solo me fue dando los datos que pudo; algunos nombres y su pronostico fue demoledor: no teníamos escapatoria.

Cuando uno de los Omega quedo en estado de hibernación y debieron reemplazarlo por otro. Luego de la explosión por efecto de la autocombustion, cosa que solía suceder, ya que tenían sustancias que generaban fricción. El viejo, en estado más lamentable que el mio, se fue acercando lentamente mientras seguía con la herramienta. Buscando sentí por primera vez aquel susurro dentro de ese rostro, donde su boca se desarmaba y su ojo quedaba colgando

-Escuche -me dijo-. No puedo hablar demasiado. ¿Conoce los gridis? Búsquelos para sobrevivir, si pasa -Y me hizo unas señas hacia lo lejano, girando sus largos y huesudas manos, o lo que quedaba de ellas, a serie de señas-. Con el tiempo pude encontrar los gridis (libros centrales de los puntos cardinales) y comprender muchas cosas. Yo siento que a ellos no les soy útil, por favor, piense siempre en mi. -Luego de esa oportunidad no lo vi más.

Cuando debíamos regresar a nuestros cubículos solíamos encontrar los tubos con los residuos metálicos, con eso nos alimentaban. Llegamos a ser parte de todo este proceso de adaptación los futuros hombres metálicos o Nieblos. A lo largo de este proceso pude ingeniármelas para que en una de esas oportunidades fui probando la posibilidad de esquivar ciertos controles, ya que ante el recambio de guardias a veces pude dejar nuestros cubículos. Más que nada en las épocas en que había cacerías; explorar todo con cuidado pero velozmente, encontré aquellas cuevas donde había caído la primera. Por casualidad, anduve a tientas, por lo que me contó, sabia que era totalmente laberíntico, pero en mi mente iba construyendo una especie de guía, y podría encontrarme con cosas espeluznantes. Me fui haciendo por las paredes para andar seguro y cuidando de no caer en los conductos. Allí se abrió una portezuela que me llevo hacia uno de los corredores. Entonces con valentía comencé a correr. Miles de extraños seres comenzaron a acosarme por todas partes, entre las paredes salían especies de serpientes con alas y patas muy anchas, que tiraban tarascones, insectos que daban alaridos y escupían

un liquido ácido que quemaba todo lo que tocaba. Otros con bolas de alambres como agujas trataban de inocular una ponzoña y otros de los que no pude distinguir bien, pero sentía su chillido, ululato, y sus aromas nauseabundos se sentían que podían ser miles.

Ante cada oportunidad me internaba por esos infernales pasajes angostos e interminables para saberlo todo.

Entonces sentí un golpe sobre mi de aquel extraño ser con alas quebradas y cuerpo amarronado cayo a mis pies. Quiso arrastrarme con él pero yo de un sacudón lo separé. Entonces, a media lengua, dijo cosas que no comprendí, pero bajo con insistencia me empujo hacia adelante, como indicándome el camino. Entonces note que había muerto. Seguí entre pedruscos, restos de cuerpo con olor fétido que casi me hacen caer, osario cubierto con restos humanos. Podía ver sus miembros desparramados y sus cabezas aun a punto de decir sus ultimas palabras. Ahí pude ver al viejo, todavía encontraba parte de su fisonomía.

Creo que derrame algo sobre él, ahora pienso que eran lagrimas. Baje y camine entre riachos de sangre. Trate de salir de allí rápidamente, pero sentí pena y a la vez me pregunté ¿quiénes serían los otros? No reconocí a nadie, sentí la alarmar. Debía volver porque “el festejo” estaba por concluir. Corrí desesperadamente buscando la forma de acortar caminos. Vi que a la distancia venia uno de los Omega. Me tire al piso, éste me tomó con una de sus varas y me regresa.

Era otro tiempo de jornadas. Íbamos muchos, pero nunca podíamos establecer contactos. Ante el descuido de mi guardia trataba de observarlos, tenían la cabeza gacha y algunos ya casi no tenían cuerpo entero. Otros todavía conservaban bastantes partes de su anatomía, pero no los veía hablar. Sé que algunos llevaban un chip que les sonaba cuando se les terminaba el turno de labor o ammmimss, como se llamaba dado el ruido que hacían.

La recta final estaba llegando. Tuve la sensación de que la verdad estaba frente a mis narices. Fui atravesando varios subsuelos: uno me condujo a una especie de cámara con unas luces de tubos intermitentes distinto al resto, enorme, con pantallas encendidas, había archivos con papeles siliconados, en el piso y las paredes, detrás de vitrinas transparentes con antenas, botoneras, sensores y millones de pequeños cables que se conectaban entre si, emitían miles de scipts. Observe que llevaban signos incomprensibles que no podía descifrar. Se asemejaban a los sonidos registrados por la respiración, las ideas emitidas, o en los restos que dejábamos en lo que denominábamos como ADN, guardado en pequeñas capsulas que se iban por los conductos de nuestras celdas. Entre la botonera había uno que sonaba intermitentemente. Apreté una de las pantallas y esta empezó a emitir imágenes confusas pero lo reconocí.

Esos rostros, esos lugares, éramos nosotros. Aunque no entendía lo que decía la pantalla capté la idea. Creo que estar aquí me ayudo a entender mucho más.

Nunca dejaron de controlarnos. Podía percibir aquellos satélites. venían de aquí. Comencé a desesperar y trate de buscar mas información. Encontré entremezclados, toda la información que habíamos estado acumulando. ¡Era espantoso! Éramos conejillos de Indias de estos espantos que nos trasladaron hacia este remoto mundo. Trataba de buscar la ubicación con respecto a nuestra galaxia o nuestro planeta, pero no podía constatarlo. No encontraba

nada parecido ni cercano. Parecía ser una estrella nueva cercana.

Revise exhaustivamente tratando de hilvanar todo. Curiosamente una de las pantallas comenzó a mostrar miles de imágenes sobre todo el universo, entre las que aparecían dando un sentido de evolución, y se podía ver que en distintas partes de la galaxia habían comenzado a tomar especies y en la adaptación había una serie de mutaciones que se habían producido en diversas formas y construyeron esta aparente "civilización." Vi en que habían estado produciendo. Habitaban en cada uno de los rincones que había recorrido. De los gases de combustión que emergían de las capas superiores de la atmósfera, pero solían estar en continuo movimiento hasta modificar la constitución de la materia, y claro, quedábamos nosotros y los cyborg, que ellos convirtieron en guardias y las chatarras humanas en futuros esclavos.

Aparentemente eran grandes bestias. Entonces eran ellos los que realmente diseñaron esto y necesitaban que nosotros hiciéramos el trabajo duro que ellos no podían o querían. Aparentemente se mantenían en una categoría superior.

¡Y nosotros pensando que el problema estaba en nuestro alrededor! ¡Qué inocentes!

Podía ver todavía a los miles de fisonomías, humanas y de otras especies, que estaban entre las planchuelas acumulativas de datos. En un momento sonaron unas alarmas. Se me corto la respiración. Vi entrar una figura diminuta acompañada de dos Omegas con un especie de arma. Largaron un rayo y me paraliza. Me sentaron en una butaca con miles de electrodos. El ser diminuto se sentó frente a mi y descubrí que era aquella figura fantasmal y aterradoradora, que sacrifico a miles en aquella oportunidad. Bajo sus rostros sin formas, en realidad, tenían los rasgos de mis dos compañeros de Delfix. Entonces era una trampa.

Oí en ese murmullo como en el del viejo, quwwuq cquiqwui quicuiqui, por el casco que me colocaron, pero ahora podía desentrañar ese lenguaje.

-Has llegado al nuevo planificador de los plentix. Has pasado la fase 3. Ahora ya llega la etapa de astrificación -Inmediatamente me transportaron hacia un enorme depósito donde había otros como yo, ya que parece que las otras especies se metamorfoseaban en los otros de bichos que había visto, o en objetos.

Pero los humanos teníamos algo en la sangre que rechazaba cualquier clase de cambio y comprendí que ellos eran pocos y necesitaban que la población no se extinguiera, pero sólo con la mezcla de las distintas especies podrían sobrevivir.

Este vera el mensaje en clave del viejo. El mofudlo o Módulo madre eran los GRIDIS, no existían los libros, algunas partes eran almacenados aquí y los secretos caían en el Osario. Nunca sabría mas que esto...

Además me aplicaron miles de piezas metálicas y descartaron mis órganos, conservándolos en unos tubos. Las maquinarias los supervisaban a algunos de aquellos bichos y las manejaban los Omegas.

Un frío me corrió por la médula. Vi como en un festín horrible absorbieron nuestras

vísceras crujiendo y haciendo esos movimientos repugnantes. Babas verdosas y pegajosas se adherían a todas partes.

Sentí que era un deshecho pero ya no tenía escapatoria. Me moví por inercia. Ahora era uno más y ya no podía pensar. Ahora yo llevaba también mi sardox para someter a los futuros que estaban arribando, porque siempre se necesita materia prima, y deben salir a buscar más materiales para sostenerlo todo.

¡La recompensa! ABHIX LLEGARA. Nunca podré olvidar cómo lo vi sobrevolar con esos pelajes y esos ojos volviéndose gigantes, hasta verlo desaparecer...

Los chips no paran de sonar. Gisgisgis. Sale afuera, a la lluvia de cobalto, estalactitas y mares ácidos. Comienza a abrir las compuertas y el ave-dragón nacido de los agujeros negros se aleja hasta el próximo estallido de el eclipse mercurial. Cuando reabra la temporada de la cacería.

ALAS ROTAS

Candela Robles Avalos

Ilustración por J. Antonio (K) Sánchez



Gochas

La maestra
planes

facebook.com/fernando...

11/11

stano
cat

Podro
y
Lola

Podro
y
Lola

Estoy muerto. No sé cómo ni por qué.

Lo descubrí en el baño de la escuela durante el recreo. Venía sintiéndome extraño desde hacía unos días. Como si hubiera dormido con la ventana abierta toda la noche y todavía mi piel estuviera congelada. Me tocaba los antebrazos y el cuello para comprobar la temperatura pero me pareció que estaba bien. Mis manos no se sentían frías tampoco. Mi ventana estaba cerrada cuando me levanté. Todo parecía normal. Aun así, había algo raro. No podía quitármelo de la cabeza.

Quise preguntar a mamá cuánto frío había hecho anoche, ese primer día, pero nada más encontré una nota en el refrigerador diciendo que ella y papá habían tenido que salir temprano para una reunión de negocios, que volverían tarde y mejor me quedara en casa de Leo al terminar la escuela. Supongo que debió ser una reunión muy importante porque no me dejó nada de desayuno. No me quejo porque en realidad no tenía hambre, sólo esa cosa rara en la piel. Y de todos modos, incluso eso era normal.

Leo vino a buscarme con el auto último modelo que su padre había conseguido. Una real preciosura, había comentado. Yo la verdad de autos no sé nada. Era grande y cómodo, con eso me contentaba. Pero además tenía sus accesorios que más lo asemejaban a una casa rodante que cualquier cosa; a saber, pantalla de televisión, computadora con conexión wifi, reproductor de música, aire acondicionado, etc. Hasta una pequeña nevera de donde tomábamos gaseosas. No conducía su padre, claro, si no un par de tipos fortachones que también hacían de guardaespaldas personales de Leo. En la parte iba uno de ellos, con traje oscuro y la vista al frente, inmóvil. Nada más le faltaban los lentes de sol oscuros para completar la imagen, pero yo sabía que sólo se los pondría cuando hubiera que salir del auto. Cuando era más chico le pregunté a Leo por qué los usaban incluso durante la noche, que parecían idiotas. Entonces me dijo que era todo para disimular, así nadie sabe a quién están mirando y pueden ver lo que quieran libremente. Pero dentro del auto no hacía falta.

Me acuerdo de estas cosas nada más para no perder el hilo. Tengo que contar las cosas como son, después del uno sigue el dos, o no sé adónde iré a parar. No sé lo que ha sucedido, pero tal vez si voy despacio, con calma, termine por calmarme. Debo suponer que es así. Mientras pienso esto no puedo dejar de acordarme del libro de García Márquez que nos dieron a leer en la escuela, “Crónicas de una muerte anunciada.” O esa otra, “Pedro Páramo”, de no recuerdo qué tipo, donde todos ya están muertos. La verdad sólo he leído el primero. Para el informe escrito que nos pidieron del otro saqué un resumen de Internet y lo pegué cambiándole unas palabras. Lo que quiero decir es que me pregunto cómo se supone que se siente un muerto. En la literatura basta que esté muerto, deje de respirar y ya. Todos sabemos su estado. Pero ¿y él? ¿Ese cadáver que sigue hablando qué piensa? Yo sé que pienso todavía, estoy pensando esto. Pero no sé qué hago aquí ni qué sucedió conmigo.

¿Ven? Estoy perdiendo el hilo ahora. Es como si me estuvieran por tomar una prueba importante y ni siquiera sé bien cuál es el tema. Uno está con las ideas revueltas, mezclando un dato con otro, cambiando fechas, y no tiene ni idea de quién hizo qué cosa o qué tiene que ver con qué. Por eso hay que ir paso a paso. A se relaciona con B y B se relaciona con C, que a su vez se relaciona con D y así todo el abecedario. Es más fácil así. Nadie me enseñó eso. Después de la última vez que me hice una ensalada con una prueba de Matemáticas (que aprobé a gatas), hice

ese sistema, donde para acordarme de una cosa primero debía recordar la anterior, como si fuera una escalera que iba subiendo. No hay ninguna ciencia oculta en subir una escalera, es sólo un escalón por vez. A la larga todo se junta y tiene sentido. Más fácil.

Así que iba en la parte trasera con Leo y su guardaespaldas, un sujeto del que ni sabía el nombre y me daba vergüenza preguntar. El auto era tan grande que el guardaespaldas podía sentarse frente a nosotros y en medio todavía había bastante espacio para la pequeña nevera. Al accionarse un botón del techo bajaba una pantalla de televisión, que también servía para pasar DVD, pero cuando íbamos a la escuela nunca la usábamos. No usábamos ninguno de los accesorios mucho, en realidad. Me acuerdo de una o dos ocasiones en que Leo investigaba cierto tema en su celular usando el wifi y un viaje largo hace un año en la que nos la pasamos viendo toda la saga de “Volver al futuro”, comiendo lo que había en la nevera, pero nada más.

No sé por qué creen en la escuela que Leo es presumido. Su padre tiene dinero (es uno de lo más ricos en el país), pero cuando hablas con él no lo parece. Nunca está hablando de lo que tiene, de lo que va a conseguir o los viajes que ha hecho. Tiene menos pinta de snob que muchos de nuestros compañeros que sólo se dan aires cuando cumplen años y sus padres se permiten malcriarlos. En su ropa lo único carito que tiene son las zapatillas deportivas de marca que compra cuando se le gastan las anteriores, y se le gastan rápido nada más porque vive para el basket. Para otras cosas parecería que hasta le avergüenza el lujo que lo rodea.

Cuando era más pequeño sí que me impresionó descubrir que vivía en una mansión, que a los tipos que lo buscaban al finalizar las clases les pagaban para protegerlo de tipos malos y tenía tantas cosas nuevas. Los autos grandes, de cristales polarizados, eran intimidatorios para cualquiera, sobre todo para un niño de ocho años, que fue cuando supe la posición económica del nuevo amigo que había hecho. Me dijo entonces que venía de una escuela privada en tal ciudad, de la que lo sacaron cuando su mamá murió y su papá quiso mudarse. Podrían haberlo enviado a otra privada pero a su padre se le ocurrió una pública, vayan a saber por qué. Más tarde me comentó que su creía que así se formaba el carácter; encogiéndose de hombros lo dijo, movimiento que yo repetí en respuesta.

Estaba lloviendo la primera vez que me subí al auto detrás de él. Salíamos de la escuela y parecía que se había hecho de noche, tan oscuro se había vuelto el cielo. Mis padres no aparecían por ningún lado y yo ni siquiera tenía paraguas, así que me estaba helando de los pies a la cabeza. Había surgido no sé qué problema en el trabajo (mis padres trabajan en la misma compañía, diferentes secciones) y cada uno creía que el otro había salido para buscarme. Yo seguía esperando bajo un árbol cerca de las puertas del colegio, sin que el árbol sirviera para nada como refugio, y Leo se me acercó, cubriéndome con el paraguas que sus guardaespaldas le trajeron. Nos sentábamos juntos en clases y nos llevábamos bien. Ahí me preguntó qué pasaba, si no me buscaban y que si quería me podía llevar a casa. Dudé mucho porque no quería preocupar a mis padres si llegaban y no me encontraban, pero acabé aceptando cuando Leo agregó que podía llamar a casa. La calefacción estaba prendida. Uno de los fortachones marcó los números que le decía en un teléfono pegado al apoyabrazos y yo lo miraba como embobado al aparato porque no me parecía de verdad, si no de juguete, solo que funcionaba igual que uno cuando me lo pasaron y oí la voz de mamá.

Desde entonces, para ahorrarles tiempo a mis padres, Leo es quien me busca de casa al colegio y en viceversa. A él no le molesta porque sólo significa una parada en el camino que de

todas maneras toma. Esa mañana, al verme, preguntó qué me pasaba. Como ni yo mismo lo sabía, no podía responderle otra cosa si no que sólo tenía sueño. Pensé que a lo mejor eso realmente lo que sucedía. Supe por su mirada que no lo dejé del todo convencido. A medida que pasaba el día y la sensación no desaparecía, si no que parecía hacerse más clara, mi extrañeza debió pasarse a mi cara porque más de una vez atrapé a Leo observándome, con cara de preocupado. Tal vez esperaba que me pusiera a vomitar o qué sé yo. No me habría sorprendido para nada acabar haciéndolo. A eso lo hubiera entendido, carajo.

Me están ganando los nervios, poniéndome en blanco. No puedo salir con esta herida en la muñeca. Ni siquiera creo que vaya a cerrarse alguna vez, ya ni me duele. Oh, Dios. Creo que faltaré a la clase que sigue. Gracias al cielo es la última.

A ver, necesito calmarme. Repasar las cosas, como antes de una prueba. Es lo único que me queda, supongo, ya que no tengo idea de nada. Estaba insensible, con cara rara y en la clase de Lengua. El profesor hablaba sobre literatura española. No tenía los apuntes de la última clase, se los pedí a Leo y copiaba mientras él tomaba los de ahora. En algún momento me corté con el papel. Vi el corte y me llevé el dedo a la boca, pero no salía sangre y, ahora que lo pienso, tampoco dolía. Llevármelo a la boca fue sólo un reflejo, uno que me negué un poco avergonzado al darme cuenta. Debió ser demasiado superficial porque, la verdad, si no lo veía ni me enteraba. Eso pensé entonces pero ahora...

No debo perder el hilo. Veamos. Continué con lo mío hasta la última hora. Teníamos entrenamiento de basketball. Yo no soy tan conocedor del deporte como Leo, que se sabe el nombre de todos los jugadores importantes y hasta el de sus mascotas, pero me gusta mantenerme en movimiento. Se siente bien cuando arrojas la bola, sin saber bien qué pasará, y resulta en anotación. Cuando se lo festeja juntos es cuando un equipo realmente lo es, eso es lo que pienso. No importa qué tan bien jueguen juntos, si no pueden compartir todos la alegría no hay verdadero compañerismo. Pero aun así es bueno estar ahí. Por un rato no existe nada más en el mundo que la pelota y el aro. El tenerla, no tenerla, buscarla, bloquearla, cuidar su posición. Es todo en lo que uno piensa. No hay nada más.

Ese rechinado que hacen las zapatillas sobre el piso me encanta. Si tuviera que elegir una palabra para describirlo sería velocidad. A pesar de lo de esa mañana, me notaba en mejor estado que nunca. Creí que me había dado un golpe de suerte, pero Leo dijo que era yo que andaba más rápido, más confiado y no sé, a lo mejor tenía razón. Debí haber sabido que algo andaba mal cuando noté que después de un tiempo ni siquiera tenía sed. Me había puesto desodorante en balde porque no había sudado nada. Tomé el trago que me ofrecieron, pero yo sabía que no me hacía falta.

¿Será posible que lo hubiera sabido? ¿Que mi cuerpo ya no necesitaba nada porque sencillamente había dejado de funcionar? ¿Pero cómo? Sigo aquí. Físicamente sigo aquí. Sé que no soy un fantasma porque todos pueden verme, oírme, tocarme. No atravieso paredes y estoy bastante seguro de que tampoco puedo flotar. ¿Entonces qué? ¿Me he convertido en un vampiro que puede andar a la luz del sol? No tengo hambre de nada. Como y bebo cuando debo, pero hambre no. Ni de sangre ni de agua ni de comida. Estoy cayendo en cuenta de todas estas cosas y no puedo dejar de preguntarme qué me pasó, cuándo, cómo, por qué. Mierda. Lo malo no es el estar muerto, no. ¿Qué le puede importar a un muerto estar muerto?

Lo malo es que no saber un carajo, igual de esa forma uno se imagina las peores cosas y no sabe qué creer. Y eso no es todo. Encima no es todo. Por las noches pasa algo conmigo que no puedo explicar.

Tengo sueños, pesadillas, muy confusas. Hay momentos en los que mi mente está literalmente en blanco, como una pantalla de cine antes de que enciendan el proyector, y de esa misma pantalla surgen destellos y sonidos que no sé de dónde vienen. A veces son gritos de dolor, como si alguien estuviera siendo asesinado, y de cosas rompiéndose, vidrios o algo así, tan cerca que parecería que han sido destrozadas sobre mi oreja. Y una o dos veces creí identificar alarmas, silbatos, disparos. Los sonidos son los que me llegan más fácilmente. Las imágenes son borrosas, difusas y fácilmente se confunden. Nada más recuerdo algo con facilidad. Una cara de un tipo que nunca he visto, con lentes de marco azul y pelo castaño. Su expresión es como la del entrenador cuando dice que debemos cuidar la defensa; como si estuviera tenso y preocupado pero, porque sabe que es observado, aparenta calma, aunque igual se le nota. Una sola vez lo vi y ya se quedó en mi recuerdo para siempre. Es lo único claro que he conseguido de esas noches y la verdad no me preocupa.

Puede que sea un tío que tenía y se murió cuando era muy chico, yo qué sé. Hace un tiempo en una película oí que la mente humana jamás olvida nada; todo, hasta su primer aliento, lo almacena en las regiones más profundas del cerebro y todo eso tiene que ver con cómo es la personalidad de uno al crecer. Por lo último yo no pondría las manos en el fuego, pero creo que lo primero sí tiene sentido. La mente no puede ser como un estante cualquiera, que en cuanto se llena de nuevas cosas deja caer las otras. No pretendo ser un experto ni nada, pero más complicado que eso debe ser. Si no ¿cómo se explica que recuerde perfectamente cada noche en que me he quedado a dormir en la casa de Leo, varios cumpleaños y lo que me dieron en la Navidad de hace tres años? Pero sin embargo, por más que fuerzo la memoria, no sé qué cené el viernes pasado ni lo que hice, si me quedé en casa o qué. En fin, que el tipo no me preocupa.

Es la pantalla en blanco la que me pone de los nervios. Ese blanco con todos esos efectos de sonidos venidos de ninguna parte y la oscuridad que viene de pronto, una oscuridad consciente. Esa es la palabra que buscaba: consciente. Una oscuridad tan profunda que es como si te mirara de vuelta, esperando, nada más que esperando que des el paso equivocado en su dirección y estrellarte contra lo que sea haya en el fondo. Yo no quiero bajar por ahí. No sé lo que hay, pero no quiero averiguarlo. Demasiado tengo con ese maldito blanco, que vuelve cuando se le da la gana, dándome un puto susto de muerte.

He tratado de no dormir para no verlos a ninguno de los dos, pero inevitablemente, todas las noches, sucede lo mismo. Trato de concentrarme en lo que sea, en videojuegos o películas, pero mi mente acaba cediendo alrededor de la medianoche y no puedo hacer nada hasta la mañana siguiente, justo a tiempo para la escuela. No importa qué tan poco cansado esté, simplemente me apago, como si me hubieran dado un tiro en la nuca. Eso es algo que también me asusta. Mamá y papá no me sirven de nada.

Cada vez que estoy en casa y de casualidad ellos también, están o en el estudio, con las puertas y persianas cerradas (siempre he sabido que eso es señal de que quieren estar solos), o en su cuarto durmiendo. Sé que tampoco debería recurrir a ellos como un nene asustado de la oscuridad (una oscuridad ciega y tonta, benigna, no la otra), pero aunque lo hiciera ¿qué

podrían decirme? Si hubiera muerto en algún accidente y revivido por alguna magia vudú ¿no lo sabrían ya? ¿Y si es que lo saben y no quieren estar cerca de su hijo zombie? Nunca han sido los padres más cariñosos antes. ¿Por qué lo serían ahora? Me acerco a la puerta de ambas habitaciones y es como si una alarma de pesimismo se me encendiera en el cerebro. Acabo marchándome esperando que no me hayan oído.

La campana. Yo no voy a ir. Lo siento, profe, no tengo ganas de oír su perorata algebraica hoy. Me río imaginándome diciéndoselo de frente a su cara agriada. Pero veo la piel cortada, que no cicatriza, y la sonrisa se me cae pesando como el plomo. No sé qué hacer.

Hay una cosa que me tiene preocupado además. Otra cosa más. Tiene que ver con los sonidos tras la pantalla blanca. Cuando todo está oscuro, no oigo nada, y por eso sólo me queda esa impresión de que alguien quiere atraerme hacia algo malo, peligroso para mí. Hace tres noches escuché tres disparos. Exactamente tres y el grito de una mujer, joven creo. Tres disparos, grito. Eso es todo lo que obtuve... déjame que me acuerde, cuatro noches atrás. Pues bien, como a los otros sonidos no iba a prestarle más atención hasta que vi de casualidad en el noticiero (andaba saliendo con Leo del cine, últimamente salimos todos los días) un video de seguridad. Justo en ese momento Leo había vuelto al cine porque se había olvidado el celular en su asiento. Yo me quedé viendo la noticia. Al parecer un invasor había entrado en un laboratorio electrónico experimental y lo destrozó todo. Se contaban siete muertos y cinco gravemente heridos. Conocía la compañía. Era parecida a la que controlaba el padre de Leo pero mucho más avanzados.

Ellos habían pasado de las computadoras, cámaras de alta definición, televisores de pantalla plana y otros aparatos para ir directo a lo extraordinario: mente humanas en máquinas. Así, supuestamente, las personas vivirían por siempre. Sus recuerdos, sus vivencias, todo rastro visible de su personalidad volverían a ser transmitidos electrónicamente por una computadora. La polémica que armaron generó protestas de todos los sectores imaginables, sobre todo por parte de los religiosos, que defendían el derecho a la vida orgánica y detestaban lo lejos que había ido el orgullo del hombre al querer trascender la muerte. Había oído sobre eso durante una clase, en la cual la profesora se mostró claramente a favor de los religiosos y, más o menos con sutileza, nos invitaba a hacer lo mismo. Yo prefiero ser neutral en todo ese asunto. Es decir, no le veo la gracia a pasar los recuerdos de una persona a una máquina y pretender que esa máquina es la misma persona, pero tampoco veo en qué puede perjudicar a alguien hacerlo. No está lastimando a nadie.

Me estoy desviando del tema. Hablaba del noticiero que vi. Bueno, en sí la historia no me impresionó mucho. Lo lamento por los muertos y heridos, pero muchos se mueren todos los días y no voy a llorar por cada uno. Me impactó el video de seguridad, el único que tenía imágenes esclarecedoras acerca de lo que pasó. Los otros debieron ser destruidos y el invasor no reparó en esa cámara si no hasta el último momento, en el que se ve una mano oscura cubriendo la lente y luego se pierde la señal. Nada más fueron un minuto y tantos segundos de vídeo, pero el resto se aclaraba solo. Aparecía una mujer, de unos treinta y poco más, vestida como guardia de seguridad.

Tenía la pistola contra la cadera al entrar en escena pero cuando se detuvo la sacó rápidamente y presionó el gatillo apuntando al frente. La cámara no tenía micrófono. Tres veces salieron luces brillantes del cañón del arma. Un momento de quietud, como de

estupefacción. Y luego algo le daba en el cuello a la mujer, algo que la hizo soltar el revólver y llevarse las manos ahí. Se agitó -lo lamento por la crudeza- como una tonta, agitando las palmas y las piernas con las rodillas juntas, con la boca tan abierta que por poco se disloca la mandíbula. Un segundo más tarde estaba en el piso y la cámara era destruida. Sé que la mujer estaba gritando y el número de disparos era exacto.

Pensar en que pudiera haber una relación me abruma tanto que quedé en blanco y como en estado automático hasta que Leo apareció de nuevo. Al verme preguntó si todo estaba bien. Yo tuve que hacer tripas corazón (olvidar la pequeña voz que sugería que me iba a volver loco) y responderle que sí, todo bien. No pareció que mi respuesta lo reconfortaba en nada, pero al menos se guardó de hacer cualquier comentario mientras volvíamos a su casa. El bueno de Leo. Vi el noticiero apenas ayer y hoy he decidido que ha llegado el colmo. Esta sensación en mi piel se ha vuelto tan molesta que es como si no la sintiera mía, como si me la hubieran prestado nada más y quisiera la mía de vuelta. La oscuridad había estado a punto de devorarme. Esta noche estuve muy cerca de caer, muy cerca y estoy cansado de temer. De modo que cuando sonó el timbre del recreo me escabullí de Leo y me oculté en el baño, fijándome por debajo de las puertas que fuera el único adentro. Tenía en la mano la trincheta de un compañero que tomé sin permiso.

Presioné para que la hoja saliera hasta la mitad. Me mordí los labios, tanto que los debía tener blancos (o no, tal vez no lo estaban) y clavé la trincheta hasta el fondo de un solo golpe. La moví hacia mi dirección y la saqué, dejándola caer luego. Mi mano nunca había temblado con una pelota encima, pero ahora lo hacía. No podía entender lo que veía. Acaba de cortarme mi propia muñeca, uno de los métodos más comunes para el suicidio, y fue incluso más imperceptible que un corte de cabello. Comencé a llorar. Sí, carajo, a llorar. No me dolía y para colmo no sangraba. Y cuando por fin lo entendí, que estaba muerto, aporreé las paredes del pequeño cubículo, levanté una pierna y le di de patadas a la puerta que oí al marco astillarse y noté el hueco que había hecho.

En cuanto lo vieran iba a darnos la misma charla inútil sobre cuidar nuestra escuela que dieron cuando se descubrieron los graffiti en los pasillos. Tuve la bastante cordura para pensar que no quería que me echaran la charla sólo a mí, de modo que salí del cubículo y me metí a otro, pensando, pensando esto, tratando de averiguar qué fue mal. No encuentro nada. Es otro gran blanco en mi mente que se me escapa y tal vez la oscuridad -el diablo, un brujo, una maldición- devoró. No puedo seguir dándole vueltas a esto. No solo, no pienso aguantarlo. Hablaré con Leo.

Gracias a Dios no tenemos entrenamiento hoy y mis padres de nuevo llegaron tarde, por lo que me quedará a cenar en su casa. Espero que llegue de buen ánimo. Me ha llegado un mensaje suyo. Pregunta dónde estoy y si pasa algo. No puedo pensar bien, así que me limito a teclear que sí, no hay problema, sólo una descompostura (cómo quisiera) y falta de ganas. Me responde rápido. Ok. Sí, qué bien, me digo girando los ojos.

Leo llega sonriente y tiene ánimo conversador. Durante el viaje a la mansión no deja de comentarme acerca de distintas, incluso de películas que ya hemos visto o series que me quedan por ver. Trata de convencerme de retomar una que he dejado por falta de interés cuando nos detenemos frente a la reja de entrada. Como siempre, el guardaespaldas que conduce muestra una tarjeta laminada al encargado de seguridad. Y como siempre asiente,

tira de una palanca y las grandes puertas de hierro se abren. Leo habla tanto que a penas espera una respuesta mía para seguir con otro tema. Su conducta me parece extraña y desconcertante, pero tengo mis propios problemas en los que concentrarme de modo que le dejo cacarear a placer.

De todos modos pronto descubro que no tengo valor para sacarlo a luz. La charlatanería de Leo y su insistencia de jugar a los videojuegos hasta la hora de cenar me ahorran el trabajo de buscar palabras, y en cambio me permiten relajarme en la bendición que es el silencio propio. Por supuesto, empatamos, y a las 8 de la noche él se hace traer la cena por un sirviente francés al que nunca le entiendo ni pío en un carrito que deja cerca del sofá donde nos sentamos. Devoramos pedazos de pizza y hablamos. Me encuentro de pronto de nuevo cómodo y, olvidándome para variar de mi aparente muerte y resurrección, le sigo la corriente a Leo sin ningún problema. Por fin, a las 10, con nada más que servilletas y vasos de gaseosa medio llenos entre nosotros, estoy lo bastante relajado para hablarle sobre lo que me pasa.

La calma se me va a medida que más palabras dejo que salgan. Intento, de forma acotada, hacerle entender el terror que he estado sintiendo los últimos días de mi propio cuerpo, sobre las pesadillas y el deseo intenso de no volver a pegar un ojo en la vida (¡o la muerte!). Hablo tan atropelladamente en mi prisa por incluirlo todo que dudo siquiera ser coherente pero Leo me mira con una pena simpática que me hace imposible el poder detenerme y hay momento en que creo que me entiende incluso. Lo quiero abrazar o quiero que me abrace, una de las dos, cualquiera, pero sólo sigo hablando y él jamás dice una palabra y cuando por fin finalizo enseñándole la herida que me hice exclama “¡Mierda!” y aparta la vista. Yo estoy ahí, sosteniéndome la muñeca como un cachorro abandonado al que no quiero que sacrifiquen, pero entiendo. Ver una cortada tan profunda, aun sin sangre, debe ser impresionante. Que le pregunten a la puerta del baño.

—Mierda —dice Leo con la respiración agitada, viéndome de reojo, como si ahora él fuera el aterrorizado—. ¿Te duele?

—No —respondo y tiro un poco del borde para demostrárselo—. Ese es el problema.

—Bien —dice él, desconcertándose, y traga saliva para hacer acopio de valor. Repite otro “bien”, tan fuera de lugar como el anterior, y vuelve a observar el corte. Acerca a mí una mano temblorosa para tocarlo y una parte de mí se estremece cuando cubre la distancia entre los bordes con su pulgar, sintiéndolos en su propia piel. Con eso no iba a conseguir taparla. Alza los ojos y yo estoy seguro de que tiene miedo, tanto como yo. El hecho consigue aliviarme como no podría haber imaginado—. Bien, está bien. Iremos a hablar con mi padre, ¿está bien? Él te llevará con un doctor y te arreglará.

—Leo, no tiene caso. No hay sangre, no hay dolor. ¿No te dice eso ya bastante de lo que se puede hacer?

Pero en realidad no me escucha. Sus cejas rubias decaen sobre sus ojos y se levanta del sofá, da unos pasos sobre la alfombra y se inclina a abrazarme. No puedo sentirlo, no como debería, creo, pero me gusta que me toque y me agrada la manera en que su mano acaricia mi nuca, presionando ligeramente la base del cue...

La compañía Crucifix por años ha sido líder en tecnología en varios países de Occidente y actualmente hace grandes avances en los países latinoamericanos. Luego de la muerte del fundador, su presidente a cargo, Rafael De la Torre, tal vez por ser de madre argentina y padre español, impulsó el movimiento durante una época clave de compañía. En sus últimos años el fundador había estado experimentando con lo que los medios conocían como TME (Transferencia Mental Electrónica) a causa de la muerte de su hija adoptiva, pero lo llevó a cabo clandestinamente, fuera del ojo público, así tuvo oportunidad de perfeccionar su trabajo a fin ofrecer una verdadera continuación de la vida humana. Se relacionó y fusionó con otras compañías que buscaban lo mismo, valiéndose de sus recursos y apoyo para dar forma a su ideal.

Luego de varios prototipos que se presentaban como defectuosos en poco tiempo, por fin lo consiguió: una niñita rubia, alegre pero callada, devota de su padre y a nadie más. El anciano se regocijó en su éxito pero asintió a quienes le advirtieron que no podía comercializarlo aún, que aún había detalles con los que trabajar para evitar futuras complicaciones. Aprobó proyectos, firmó documentos para que se siguiera intentando, mientras en casa todavía vivía junto a su pequeña hasta el momento en que exhaló su último respiro. Su hija fue la única testigo. Cuando vio que los signos vitales habían caído definitivamente ella se apagó también para siempre, como estaba programado a hacer desde el inicio.

Rafael De la Torre vio una oportunidad de oro para volver a la tierra natal de su madre. Continuó la obra de su predecesor, aun después de la muerte de su propia esposa, a quien nunca intentó traspasar a una máquina. Pero era frustrante ante el número de fracasos. Día tras día de evaluar posibilidades le hicieron ver que el objetivo no era digno de tanto trabajo. Debía engrandecerlo, hacerlo más práctico para otros, pero ¿cómo?

El presidente de una de las compañías fusionadas llegó, oportunamente, con un proyecto ambicioso. Lo llamaba Arcangelo y consistía en revertir el proceso llevado hasta ahora, es decir, promovía la utilización de cuerpos, cuerpos humanos, revividos en su parte mecánica por complejas redes de cables y metal, a fin de imitar la vida no sólo en pensamiento si no en carne. El cerebro sería nada más que un chip insertado. Pero el proyecto hablaba además de usar esos híbridos para provecho de la compañía y de quien pagara lo suficiente como armas. Dependiendo del cliente las modificaciones al cuerpo serían hechas a su medida. Como oficialmente esos cuerpos están muertos y han abandonado este mundo serán imposibles de rastrear. La falta de miedo natural garantizaba la mayor precisión posible. Llevaría mucho más tiempo perfeccionarlo, debido a las complicaciones que podrían surgir en la mente del sujeto de contener recuerdos humanos, pero la visión de un mejor y más verde horizonte iluminó la mente de Rafael De la Torre hacia el camino correcto. Sin embargo, era arriesgado dar a conocer un plan así, sobre todo por la presión pública, por lo que firmaron un documento para mantener todo en el más estricto secreto.

El paisaje que Rafael se pintó desde la primera vez que oyó del Arcangelo debió esperar otra buena cantidad de años hasta hacerse realidad. Específicamente, hasta la muerte de Marco Velga, el mejor amigo de su hijo Leonardo.

Un accidente de coche. Acabó con toda la familia y su hijo adolescente. Ya no comió, bebió y perdió todo interés por el basketball ante aquella pérdida. A Rafael le dolió demasiado en el

alma verlo de ese modo, así que escogió el momento apropiado, hizo a su hijo sentarse en su estudio y le habló de lo que pensaba. Le preguntó qué le parecería si pudiera traer a su amigo de vuelta y el resto de la conversación fluyó sin ninguno obstáculo de por medio. Claro que tuvo sus complicaciones, no sólo en cuanto al cuerpo en sí. Hubieron que trasladarse a otra ciudad, donde nadie reconocería su rostro, mover un montón de influencias para cambiar el nombre del futuro muchacho y arreglar una casa para él. Y su hijo debería mantenerle vigilado el mayor tiempo posible para informarle de cualquier anomalía.

Funcionó bien, maravillosamente bien, por unas semanas. El muchacho era menudo, veloz y eficiente en cumplir las órdenes. Durante el día nadie diría que sobresalía del montón de sus compañeros. Rafael De la Torre ordenó la creación de otros Arcangelos tras la caída de una compañía competidora. En poco tiempo tenía un pequeño ejército siendo ofertado y vendido a los mejores postores. Todo iba tan sobre ruedas que la aparición de su hijo con su amigo, inconsciente, en brazos, fue más causa de estupefacción que otra cosa. Leonardo explicó lo que pudo, en medio de su conmoción, a los científicos acerca de lo que su amigo había estado pasando sin darse cuenta. La pantalla en blanco, los sonidos y la oscuridad que aparecía de pronto y se iba de igual modo. El científico líder examinó el cuerpo bajo una intensa luz, ajustándose de vez en cuando los lentes de marcos azules.

—No es grave —dijo en referencia a la herida. Tocó la piel para probar su textura. Algo seca. Podía arreglarse—. Tenemos suerte de que no hubiera cortado más a la izquierda porque así habría perdido todas las funciones de su mano.

Mientras los científicos desvestían a su amigo, lo arreglaban y lo dejaban acomodado sobre una camilla bajo una intensa luz, Leonardo hizo caso de las indicaciones de otro científico y, como ya hiciera otra vez, se subió al banquillo que había dentro de una sala que no dejaría salir ningún sonido hacía afuera. Frente a él un gran micrófono negro y en sus manos una hoja de papel transcrita por computadora desde su propia letra. La primera vez había estado mucho más nervioso, sin tener idea de lo que se esperaba de él y dudando que eso pudiera traer a su amigo de vuelta. “Ten paciencia, pibe”, le dijo un empleado especialmente joven y otro, más experimentado, posó la mano en su hombro para explicarle con voz serena que era imprescindible para el proyecto que la personalidad fuera dictada por una voz conocida y familiar. Las pruebas demostraban que así el cerebro virtual retenía mejor los rasgos positivos y ponía cuidado a los negativos. De modo que ahora él, quien mejor lo conocía, debía escribir una serie de cosas que describieran a grandes rasgos la vida e historia actual del muchacho. Algunas cosas, la mayoría, las escribió él mismo. Otras fueron por imposición, para preservar al muchacho de futuro desastres, según los científicos. La voz le tembló tanto entonces que debieron repetirlo tres veces hasta que le salió bien pero ahora, pasada la impresión, leyó de manera impasible sin ninguna inflexión en su tono.

—Te gustan los gatos más que los perros porque los gatos son más suaves. Te gusta el basketball porque mientras juegas es todo en lo que puedes pensar. Te gustan los videojuegos, las películas de ciencia ficción y acción. Detestas la zanahoria por su sabor. Tu fruta favorita es la pera. Nunca has tenido mascotas. Tu mejor amigo es Leonardo De la Torre y sus guardaespaldas te intimidan —Esboza una sonrisa sin saberlo—. Sabes que no eres el más fuerte por lo que intentas ser el más prudente. No soportas Matemáticas. Para estudiar tienes un sistema que llamas de escalera, donde todo se relaciona con todo. No te importa hacer trampas en los exámenes o las tareas pero tampoco te cuesta estudiar. Tus padres nunca han

sido cariñosos contigo así que no les confías tus problemas.

Continuó enumerando características hasta que vio por la ventanilla frente a sí la mano de un empleado agitando la mano para indicarle que ya era suficiente. Leonardo asintió y salió de la sala. Ubicó al líder de los científicos y se dirigió hacia él, sin querer mirar el cuerpo bajo el reflector.

—¿Cuánto tardará?

El hombre, relativamente joven, se quitó un mechón rebelde de cabello castaño y calculó dándose pequeños golpes en los lentes de marco azul.

—Una semana o dos, es difícil decir. ¿Recordaste mencionar para su memoria que ha estado de vacaciones familiares por una promoción de su padre?

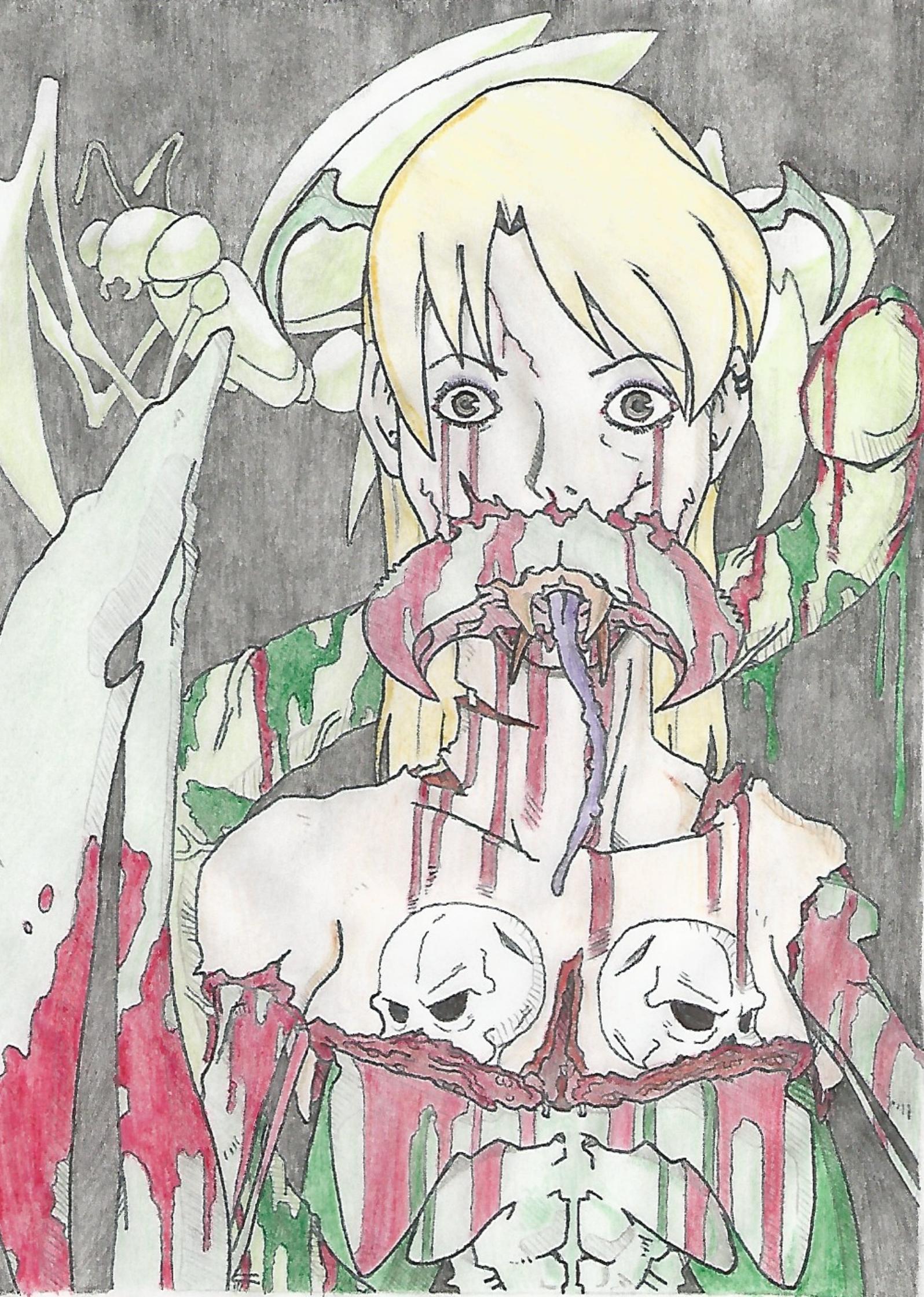
Leonardo se apenó al reconocer que se había olvidado de esa parte. El hombre sonrió y le palmeó el hombro afablemente.

—No te preocupes, sólo es cuestión de hacerlo otra vez.

MANTODHERBA

Virginia S. V. Riesco

Ilustración por Andrés Ramírez Ruiz



Cerré sin fuerzas la puerta de hierro que delimitaba la frontera entre la acera y los setos, y me alejé andando bajo la lluvia, disimulando mis lágrimas con el pelo. No pude evitar desviar la mirada hacia la ventana de su despacho para comprobar que ni siquiera se había asomado para despedirme. No quise llorar todavía, no hasta que llegara al coche.

Durante las últimas horas me había perdido de mí misma entregándome a ese hombre, acariciando cada palabra de amor que me declaraba, aun sabiendo que cuando le viera de nuevo en la oficina, el recuerdo de este sábado no sería más que un onírico momento que podría haberme imaginado durante mi baño de espuma.

Sin detenerme a pensar más en ello, saqué con torpeza las llaves del bolso, volcando sin querer una ostentosa ofrenda de mimbre que él me había entregado. Las macetas rodaron unos metros calle abajo fermentando el asfalto como hace unos momentos habíamos retozado los dos sobre el suelo. Me eché a llorar. El Sol ya comenzaba a clarear los tejados cuando me agaché para recoger las pocas flores que se habían salvado. Aquella mañana no habría arcoíris que decorara el cielo. Guardé todas mis pertenencias en el asiento trasero del coche y aceleré colina abajo.

Pensé en todo lo que había sucedido. No terminaba de creer que él me hubiera hecho esto, pero, ¿a quién quería engañar?, nunca me había dicho que me quisiera. Mientras conducía, me desvié inconscientemente por una carretera secundaria. Suspiré. Aún podía sentir el tacto húmedo de sus manos al rozarme en la bañera. Le recordaba emergiendo entre el calor del vaho con los ojos ávidos y la boca sedienta de mis labios. Yo le retiraba la espuma de la mejilla y le sonreía. Entonces, él se volvía a sumergir y los besaba como había hecho antes con mis senos.

No pude soportarlo más, pegué un frenazo y me detuve en mitad del camino, quedando perdida entre el ramaje, y cegada por la directa iluminación del Sol sobre mis pupilas. Me quité el abrigo dejando mi cuerpo tatuado al desnudo. Delante de mí se extendía un angosto camino de tierra completamente desierto. Me coloqué el pelo por delante de los hombros tapando con él dos agresivas calaveras que custodiaban mis pechos, y eché un vistazo al asiento de atrás. La cesta de regalo me miraba con ojos degollados. Torcí el gesto: seguramente él se pensaba que podría enmendar su comportamiento pagándome con flores silvestres. Recogí su regalo por el asa y lo deposité sobre el asiento del copiloto. Había que reconocer que no conocía mis gustos en absoluto. Eso me hizo sospechar que quizá aquel detalle no fuera para mí, sino para la mujer que siempre nos sonreía desde las fotografías de su despacho.

Cogí una rosa blanca de uno de los ramos y me la acerqué a la cara sin poder evitar derramar la primera lágrima. La flor, la cesta, mi abrigo, mis manos, todo seguía oliendo a él: al olor concentrado del sexo improvisado. Había disfrutado como una adolescente sobre las piernas de aquel hombre, arropada con la sensación de poder, y bajo el riesgo que produce el violar las leyes de un matrimonio sólido y con prole, sucumbiendo a la tentación morbosa de sumergirme bajo su mesa y arrodillarme ante su voluntad caprichosa.

Cuando me quise dar cuenta estaba acariciando los pétalos con mis labios mientras recordaba cómo él había recorrido antes mi pecho. Volví a sentir la textura de su piel sobre mí, mi mente no dejaba de proyectar recuerdos excitantes aumentando las ganas que tenía de

revivir el paso de sus dedos sobre el contorno de mis tatuajes. Mis manos se enredaron entre el pelo y lo echaron hacia la espalda. Deposité la rosa detrás del volante y recosté el respaldo, notando cómo se clavaba su superficie contra mi espalda. Eso me hizo recordar cómo me había acariciado el césped de madrugada y cerré los ojos.

Le imaginé tumbado junto a mí con una botella de vino vacía a su izquierda. Sus dedos acariciaron mi brazo, repasando unos versos en arameo y un lagarto dibujado junto a mi codo, y sentí el corte de sus uñas sorteando las calaveras que aprisionan mi corazón castigado. Después jugó al amor con las libélulas de mis costillas y besó las telarañas de mi piel castrada al adentrarse bajo mi ombligo. Su lengua deseosa de jugo se perdió entre los suburbios de mi abdomen, junto a las fauces de un león enfurecido, y entreabrí las piernas extasiada mientras retenía el aliento en mis pulmones. Nunca habría imaginado que aquella noche en la que él me desnudó las entrañas y me robó las declaraciones más sinceras, iba a ser el desenlace de mi verdadera naturaleza.

Los cristales se habían empañado. Destapé la guantera y miré detrás de los asientos. Aparentemente no había nada en el coche que pudiera llegar más allá de donde mis dedos alcanzaban, salvo una especie de planta que permanecía apartada en una esquina de la cesta. La alcancé con la mano que tenía libre contemplándola detenidamente. La flor presentaba una oportuna forma fálica, pequeña pero gruesa, que terminaba envuelta en dos pétalos adheridos a la base del tallo. No tenía raíces y tampoco parecía una flor corriente, no olía ni sabía a nada, pero su color y su tacto me recordaron al miembro de mi amante. Mi cuerpo me seguía demandando que satisficiera su excitación, y no dudé en hacer que aquel tallo tan poco corriente me penetrara en profundidad, produciéndome un tímido escozor al dilatar mi vagina. Comencé a estimularla humedeciendo la flor con mi saliva, fantaseando a la vez con su manos, y acompañando de forma simultánea la masturbación con un movimiento de cadera que no hizo sino introducirla aún más profundo. Entonces ocurrió lo que cualquier ninfómana incapaz de satisfacerse en su acto de lujuria desearía.

Mis paredes exageradamente dilatadas y calientes sintieron de pronto la presión desmedida de aquel fálico tallo, que no dejaba de crecer estimulado por el sabor salado de mi flujo. Comencé a contraerme, pues, cuanto más me movía intentando sacarla, más crecía aquella planta que parecía querer violarme sin piedad. Casi podía apreciar desde dentro cómo iba avanzando hacia mi útero como si pretendiera fecundarlo. Toda la excitación y sensación de éxtasis que había experimentado al penetrarme se esfumó por completo siendo sustituida por un incontrolable estado de pánico y desesperación. Agarré con ambas manos los pétalos de aquella flor que sobresalían entre mi vello y tiré de ellos con fuerza, contemplando cómo mi abdomen se deformaba para dar cabida al intruso profanador.

Al final sentí un profundo desgarró cuando logré desprenderme de él, y en apenas unos segundos todo se volvió blanco. Lo último que recuerdo haber visto antes de perder el conocimiento, fue el asiento del conductor y el volante salpicados con mi propia sangre, junto con un líquido verdoso que goteaba entre mis piernas. Sentí cómo aquel dulce néctar corría por mis venas y penetraba por mis fosas nasales en forma de gas, haciendo que todos los músculos de mi cuerpo se adormilasen y que yo me desvaneciera al instante.

Me reanimó el cosquilleo de unas ligeras patas avanzando desde mi pierna hacia el ombligo. Separé levemente los párpados intentando enfocar mis pupilas y adivinar qué formaba aquella imagen borrosa que aparecía delante de mí. Me sorprendieron dos ojos cristalizados y negros clavados sobre mis retinas. Pegué un grito y traté de moverme pero me encontraba completamente inmovilizada: tenía todo el cuerpo adherido a mi asiento y pegado entre sí por un líquido verde y viscoso que parecía haberse desprendido de la planta. Pero lo que más me alarmó fueron las decenas de mantis religiosas tan grandes como mi antebrazo que habían invadido mi coche de manera incomprensible. Todas me miraban con sus pupilas penetrantes y afilaban sus cuchillas.

— ¿Pero qué? —murmuré perdiendo la capacidad de reacción.

La mantis que aún descansaba sobre mi frente descendió por mi cara y mi cuello hasta que se quedó a la altura del hombro. Después abrió sus mandíbulas y espetó con voz de aguja:

— ¡Sois vos! ¡Vos sois la elegida! Oh, futura reina, ¡cuánto os habéis demorado! —y se agachó haciendo una generosa reverencia con sus patas.

— ¿Yo? —me encontraba en estado de shock.

Apenas podía asegurar que fuera yo la que se encontraba dentro del coche, parecía que todo estaba ocurriendo de manera ajena a mi realidad.

— Sí, mi Reina, vuestra matriz nos ha liberado. Estamos preparados para servir vuestro cometido y convertirnos así en nuestra nueva gobernadora.

El resto de sus semejantes se agitaron en señal de aprobación. Comencé a palidecer. Aquella diminuta criatura me hablaba como si yo pudiera comprender todo lo que estaba sucediendo.

— Pero, ¿quiénes sois?, ¿cómo habéis llegado hasta aquí? —pregunté y comenzaron a cuchichear entre ellos en un idioma completamente desconocido para mí, hasta que él les mandó callar.

— Mi reina, durante años los harrubits hemos permanecido ocultos entre la foresta de vuestro planeta aguardando el momento en el que nuestra nueva Emperatriz nos despertase.

— ¿Cómo habéis entrado en mi coche? —insistí.

— Tenemos por costumbre ocultarnos dentro de las flores, pero aquello de ahí, mi Señora —dijo señalando el tallo —, es nuestra mantodherba. Hemos viajado hasta la Tierra desde el planeta Harro introducidos dentro de ella.

— ¿Sois extraterrestres?

— Se podría decir que sí, Elegida, los humanos nos llamáis así.

— ¿Y eso es...?

—La mantodherba es el huevo que pone nuestra Reina —explicó otro trepando cuidadosamente por mi hombro. —Cuando ella cae enferma o cree que se acerca su hora, lo incuba dentro de su matriz durante dos días. Después, este huevo es abandonado en cualquier lugar a la espera de que otra hembra harrubits lo encuentre. Una vez que esto sucede, ésta la introduce en su paritorio para fecundarlo, al mismo tiempo que éste crece adoptando un tamaño desmesurado, convirtiéndole así en una harrubits gigante. Mientras está en su interior, el huevo se agranda también, y después se rompe soltando su líquido amniótico. Más tarde nacemos nosotros.

Asentí atónita ante aquel relato fingiendo haberlo entendido con la esperanza de que desaparecieran en cualquier momento; estaba completamente aterrada.

—¿Sólo sois vosotros?, todos los harrubits, digo, ¿o hay más? —pregunté contándolos, apenas llegaban a cien.

—Mi Reina, nosotros vivimos hasta que nuestra madre muere, después nos desintegramos con ella, por eso es tan importante que la mantodherba sea fecundada, así no desapareceremos jamás —me explicó otro.

—Además, nuestro mundo es mucho más pequeño que el vuestro, Emperatriz: una Reina ocupa casi la mitad de Harro. No necesitamos ser más de los que estamos aquí.

Cerré los ojos visualizándome recostada sobre una isla desierta, aprisionada por el cielo y rodeada de aquellos dictiópteros. Un escalofrío recorrió mi espalda.

—Vivimos tiempos difíciles, mi Reina, —prosiguió el cabecilla como si se hubiese percatado de mis pensamientos —Harro fue asediado por los cloyack hace cientos de años y nuestra madre tuvo que enviarnos al espacio para que aquella que nos fecundase pudiera regresar con nosotros y salvar el planeta.

—Por eso os necesitamos, —imploraron—con vos liderando nuestro bando no podemos perder.

— Es desesperante contemplar cómo una raza alienígena llega para destruir todo cuanto amas —concluyó el jefe.

— No puedo ayudaros, criaturas, —argumenté convencida de haber encontrado la solución, y preocupándome de que percibieran toda mi tristeza —yo no soy una harrubits; soy humana.

— ¿Cómo decís, mi Señora? —respondió irónicamente el jefe con una sonrisa que me heló las entrañas, e hizo un gesto para que dos de ellos se subieran al espejo retrovisor del techo y lo voltearan de tal forma que pudiera ver reflejado en él todo mi aspecto.

Mi cuerpo joven y femenino seguía siendo igual de pálido y tatuado como siempre. Mi cara y mi pelo rubio no habían cambiado en absoluto, pero mis brazos se habían convertido en dos afiladas y grisáceas patas de insecto mantodeo. Grité dejando ver una lengua rugosa y bífida que se escurría de entre mis mandíbulas desdentadas.

— Vuestra transformación no ha hecho más que comenzar —susurraron.

— No os alarméis, mi Reina, esta es vuestra verdadera condición —me explicó el jefe. —El flujo segregado por la mantodherba tan sólo ha hecho que vuestro cuerpo se adapte a la nueva existencia que os espera.

— ¡Yo no quiero ser así! —les dije con lágrimas en los ojos. —¡Volved a dejarme como era antes!

— Eso no puede ser, sois la elegida.

— Lo siento, pero tendréis que apañáoslas sin mí. ¡No puedo convertirme en uno de vosotros!

Intenté desprenderme de la lámina pegajosa que me mantenía aprisionada al asiento, pero la actitud alarmada de los harrubits hizo que me detuviera en seco.

— No podemos sobrevivir sin nuestra Reina —confesó el jefe con un tono llano y sin emoción alguna. —Si ella nos abandona, a merced de cualquier peligro, tenemos que acabar con su existencia.

— ¿Cómo? Esperad, ¡no podéis hacer eso! —grité.

Él fue quien dio el primer golpe abalanzándose sobre mí y descargando sus pinzas contra mi pecho, produciendo un profundo corte en él. Gemí de dolor y me retorcí en el asiento. Su actitud había cambiado por completo: todos los harrubits me acechaban alzando las patas por encima de las cabezas como si se tratasen de un ejército bien organizado. Utilicé mis nuevas pinzas para desprenderme de los que ya estaban sobre mi cuerpo, pero eran demasiados y no conseguía abrir la puerta del coche. Iniciaron su ataque, agrediéndome rápida y letalmente en la espalda, la cara y las piernas, destruyendo así todos mis tatuajes. Me tapé la cara mientras gritaba pidiendo auxilio, tratando de que no rajasen también mis ojos negros, mientras sentía cómo mi cuerpo empezaba a metamorfosearse lentamente.

— ¡PARAD!

No me hicieron caso. En apenas unos segundos pude sentir cómo la sangre brotaba entre mi piel y se derramaba por el suelo.

— ¡Está bien, lo haré! ¡LO HARÉ! —grité en un desesperado intento por que cesara aquella masacre.

Entonces, los harrubits se detuvieron y me contemplaron con los ojos desorbitados. Yo me dispuse a limpiarme la cara de lágrimas y sangre mientras el jefe se acercaba hacia mí.

— Bien, mi Reina, antes de tomar rumbo de regreso a Harro es preciso que hagáis algo más por nosotros.

— ¿De qué se trata? —pregunté todavía temblando.

— Necesitamos que os emparejéis con otro humano para que os fecunde. Es preciso que vuestro paritorio esté dispuesto para que, en caso de necesidad, podáis engendrar una nueva mantodherba —explicó.

— ¿Dónde voy a encontrar un hombre que se acueste conmigo y no se alarme por mi aspecto?

— No debéis preocuparos por ello, mi señora, es lo de menos. El hombre que os fecunde no verá un nuevo amanecer.

— Oh —murmuré comprendiendo.

— Nuestra Reina siempre suele encontrar en uno de nosotros a su amante, pero como vos no habéis nacido entre nuestra especie, es comprensible que preferáis a alguien de vuestro agrado.

Hubo un largo silencio.

— Creo que ya sé a quién voy a elegir —afirmé entre dientes con la mirada llena de poder y mando, mientras afilaba con lujuria mis extremidades.

AUTORES

Adriana Alarco de Zadra

Página Web: <http://www.adrianaz.it>

Blog: <http://adriana-alarco.blogspot.com/>

Correo: alarcoadriana@gmail.com

Nací en Lima, Perú. Estado civil: viuda

Estudí en Lima, Villa Maria Academy (hasta 1954); en Boston, Mass: Harvard Extensión School (hasta 1959); en Roma, Italia: Scuola di Lingue (hasta 1960). Trabajé como Profesora de inglés, como Secretaria Ejecutiva, como Traductora Simultánea. Presidenta de la Fundación Ricardo Palma (Consejo administrativo de la Casa Museo Ricardo Palma) en Miraflores, Lima, Perú, desde el 2004 hasta el 2012.

He escrito Libros de Geografía del Perú:

“Perú, el libro del viajero” (Lima, 1978-1981) Guía Turística, dos ediciones.

“Perú, el libro de los minerales maravillosos” (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Lima 1992)

“Nuestra Fauna”, (Sociedad Geográfica de Lima, Lima 1997)

“Perú, el libro de las plantas mágicas” (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología 1988 y 2000), dos ediciones.

He escrito libros de Cuentos de Fantasía y Ciencia Ficción, de Teatro Infantil y Juvenil:

“Teatro, 4 Obras premiadas”, Lima 1983;

-“Brújula para Niños”, Centro de Artes Populares, Cidap, Cuenca Ecuador, 1990;

“Omagua e le ombre consigliere della selva amazzonica”, Editrice Missionaria, en Boloña, Italia, 1995;

“La saggia scimmia Mashin e altre leggende della selva amazzonica”, Editrice Missionaria en Boloña, Italia, 1995;

“Teatro Didáctico”, Ministerio de Educación, Editorial Bruño, Lima 1996;

“Leyendas de Oro del Perú”, Editorial Bruño, Lima 1996;

-Las Aventuras Mágicas de Brujilda, cuentos ecológicos infantiles: Sociedad Geográfica de Lima, 2006;

- El Cuento Semanal para Niños: Colección de 4 libros con 52 cuentos:

Aventuras de un Niño caído del Cielo;

Aventuras en el Fondo del Mar,

Valeria en el País de las Letras,

Viajes Alrededor del Sol,

Publicados por la Sociedad Geográfica de Lima, 2008

-Teatro Infantil y Juvenil: Universidad Ricardo Palma, Lima 2011.

Carlos Enrique Saldivar (Lima, 1982). Estudió Literatura en la Universidad Nacional Federico Villareal. Es director de la revista impresa Argonautas y del fanzine físico El Horla, además es coordinador adjunto del fanzine virtual Agujero Negro; las presentes publicaciones están dedicadas a la Literatura Fantástica. Es coordinador general del fanzine físico y virtual Minúsculo al Cubo, dedicado a la ficción brevísima. Ha participado como

ponente en congresos, coloquios, simposios, conferencias y encuentros literarios, dedicados, sobre todo, a la Literatura Fantástica. Actualmente dicta el taller de creación literaria Argonautas. Pertenece al grupo Argonautas (de escritores de ciencia ficción), al grupo Coyllur (de aficionados a la fantasía, el terror y la ciencia ficción) y el grupo Locus (de escritores y seguidores de la Literatura Fantástica).

Ha incluido reseñas, artículos, ensayos, entrevistas, poemas, cuentos y microrrelatos en diversos blogs y revistas como Ráfagas y parpadeos, Químicamente impuro, Breves no tan breves, Ciencia Ficción Perú, Velero 25, Crónicas de la Forja, Axxon, Cosmocápsula, Remolinos, miNatura, Tinta Expresa, Literalgia, Plesiosaurio, Internacional Microcuentista, Solo 4, Alfa Eridiani, Pohemia Lux, Ónice, TXT, En la sala de espera, Vicio Perfecto, Escritores por Escritores, Delirium Tremens, Salvo el Crepúsculo, Ojos de Papel, Fix100, Mal de Ojo, Penumbria, Monolito, SciFi-Terror, Fabulador, La ciudad de los espejos, Radiador, El Doctor Clock, Noticias día x día, Zona Libre Literaria, Heterocósmica, Parafantástico@s, Antología mundial de minificción y Cuentos Hispanoamericanos de Ciencia Ficción. Cuentos, minificciones y poemas suyos han aparecido en antologías peruanas e internacionales como Otros villanos, ¿Le temes a la oscuridad?: Cuentos de terror y suspenso, Entre exilio y desierto, Los que moran en las sombras: Asedios al vampiro en la narrativa peruana, Cuento para jóvenes (Antología Ecuador-Perú, 1998-2011), Otras voces, Somos libres, Disidentes 2: Los nuevos narradores peruanos (2000-2010), ¡Bienvenido, Armagedón!, El día de todos los malditos, Primeros exiliados, Horrendos amores, Ballenas en hormigueros y Fútbol en breve: Microrrelatos de juego bonito. Ha sido finalista de los Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011, en la categoría: relato. Ha sido finalista del I Concurso de Microficciones organizado por el grupo Abducidores de Textos. Ha sido finalista del Primer concurso de cuento de terror de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft. Ha publicado los libros de cuentos Historias de ciencia ficción (2008) y Horizontes de fantasía (2010). Ha publicado el relato El otro engendro (2012). Compiló las selecciones Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso (2011) y Ángeles de la oscuridad: cuentos peruanos de demonios (2013). Sus textos han sido traducidos al inglés, italiano y francés.

Correo electrónico: fanzineelhorla@gmail.com

[Blogs: www.fanzineelhorla.blogspot.com](http://www.fanzineelhorla.blogspot.com), www.agujeronegro2012.wordpress.com y www.minusculoalcubo.blogspot.com

Daniel de Cullá 1955. Poeta y escritor. Piontor y Fotógrafo.

Miembro de la Asociación Colegial de Escritores de España. Fundador y editor de revistas BodyArt, y de Cultura: Gallo Tricolor, Robespierre. Participa en actos culturales y teatro de calle. Vive entre Burgos, Madrid y Hollywood Norte.

Alejandra P. Demarini

Nacida en 1989, natural de Lima, Perú. Estudió psicología en la Universidad Ricardo Palma, y ha seguido varios cursos y talleres de literatura y narrativa.

A mediados de este año publicó su primera novela: “El castillo extraño”, de corte fantástico, bajo la colección Azul de Ediciones Altazor.

Juan Pablo Goñi Capurro

Escritor argentino nacido en 1966. Publicó “Alejandra”, libro de relatos, y “Amores, utopías y turbulencias” de poesía. Obtuvo varios premios y formó parte de antologías, revistas y libros de cuento en Argentina, España, Ecuador, México y Estados Unidos. Más de veinte obras publicadas en el 2014, en Argentina, México y España.

Actor y dramaturgo, en el año 2012 estrenó su obra “Por la Patria mi General”. 2013 sus obras breves: “La pierna de la discordia” y “La Escena del Crimen”, y sus monólogos “La primera vez”, “La silla está rota” e “Invitación al casamiento”.

Cortos: “Regalos” (2012) “Y es tan largo el olvido” (2014)

Para CV más detallado: <http://juanpablogoicapurro.blogspot.com/>

El autor, **Fernando Cañadas Mora**, escribe siempre que puede e intenta plasmar las ideas que rondan por su mente. Aficionado a la ciencia ficción, gusta de ver películas o series. La lectura de vez en cuando, también.

Gabriel David Jiménez

Nacido en Caracas, Venezuela en el año 1993. Tiene 21 años de edad y es estudiante de Comunicación Social en la Universidad Católica Santa Rosa de Caracas.

Escritor por pasión y amante del cine.

J. Antonio (K.) Sánchez

“Escritor”, “Dibujante” y factótum incomprendido, vio la luz en la ciudad de San Luis Potosí, México, en algún punto incierto de las décadas finales del siglo pasado. Desde que era niño, sintió la imperiosa necesidad de garabatear cuadernos y de perder el tiempo de forma “creativa”, cosa que siempre le causo problemas en la escuela y con el resto de su familia.

Fiel creyente de que soñar despierto y ser fiel a sí mismo es una forma de incentivar la creatividad, desoyó estos principios sagrados para estudiar sistemas, carrera que a la fecha le da para comer y gracias a ello vive casi en la perpetua frustración por no tener suficiente tiempo para dibujar y escribir.

Reciente padre de una hermosa niña, espera poder guiarla y comprenderla, enseñarla a pelear con los demonios internos que son la maldición de la familia y que a él lo aquejan frecuentemente.

Sus garabatos y sus escritos pueden ser vistos en:

<http://ksoldier.deviantart.com>

y en:

<http://www.wattpad.com/user/AngmarRichtofen>

Gladys Cepada

Argentina, naturalizada Española, me forme, en literatura alumna de Alberto Laisea y Juan Jacobo Bajarlia entre otros, pintura, en talleres independientes y Gobierno De la ciudad, dramaturgia Hernan Solimano, cómic Ismael Digelmann, Periodismo con Antonio González Municipalidad de Avellaneda, Mascaras con Fabiana Carrizo en Centro culturales Gobierno de la Ciudad, letras de canciones Osvaldo Veron Y en numerosos seminarios Literatura

Latinoamericana y Psicoanálisis y poesía UBA entre otros soy Coordinadora de talleres, de literatura tanto en el Municipio de Avellaneda como en el Gobierno de la ciudad y en la UBA para adultos como niños Y en espacios abiertos, Festejo 100 años de Ciudad de Caballito Org.CGP 6 Y de artes, en diversos centros culturales realice producción de medios audiovisuales, correctora de editorial, coordinación de eventos de artes combinadas, Centro de la Cooperación, Centro cult. San Martín, Radio Fm La Tribu, Radio Ciudad, Centro de Artes experimentales en Martínez etc., leí en numerosos eventos y cafés literarios, Feria del libro e infantil Cap. Fed, Centro Cultural Recoleta Centro cultural Rojas, Espacio de arte IMPA encuentros de artes, en escuelas, cárceles, universidad entre otros, di seminarios sobre literatura en varias instituciones Centro de Idiomas UBA hice guiones Y dramaturgia para espectáculos varios, produjo y conduje programas de radios Fm Dinámica y Sarandi, y cine, edite revistas en papel y virtuales, blogs fui traducida al alemán, inglés actualmente al Bengali tanto en poesía como en cuentos. Publique y fui columnista en numerosos medios de papel La guillotina, Generación abierta etc y virtuales, del país y exterior (España, México, Chile, India, Austria, Perú, Suiza), gane premios de poesía El fondo Nacional de las Artes, Encuentro Latinoamericano de Escritores, Premio EDEA entre otros y por competencia de Encuentro de talleres Literarios ATLAS, y de cine en Colombia Película Bajarlia, participe en exposiciones de artes y literatura nacionales y de Europa, México, Chile y en ferias del libro etc, participe en numerosos grupos de literatura y artes (Medusa , Poetas trabajando Cooperativa de literatura, SADE, Liberarte, y actualmente en APOA entre otras, fui jurado de concursos literarios, y en olimpiadas escolares de poesía, también realice prólogos para varios autores entre ellos a libros de poesía Auspiciado por la universidad Bolivariana de la Localidad De Bio Bio En Chile , y se ha reproducido entrevistas que he realizado en Varios medios entre ellos Revista Cactus de CHILE actualmente a varios poetas y narradores de India para revistas de Calcuta y otras ciudades de INDIA, Me han realizado numerosas entrevistas para revista Ñ, Diario CLARIN, radio Nacional, del Pueblo, La Tribu, Cultura, Radio Santa fe, Radio 10 de Corrientes, Radio Municipal de Entre Ríos , Etc. y Se han leído mis textos entre otras Radio Cosmos de Chicago EEUU, Cultura entre otras.

Mi libro son Desandapalabras presentado entre otros Feria del LIBRO DE Patagonia entre otros y luego en numerosas antologías como Poetas de Avellaneda, auspiciado .por Municip de la Municipalidad de Avellaneda y EDEA , la vuelta al mundo en un poema APOA, antologías de talleres que edite junto al Municipio , Ornigastriom Ediciones Lafarium , Poesia por la paz edic, Pc.sur festival de poesía por la paz Grecia Actualmente Dirijo las publicaciones por internet El septimo cielo en los ojos , y el Doctor Clock junto a eL DOCTOR CLOCK, estoy ademas coordine ARGENTINA Y EL MUNDO LEE POESIA en APOA Asoc. de Poetas ARGENTINOS, He realizado videos para EL DOCTOR CLOCK En blog y que se expusieron en muestra de artes en Mexico. En Artes Plásticas participe en exposición En Teatro Roma de Avellaneda Poema Ilustrado en dos oportunidades, En Radio Nacional de Mendoza para el libro del poeta Gabriel Jimenez, gigantografías para Festival revista virtual Lak-berna y realice ilustraciones en revista Lak-berna, La mansión del Doctor CLOCK, Exposicion en Mexico La galeria de los horrores del Doctor CLOCK Cafe Nueve vidas auspiciado Por Universidad de Zacatecas, Ademas participe muestra de talleres de máscaras, Centros Culturales Gobierno de la Ciudad.

Candela Robles Avalos

Escritora argentina. Ha participado de la antología de cuentos “Noches de Halloween” del sitio RBC, el libro de microcuentos llevado a cabo por Difusión Literaria llamado “Porciones del alma” y el sexto número de la revista digital literaria “Letras Entrelazadas”. Su temática suele

girar en torno al terror y la fantasía oscura. Tiene un blog personal donde publica sus trabajos (<http://candy002.wordpress.com/>) y actualmente sigue una novela de ciencia ficción ambientada en el Buenos Aires del 2300: <http://voces-huecas.blogspot.com.ar/>

Por su cuenta ha publicado una antología de cuentos homoeróticos por la red Bubok: <http://www.bubok.es/libros/225155/Ilusiones>

Virginia S.V. Riesco, nació en Madrid el 21 de mayo de 1994. Ha quedado seleccionada en algunos concursos literarios: I Concurso de Relatos en papel, El Fantasma de los sueños (“Pupa”); Calabacines en el Ático: Grand Guignol, Saco de Huesos Ediciones (“Navidades macabras”) y I Concurso de Relatos a la carta, Ediciones Saldubia (“Suculento”), entre otros.

Actualmente está cursado el Grado de Estudios Hispánicos mientras dedica su tiempo libre a escribir relatos y dirigir su propio blog literario Los cuentos de Vaho.

LUSTRADORES

Héctor Mendiola Gómez

Egresado de la Universidad de Guanajuato de la carrera de Diseño Gráfico, trabaja para gobierno del estado de Guanajuato y en sus tiempos libres le da por flojear y dibujar.

Minos336 es el seudónimo de Patricia Juárez Guerra. Nacida en Tampico, Tamaulipas, un 12 de Agosto de 1981. De formación puramente empírica, actualmente reside en Aldama, en el mismo estado y no se dedica profesionalmente al dibujo, aunque eso no ha impedido que haya creado algunas piezas populares en la red acerca de libros y series... y disfrute de ello.

Andrés Ramírez Ruiz

Nacido en Guadalajara, Jalisco, el 12 de agosto de 1986. Se interesó en el dibujo desde los 6 años, aficionado a los distintos estilos de caricatura. Vivió hasta los 18 años en su ciudad natal y de allí se mudó a Bahío de Banderas, Nayarit para ayudarle a su padre en el negocio familiar. Trabajó como lavaplatos en un hotel hasta que se cambió de residencia al estado de Nuevo León, donde vive actualmente junto a su esposa.

No es profesional pero poco a poco ha ido definiendo su estilo aún no definido.



Para celebrar el día más terrorífico del año, el grupo Letras-De-Terror nuevamente ha juntado a un puñado de amantes del género para espantar al mundo con sus peores pesadillas. Los extranjeros gira en torno al concepto de los otros, los ajenos, desde su perspectiva.